

Amalia Domingo Soler



RAMOS DE VIOLETAS

Volumen Primero



Sociedad Española de
Divulgadores Espiritas

Amalia Domingo Soler

RAMOS DE VIOLETAS

Colección de poesías

y

artículos espiritistas

Volumen Primero



Sociedad Española de
Divuladores Espiritistas

2 0 1 9

© Texto: **Amalia Domingo Soler**. Recopilación de *Ramos de violetas*.
1ª edición. Barcelona : Imprenta de Carbonell y Esteva, 1903.
© Revisión y adaptación al uso ortográfico actual, según la Real
Academia Española: Lola García
© Edición de SEDE, septiembre, 2019



Í N D I C E

Prólogo	7
La calumnia	11
Un rayo de luz	15
La oración	17
Cartas íntimas	23
La confesión	29
Cartas íntimas	33
A Salvador Sellés	39
Una pequeña historia	43
Prólogo de una historia	53
Cartas íntimas	65
¡Era tarde!	73
A la memoria de mi madre	87
Cartas íntimas	93
A un niño	99
Cartas íntimas	103
El espiritismo	115
Sombras de ayer	121
A la memoria de mis hermanos los poetas Evaristo Silió y Ángel Mondéjar	125
A un materialista	129
El mártir de los siglos	133
A los sordomudos y los ciegos	137
Al espíritu de Sofía	141
Cartas íntimas	147
A Martín Martín	151
La fiesta de los muertos	157

Ramos de violetas. Volumen I

El 28 de Octubre	163
Un año menos y un paso más	169
Ante un túnel	175
A un espíritu	181
Miscelánea	187
Miscelánea	191
Miscelánea	195
Los milagros	199
Impresiones de viaje	203

PRÓLOGO

*No hay libro que no tenga quien le recomiende en un prólogo laudatorio. Mis **Ramos de violetas** no los recomienda nadie en particular. La recopilación de mis trabajos sale a la luz del mismo modo que se han ido publicando desde el año 73 del pasado siglo. Mis poesías y mis artículos, así como las florecillas del campo, abren su corola y exhalan su perfume, sin que ningún jardinero se cuide de ellas. Así mis escritos, humildes y sencillos, han llenado las páginas de muchos periódicos espiritistas, esparciendo el aroma de su sentimiento y de su fe en la justicia divina.*

*Incansable en mi afán de dar a los otros una parte del bien que yo disfrutaba estudiando el espiritismo, más de dos mil producciones he dado a la prensa desde el año 73 del siglo XIX. Sin familia ninguna, he llegado a tener una familia inmensa, he llamado a tantos corazones, que muchos me han respondido, hasta el punto que, sin yo pedirlo (ni aún soñarlo), los espiritistas cubanos abrieron una suscripción para publicar todos mis escritos diseminados en los periódicos espiritistas de España y de Ultramar. ¿Qué mejor prólogo pueden tener mis **Ramos de violetas**?*

En Buenos Aires también encontró eco su buen deseo, tanto es así, que un espiritista de Lobería, que posee una imprenta, se ofreció a hacer la tirada gratis, dándose por pagado con que le costearan el papel, encargándose él de todo lo demás, incluso de la encuadernación de los volúmenes que

contengan mis escritos.

Confieso ingenuamente que mi júbilo es inmenso al ver recopilados mis trabajos (son los hijos de mi pensamiento), porque si bien los espíritus me han ayudado siempre en mis tareas literarias, yo no soy médium mecánico, yo no acepto de los espíritus más que aquello que está conforme con mi razón. Trabajamos a medias, ellos me inspiran, ellos me alientan, sin ellos yo no hubiera podido trabajar tan asiduamente, pero puesta en relación con ellos, hace un esfuerzo mi inteligencia, mi razón cumple con su deber de inquirir, de analizar, de hacer comparaciones entre la sombra y la luz, y mientras más trabajo, más contenta estoy, porque más útil soy a la humanidad.

Todo en la Creación cumple su cometido, desde el microscópico insecto, hasta el sol que da vida a un sistema planetario, desde el aeronauta que pretende navegar por el espacio, hasta el minero que arranca de las entrañas de la tierra el “calor almacenado”, como llama Flammarion, a las minas de hulla, desde el sabio que todo lo sabe, hasta el pobre campesino que todo lo ignora. No hay hombre ni cosa que esté sobrante en el Universo. Entonces yo también habré venido para algo, y pruebas innegables he tenido que yo he venido para entendérmelas con los espíritus. Antes de conocer el espiritismo era yo un cero sin valor en la suma social; me faltaba familia, salud, medios para vivir, iba a tientas por este mundo, porque llegué a perder en gran parte la escasa luz que siempre han tenido mis ojos, y al conocer el espiritismo ¡qué metamorfosis se operó en mí!... vi desaparecer mi inutilidad, resonaron en mis oídos voces proféticas, que me decían: “¡El porvenir es tuyo!... ¡levántate y anda!” Y me levanté, y anduve: y yo que no tenía a nadie en la Tierra ¡me creé una familia universal!... y al creármela, dije: “Si yo que era menos que un átomo, al ponerme en relación con los espíritus, he adquirido un íntimo convencimiento que puedo ser grande (si quiero serlo), cuántos que valgan más que yo llegarán a ser héroes,

*estudiando y comprendiendo el espiritismo! Sea yo, pues, propagandista de la buena nueva". Y por eso he dicho yo a los pobres y a los desvalidos: ¿queréis ser relativamente felices? ¿queréis convenceros que Dios existe? ¿queréis reconocer la grandeza y la justicia del Omnipotente? pues estudiad el espiritismo, es un vergel siempre florido, en él los buenos jardineros encontrarán flores de espléndida belleza y penetrante aroma. Yo que en esta existencia he carecido de todo, a pesar de mi insignificancia, he recogido en el campo del espiritismo mis **Ramos de violetas.***

Amalia Domingo Soler

Gracia (Barcelona) 3 de julio de 1903.

LA CALUMNIA

¡Calumnia abominable!... el luto y el espanto
difundes por do quiera: ¡Fatal es tu misión!
Los ojos más serenos anublas con el llanto
y arrancas despiadada, la paz del corazón.

En todas partes dejas tristísima memoria;
unida estás al hombre con invisible imán.
Profanas con tu aliento el libro de la historia
y crédito los siglos a tus sofismas dan.

A veces el acaso te arroja de tu trono
y pierdes en un soplo tu fuerza y tu poder;
mas tornas a la lucha con implacable encono
y a la verdad humillas volviéndola a vencer.

La condición humana acepta a la impostura
y la verdad rechaza cual sombra que da horror,
y si al mortal no halaga la ajena desventura
escucha indiferente la queja del dolor.

Es triste confesarlo; mas con desdén profundo
contempla la desgracia la turba mundanal.
¡Ay!... Pobre del que llora, que le desdeña el mundo
porque sus ayes turban su impura bacanal.

*Amaos unos a otros, nos dice la escritura,
y odiarnos mutuamente, nos pareció mejor,
la envidia y la calumnia que son de igual hechura
buscáronse y se unieron con fraternal amor.*

¡Qué mundo tan pequeño es este que
habitamos!...
sin duda por sarcasmo se llama a esto vivir,
cobardes y mezquinos en todo nos mostramos:
la educación tan solo nos llega a corregir.

Mas queda la semilla del mal en nuestro pecho
y siempre fructifica con tal fecundidad,
que el más leve accidente presenta claro hecho
que el hombre lleva el germen en sí de la impiedad.

¿En esos otros mundos será mejor el hombre?
Sin duda debe serlo si está cerca de Dios.
¿Tendrá distinta forma...? ¿tendrá distinto nombre?
¿irá como en la tierra de su codicia en pos?

No, no; debe ser grande y hallarse revestido
de un algo poderoso que irradie clara luz:
debe ostentar su frente el sello bendecido
que a la virtud legara, el que expiró en la cruz.

¡Oh! ¡cuánto anhela mi alma llegar a esas
regiones!
aquí me falta espacio, aquí me falta fe:
pues veo luchar tan solo mezquinas ambiciones
y no encuentro los seres que en mi ilusión soñé.

¡Oh! Ser Omnipotente; que acabe mi destierro.
¡Qué lenta es mi agonía...! termine mi sufrir;

aquí mi frente oprime un círculo de hierro...
permíteme que muera para después vivir.

Vivir entre otros seres, sin que calumnia impía
arroje en mi camino su rayo destructor;
en donde siempre brille el luminar del día
en donde encuentre el alma inextinguible amor.

Ese amor noble y grande, inmaterial, profundo,
amor que desconoce la pobre humanidad;
¡oh! tu Dios bondadoso: arráncame de un mundo,
donde hay hombres que niegan la luz de tu verdad.

1873

Un rayo de luz

¿Qué nueva luz mi pensamiento hiera?

¿Qué nuevo aliento mi existencia anima?

¿Qué mágica esperanza me sonríe
que embellece las horas de mi vida?

¿Es quizás el amor plácido en sueño
que con un mundo de placer me brinda?

¿O la amistad me ofrece su consuelo?

¡Emanación de Dios pura y bendita!

¿Me prodigó la suerte sus favores?

¿Me dio tesoros de sin par valía?

¿O la voluble fama en su entusiasmo
dejó laureles en mi sien marchita?

No es del amor el delirante anhelo,
no es la amistad con su afección tranquila,
no es la riqueza con su pompa vana,
no es de la gloria la ilusión de un día.

Es otra *luz* que iluminó mi mente.

Ya mi razón no duda, no vacila.

Ya comprendo de Dios la omnipotencia,
y admiro su poder y su justicia.

Del porvenir el insondable arcano
y el misterio infinito se descifra.

en el momento que conoce el hombre
el continuo progreso de la vida.

Los mundos a los mundos se suceden.

Generaciones mil se precipitan,
que pasan cual fulgente meteoro
derramando a su paso la semilla
de un adelanto lento, pero eterno,
que a la virtud sublime inmortaliza.

¡Qué grande es del Señor la omnipotencia!
Todo en la tierra a su poder germina.
La destrucción no existe, no hay *la nada*,
el no ser lo forjó la fantasía...

Pluralidad de mundos y existencias,
forman universales armonías,
que para muchos hijos de la tierra
fueron, son y serán desconocidas.

¡Fatal dominación de la materia
que a tantos desaciertos precipitas!...

¡Incansables obreros del progreso!
Arrostrad con valor vuestra fatiga;
sacad del *celemín* vuestra linterna
y que brille la luz de eterna vida.

Que comprendan los míseros mortales
que hay quien mira su llanto y su sonrisa;
que Dios nos da un amor inextinguible
y su misericordia es infinita.

LA ORACIÓN

Para rogar al Eterno
yo no encuentro necesario
entrar en el santuario
que la costumbre fijó.

¡Cuando un alma dolorida
no encuentra a su mal consuelo
le basta mirar al cielo!
¿Hay templo más grande? No.

Las iglesias confundidas
dentro de grandes ciudades
son centros de vanidades,
y allí no puedo rezar.

Una muchedumbre inquieta
ante mis ojos se agita,
que va a la casa bendita
su gala y lujo a ostentar.

En medio de tantos seres
no hay unos labios que imploren,
no hay unos ojos que lloren
con llanto del corazón.

Acuden al santuario
tranquilos y sonrientes,
murmurando indiferentes

por rutina una oración.

Oraciones estudiadas
sin sentimiento, ni anhelo,
se perderán, que en el cielo
no las pueden comprender.

Cuando en la mente angustiada
un eco doliente vibra,
y cuando fibra por fibra,
se deshace nuestro ser.

Entonces de nuestros labios
brotan frases incoherentes,
que suben puras y ardientes
hasta el trono del Señor.

Esa es la oración bendita
que el Omnipotente escucha;
—¡El gemido que en la lucha
lanza el triste pecador!—

Nuestra religión cristiana
es dulce y conmovedora,
es tierna y consoladora
como ninguna lo es.

Y aunque ha sido combatida
y humillada en su pureza,
resplandece su grandeza
de los siglos al través.

De la construcción humana
me gustan las catedrales,
con ventanas ojivales
y dudosa claridad.

Con sus naves silenciosas

y sus arcadas sombrías,
con sus graves melodías
y su triste majestad.

O en la cúspide de un monte,
una solitaria ermita,
donde el pecador medita
pensando en su porvenir.

¡Cuántas veces he rogado
en esos pobres asilos,
ignorados y tranquilos
donde se acaba el sufrir!

Cuando me encuentro en parajes
donde no hay templos de piedra,
ni ermitas, donde la hiedra
pueda su manto extender.

Busco en collados y en montes
magnífico santuario,
que en un valle solitario
allí está el Supremo Ser.

Allí está el cielo y la brisa,
las cascadas y las flores,
y las aves de colores
que bendicen la creación.

Está la naturaleza,
esa fábrica grandiosa,
de belleza portentosa
y gigante construcción.

La obra del hombre ¿qué vale
ante esa débil muralla
que al mar le sirve de valla?

¿No se ve allí a Dios quizá?
Pues se suceden los siglos,
los mares se precipitan,
las olas siempre se agitan
y nunca van más allá.

Cuando el huracán arranca
los árboles centenarios,
¿hacen falta santuarios
para temblar ante Dios?
¿Tendrá más poder acaso
un templo pobre y mezquino,
que ese misterio divino
que hay de la natura en pos?

Para esos seres que nacen
escasos de inteligencia
y que no tienen conciencia
de lo que vale su ser.

Vayan esos en buen hora
a rogar porque otros rueguen,
y acudan porque otros lleguen,
y hagan lo que vean hacer.

Los hombres por conveniencia
y otras profundas razones,
hicieron innovaciones
en los dogmas de la fe.

Y a su placer aumentaron,
y a su gusto destruyeron,
y quitaron, y pusieron,
y no es hoy lo que antes fue.

Por esto a mí, falsos ritos

en nada me satisfacen,
ni lo que los hombres hacen
me inspira gran devoción.

Que Dios es grande ¡muy grande!
y es el hombre muy pequeño
para convertirse en dueño
del que fue su salvación.

Que atrás el fanatismo
con sus castigos y horrores,
y vengan siglos mejores
que ilustren la humanidad.

Sombras de espanto y de luto
¡dormid en sueño profundo...!
dejad que ilumine el mundo
el ASTRO de la verdad.

1873

CARTAS ÍNTIMAS

A mi hermana en creencias A. M.

HERMANA mía: Por segunda vez te confío mis impresiones, porque la comunicación de las ideas es la cadena magnética que une a la humanidad.

Entre los innumerables beneficios que reporta a la raza humana el espiritismo, uno de ellos es, sin duda alguna, la libre y amplia discusión que sostienen los espiritistas con todas las escuelas filosóficas del mundo.

Los adeptos de la vida de ultratumba no dogmatizan, no dicen: “Creed porque lo manda la fe; sino investigad, preguntad a la razón *el porqué* de las cosas, *la causa* de los efectos; y solo por el conocimiento práctico, por las verdades matemáticas que presentan los hechos consumados, en la historia de los siglos, queremos os convenzáis de la existencia de Dios, y que seáis como Santo Tomás, que solo *viendo y tocando* creyó”.

Dice Roque Barcia: “Sembrad ideas y recogeréis hombres”. Este profundo pensamiento encierra todas las tendencias de las revoluciones sociales: todos los adelantos a que está llamada la humanidad; y a los espiritistas les estaba reservado dar el gran paso en la senda del progreso.

Actualmente se discute en la sociedad espiritista española, las bases fundamentales del espiritismo y las teorías del bien y del mal.

Las escuelas católica y materialista impugnan los principios de la religión única, de la religión que no rechaza la razón, y que será la estrella polar que lleve al puerto de salvación a las generaciones futuras.

Los católicos romanos encerrados en un círculo muy pequeño, parapetados en su fe ciega y en sus fanáticos misterios, no pueden sostener con ventaja la lucha de las ideas.

¿Cómo han de sostenerla los que no han tenido más argumentos para convencer a sus víctimas, que llevarlas al pie de las hogueras y decirles: ¡Cree o muere!...

Les falta lógica, les faltan pruebas para demostrar que su Dios vengativo, es el Dios que irremisiblemente debemos adorar.

Los católicos romanos terminan siempre sus discursos diciendo: “Creemos lo que nos manda la santa madre iglesia”.

¡Lo que nos manda!... ¿Luego son esclavos de un pensamiento superior, cuando rebajan su imaginación hasta el extremo de creer sin razonar lo que creen?

Verdaderamente que inspiran compasión esos hombres, que se despojan de todos sus derechos legítimos, para vivir dominados y subyugados por los sofismas de la superstición y del error.

Los materialistas tienen más ventaja para luchar, porque son más instruidos, porque tratan de apoyarse en la ciencia; y aun cuando esta, no responde categóricamente para darnos cuenta de todo lo que sentimos, porque hay un algo superior sobre la física y la química, da lugar al menos a brillantes y científicas polémicas, donde el espiritismo puede probar, hasta la evidencia, el eterno poder de un Ser supremo, que es el que le presta electricidad a ese telégrafo humano que se llama hombre.

¡Cuán cierto es que de la discusión brota la luz!...

¡Cómo se engrandece la vida a nuestros ojos, cuando vemos a esos profundos pensadores, a esos sabios locos, buscar en la ciencia el principio y la causa del *yo pensante*; que los materialistas la derivan de la electricidad cerebral, diciendo que de las impresiones externas nacen todas las ideas!

¡Todas las ideas!... Si solo de las impresiones terrenas reciben vida las sensaciones, surgen las ideas y se forman pensamientos, ¡qué pequeñas! ¡qué mezquinas serían nuestras aspiraciones!...

¿Y los grandes filósofos? ¿Y los que soñaron y vieron nuevos continentes? ¿Y los genios benéficos que nos inician en otras existencias? ¿de dónde reciben esas inspiraciones? ¿De lo que ven en la tierra? no, mil veces no.

Y los mismos materialistas, los que abominan la injusticia humana, ¿por qué no aceptan como moneda corriente el régimen social? ¿Quién les inspira para desear el mejoramiento del orbe? ¿Quién les dice que el vicio asciende y la virtud se hunde? ¿Quién les despierta? ¿Quién? ¡Dios!

Ese Dios que niegan y que no quieren conocer, a pesar de que les habla tan alto a su entendimiento y a su conciencia.

Grande le llaman al siglo XIX, puesto que lo denominan el siglo del vapor y de las luces; pero todos sus adelantos científicos, todos sus progresos materiales, en la perforación de las montañas, en la división de los mares, en los telégrafos submarinos, en los descubrimientos astronómicos, nada valen en comparación de la *ciencia nueva*, porque hasta ahora, solo ha progresado el hombre materialmente, pero en la parte moral no diremos que está como los primeros siglos de barbarie, ¡mas le queda tanto que aprender...! tiene que cambiar de tal manera sus instintos, que ha de pasar mucho tiempo aún, antes que la criatura se convenza que no basta el no hacer daño, que es necesario hacer bien.

Dijo Cristo: “que el que no fuera bautizado de agua no entraría en el reino de los cielos”. El Jordán bendito a que aludía el mártir de Nazareth, era el agua de la caridad, de la mansedumbre y del amor.

El espiritismo es la catarata universal, es el torrente impetuoso que ha de arrastrar la escoria que hay en la superficie de la tierra, y como la draga limpia el fondo de los puertos, del mismo modo penetrará en nuestra conciencia, donde se encuentran petrificadas la indiferencia y la duda.

¿Qué se puede esperar del que duda de todo? el retraimiento. ¿Qué abnegación, qué sacrificio se le podrá exigir al que dice con sonrisa desdeñosa: Yo a ese mundo le doy nada por nada...

Para el reloj de la eternidad los siglos serán segundos, pero para la medida del tiempo humano, los años se hacen siglos y nos parece que marcha con demasiada lentitud el progreso moral.

¡El Evangelio!... Esa recopilación grandiosa de los más sublimes pensamientos! ¡ese código divino! esa historia cuyo prólogo fue la muerte de Jesús, y cuyo epílogo aún no ha visto la humanidad; de qué manera tan absurda y tan errónea ha sido comprendida, hasta que el espiritismo ha venido a demostrar la base en que se apoyaba esa fábrica grandiosa que se llama naturaleza: esos millares de mundos animados por el fluido de Dios.

¡Atrás, falsos milagros! ¡Dioses y apariciones, pasad! y dormid en la tumba del olvido.

Cuando se comprenda el espiritismo en lo que vale, se volverá a reproducir *la edad de oro* de los patriarcas, pero esta, será más feliz que aquella, porque entonces el entendimiento del hombre era mucho más limitado que ahora y eran las criaturas buenas, porque no tenían medios de ser malas, la comunicación

de los pueblos apenas se conocía y no podían transmitirse los unos a los otros sus dulces o feroces instintos, sino de tiempo en tiempo, y las tribus vivían cuidando sus ganados porque no habían visto un más allá.

A la edad de oro del porvenir le servirá de pedestal la ciencia, el análisis de todos los fenómenos físicos y morales, y el verdadero conocimiento de un Dios justo y clemente.

Decía Fernán Caballero en uno de sus inimitables cuadros de costumbres: “Prefiero que mi hija sea buena a que sea feliz”. ¡Pensamiento profundo que debe servir de guía a la humanidad!

La felicidad, según se entiende en la Tierra, consiste en un egoísmo refinado, en proporcionarse el individuo toda clase de goces y comodidades, sin cuidarse del que nada posee; y cuando de lo superfluo sobre, entonces arrojar al mendigo algunas monedas sin mirarle la cara.

La felicidad, según el evangelio, no debe cifrar su ventura en la molicie y en el sibaritismo de las riquezas, sino en consolar al que llora, en instruir al que no sabe, y en prodigar a nuestros hermanos un amor sin límites.

¿Qué senda seguiremos nosotras, hermana mía? Creo que optarás por practicar la verdadera caridad, por amar siempre, sin odiar a los ingratos; y cuando multiplicados desengaños hagan pedazos nuestro corazón, recordaremos las últimas palabras de Cristo: y así como él pedía el perdón para aquellos que le crucificaban, así nosotras pediremos misericordia para todos los seres que despiadadamente han ido marchitando una por una las ilusiones de nuestra vida.

¡Bendito sea el espiritismo con sus lógicas esperanzas; con sus verdaderas recompensas y su inextinguible porvenir!

La Confesión

Tiene la Iglesia Romana
algo humillante en su rito,
que el pecador más contrito
lo tiene que rechazar.

En su culto hay servilismo,
en su dogma hay vasallaje,
y si del hombre el ultraje
a Dios pudiera llegar.

Ciertamente que se ofende
a la majestad divina,
con esa forma mezquina
que han dado a la religión.

De Roma, *bolsín* sagrado,
sale, se extiende y circula
el gran papel de la *bula*,
de fácil aceptación.

Las reliquias y rosarios,
los breves y las dispensas
reportan sumas inmensas...
a la casa del Señor.

¡Parece como imposible
que el hombre, un ser tan pequeño,
se haya convertido en dueño

del poderoso Hacedor!

Le asocian a sus miserias,
le unen a sus mezquindades,
a sus torpes liviandades,
y a su loca vanidad.

Esa religión cristiana
le exige al hombre un tesoro;
según ellos, con el oro,
de Dios se alcanza piedad.

...
Ministros del fanatismo,
¿por qué os dais falsos derechos,
para analizar los hechos
del infeliz pecador?

¿Y con oculto espionaje
profanáis el santuario,
y vais al confesonario
en nombre del Redentor?

Y absolviendo a vuestro antojo
a esos cristianos ilusos.
conseguís con vuestros usos
sus decretos sorprender.

¿Quién sois, míseros mortales,
para juzgar los pecados?
¡Ciegos por ciegos guiados,
todos tendrán que caer!

Dios tan solo debe oír
nuestra confesión contrita;
¡pobre humanidad! medita
y comprende la verdad.

No des a otro pecador

un espíritu divino,
no le entregues tu destino,
ni tu propia voluntad.

No hagas tu casa en la arena
que el mar sus cimientos baña;
edifica en la montaña
que no arrastra el aluvión.

No hay ningún hombre en la tierra
que no conozca el pecado;
a todos ha dominado
una vez la tentación.

Es el sublime Evangelio
la voz del Omnipotente,
en él brilla refulgente
la razón y la verdad.

Se han sucedido los siglos,
y pasó ¡oh! mundo tu infancia;
ya es tiempo que tu ignorancia
se pierda en la eternidad.

¡Oye, siglo diez y nueve!
Tu adelanto es poderoso;
mas te falta ¡oh! gran coloso,
ir de la verdad en pos.

Porque la ciencia no basta
para evitar pesadumbres;
moraliza tus costumbres
¡y conocerás a Dios!

1973

Cartas íntimas

Hermana mía: Consecuente en mi propósito de darte cuenta de todas mis impresiones, te diré algo sobre mi última visita a uno de los mejores hospitales de la primera capital de España.

Siempre me han inspirado profunda compasión esos desgraciados seres que, faltos de todo recurso pecuniario, tienen que ir a morir lejos de los objetos más queridos de su corazón, y exhalar su último suspiro solos y abandonados. ¿Pues qué importa que sus ojos contemplen en torno suyo a otras criaturas? Sí, como ha dicho muy bien Fernán Caballero: ¡hay seres que quitan soledad y no dan compañía!

Los hospitales donde domina la religión católica romana (salvando algunas honrosas y consoladoras excepciones), se asemejan más a los antiguos tribunales del Santo Oficio, que a un lugar de refugio y de consuelo.

La humanitaria institución de las Hermanas de la Caridad, de esas mujeres que recogen a los huérfanos cuando un honor mal entendido los arroja del seno maternal, que consuelan a los moribundos en los campos de batalla y que sostienen los débiles pasos de los ancianos, en esos asilos que se llaman casa de incurables; esas mujeres, repito, cuya misión bendita es la abnegación completa de todo egoísmo personal; esos ángeles consoladores que deben llevar la sonrisa en los labios y la compasión en sus ojos, simbolizando a la esperanza, que deben, en fin, identificarse con el dolor mismo, ¿cumplen con el deber

que se han impuesto? Desgraciadamente, no. Entre las Hermanas de la Caridad, como en la mayor parte de las asociaciones católicas, domina el más sórdido egoísmo, y en algunos de sus individuos, el refinamiento del mal, porque no se puede dar otro nombre cuando vemos a esos seres miserables emplear los medios de la más ruin venganza, contra infelices criaturas privadas en su infortunio, hasta de la defensa natural, consistente en las fuerzas físicas.

¡Cuántas veces llama la sociedad criminales a esos desgraciados que, jugando el todo por el todo, cometen una acción punible por darles tal vez a los suyos un pedazo de pan! Esos hombres cometen un crimen, pero desafían el peligro. En cambio estas mujeres cubiertas con sus blancas tocas, y envueltas en sus negros mantos, satisfechas todas las necesidades de su vida, elaboran en su imaginación los medios para hacer sufrir un tormento sin nombre a aquellos infelices que, una sociedad mal organizada, pone en sus manos para que los anime y los consuele.

Cuando un pobre entra en un hospital, la Casa le guarda toda la ropa que lleva puesta, y al entrar el enfermo en el período de la convalecencia, se levanta, cree que tendrá el legítimo derecho de hacer uso de su propio traje; pues bien, hay Hermanas de la Caridad que cumplen tan bien con su cometido, que en lugar de darles su vestido, si este es nuevo, lo guardan y les dan otro usado y viejo. El dueño, naturalmente, se indigna ante tal abuso, se queja, y cuando llega la hora de darles el alimento, recibe, aquel que se ha quejado, la tercera parte de la ración que le corresponde. ¿Es esto justicia? ¿Es esto caridad? ¿Es este el amor al prójimo que predicó Cristo? No; este es el extremo de la crueldad que se ensaña en las víctimas de la miseria y del dolor.

Desde que en España se estableció la tolerancia de cultos, tiene la clase proletaria otro sufrimiento más.

Entra un protestante en un hospital y, claro está que al morir, reclama los consuelos de su religión, llega el pastor (que es recibido con un murmullo poco tranquilizador), y si desgraciadamente la agonía del paciente se prolonga y el pastor se retira, ¡qué de sátiras! ¡Qué de insultos y recriminaciones recibe el infeliz en sus últimos momentos! ¿Y todo por qué? Porque dio un paso en la senda del progreso y muere con el desconsuelo de saber que sus restos no descansarán al lado de sus padres o amigos, si no compran su cadáver pagando 500 reales por derechos no sé de qué, que exige el benéfico establecimiento.

Esa es la caridad apostólica romana que se convierte en dueña del individuo, para dominar su espíritu mientras está en la tierra, y para estudiar después su cuerpo inanimado en estos centros anatómicos que se llaman hospitales.

Triste, muy triste es, hermana mía, cuando vemos marchitarse por el egoísmo, las hermosas flores del amor y de la caridad.

¡Cuánta pequeñez encierra nuestro planeta en su estado religioso, político, económico y social!

¡Cuántas víctimas han de sucumbir todavía bajo el poder de los fariseos de nuestra época!

Ha dicho, no sé quién, con sobrada razón, “que los cadáveres históricos tardan mucho en descomponerse”, y esa religión cimentada en la capital del orbe cristiano, con sus amuletos, reliquias e indulgencias, tiene aún que pasar luengos años, para que las multitudes ignorantes comprendan todo el abuso que ha hecho de la doctrina cristiana.

No puedes figurarte, hermana mía, cuánto sufrí en mi última visita al hospital que ya te he mencionado. Una mujer anciana, próxima a morir, me llamó la atención por un diálogo que sostenía con una joven, diciéndole entre otras cosas:

—Yo creo que de esta no muero; si me levanto, te aseguro que la madre N. se ha de acordar de mí, y si no salgo de aquí, tú quedas en el encargo de dar parte de las infamias que está cometiendo con los enfermos. ¿Cumplirás lo que te digo? Contesta, mujer, contesta.

—Piense usted en ponerse buena y deje lo demás,- contestó la joven que tenía un semblante dulce y expresivo.

—¡Ah! como tú no lo sufres, por eso dices eso; si tú vieras lo que estoy pasando, ya pensarías en vengarte como pienso yo, y Dios no me quite la vida hasta que consiga mi deseo.

¡Cuánto daño me hicieron estas palabras! Veía a aquella mujer en el último capítulo de su historia, alimentando las fatales ideas del odio más reconcentrado y más profundo; no pude menos que acercarme a ella y hablarle con toda la persuasión y el consuelo de que me sentí capaz.

La infeliz me miró sorprendida y, lentamente, su mirada se fue dulcificando y con voz trémula me contó una serie de sufrimientos íntimos, que habían dado por fruto la desesperación de su alma; y cuando falta de recursos, anciana y débil, había ido a buscar en un asilo benéfico la energía del cuerpo y el vigor del espíritu, ¿qué encontró? El ensañamiento incalificable del fuerte contra el débil.

El que siembra vientos recoge tempestades; esta mujer no había encontrado en la senda de su vida, más que abrojos, por eso solo brotaban espinas de sus pensamientos.

En la Orden de las Hermanas de la Caridad, no se debían admitir a esas mujeres mercenarias, vulgares, ignorantes y de malos instintos. Debía hacerse un detenido estudio, un profundo examen de las que quisieran vivir consagradas a los dolores de la humanidad; debiendo tener como condición indispensable, una sensibilidad exquisita, un alma elevada, una instrucción profunda y una fuerza de voluntad superior; de este modo, serían

verdaderamente los ángeles consoladores de los afligidos.

Esto debían ser; en realidad ¿qué son hoy? El que quiera conocer los servicios que prestan a esa clase (al parecer) desheredada de la sociedad, que vaya a los hospitales, y en el fétido olor que despiden sus salas, en los semblantes secos y duros de los enfermeros, en las caras de los enfermos sombrías o burlonas y en la sonrisa hipócrita de las buenas madres, se encontrará algo que oprime y que fatiga, algo que está en contradicción con la moral de Cristo, el que dijo “amaos los unos a los otros”, y que los hombres tradujeron así: mortificaos los unos a los otros.

¡Y luego dicen que los espiritistas somos locos! ¡Bendita locura! si de ella ha de nacer el lazo de unión de todos los pueblos, el amor universal de todas las razas y la práctica de la verdadera caridad.

Hermoso día, en que la tierra sea un manicomio y sus habitantes tengan la manía de no ser ambiciosos, avaros ni egoístas; en que lo superfluo se considere un crimen y por medio de una sólida instrucción, ni los pobres conozcan la indigencia, ni los ricos el lujo.

La opulencia no da la felicidad, pero la miseria sí da la desgracia!

¡Espiritistas de todo el globo! y vosotros ¡hermanos de ultratumba! ¡Trabajemos por la emancipación de la clase proletaria, que no encuentra ni esperanza al nacer, ni consuelo al morir, en una sociedad que se llama cristiana!

¡Mártir de Nazareth! ¡Cuántos crímenes se han cometido en tu nombre! ¡Legislador eterno! ¡Qué mal se han comprendido tus leyes! ¿Hasta cuándo, gran Dios, hasta cuándo será tu justicia un mito, y el abuso y la violencia una tristísima realidad?

Cesará de ser una utopía la caridad divina, el día en que el

espiritismo no sea el patrimonio de algunos *ilusos*, sino que sea la escuela universal, donde todos los hombres estudien con perseverancia y buena fe esa ciencia emanada de Dios, ese fluido que da vida a los mundos, esa luz que nunca se extingue, ese torrente que jamás se agota, ese fuego que nunca se apaga, ese perfume eterno que no se evapora, esa armonía de todos los sonidos que pronuncian esta palabra AMOR... Estudiemos el amor, hermana mía, ¡porque el amor es la historia de Dios!

1873

A Salvador Sellés

¿De dónde vienes poeta?
¿En qué región, di; en qué mundo
recogió tu mente inquieta
algo del bardo profeta,
algo gigante y profundo?

No es de aquí tu pensamiento,
ni cuanto en tu ser se encierra
de ternura y sentimiento;
¡es tan distinto tu acento
de los hijos de la tierra!

¡Genio entusiasta y ardiente!
cuéntame algo de tu ayer;
¿por qué has dejado tu Oriente?
¿Por qué has venido a Occidente
para amar y padecer?

¿Tanto has llegado a pecar,
que a este mundo de expiación
te tuvieron que enviar?
¿Te llegaste a rebelar
en tu ardiente inspiración?

Algo de esto debe ser;

en tu pasada existencia
quizá llegaste a creer
que era omnímodo el poder
de tu osada inteligencia.

"Y hoy por eso estás aquí,
en un humilde rincón,
soñando en tu frenesí,
viendo pasar ante ti
mil sombras de tentación.

Porque tu genio fecundo,
tu inspiración sobrehumana
y tu talento profundo
no son hijos de este *mundo*,
pertenecen al *mañana*.

El que llora sus amores
con tan triste desconsuelo,
y lamenta los horrores
de esos genios destructores,
no es de la tierra, es del cielo.

¡Espíritu noble y fuerte!
De otras regiones cantor!
Aquí llorarán tu muerte,
aquí sentirán perderte,
genio de paz y de amor.

Mas aquellos que soñamos
en otros mundos mejores,
tu estancia aquí lamentamos,
aunque aliento recobramos
con el ámbar de tus flores.

Pero tu debes vivir
donde brille la verdad;
quien cual tú sabe sentir,
¡su vida... su porvenir...
su mundo es... la eternidad!

1873

UNA PEQUEÑA HISTORIA

Dedicada a mí querido hermano
Antonio del Espino

Silvia era una mujer enamorada,
(pero de su marido),
el que a decir verdad no la adoraba,
y solo concedía
al amor que su esposa le ofrecía,
esa condescendencia
que en lenguaje vulgar, la llama el mundo
con sobrada razón indiferencia.
Mas cuando la mujer está ofuscada
por una de esas grandes afecciones,
su ciego entendimiento no ve nada.
¡Feliz aquel que en su ilusión hermosa
todo lo mira de color de rosa!
Silvia era muy feliz, para ella el mundo
era un vergel de purpurinas flores;
entregada a su amor grande y profundo
no sabía que existieran los dolores;
y si bien en su esposo no encontraba
más que un cariño indiferente y frío,
como ella otra afección no recordaba,
no podía comprender el gran vacío
en que su amor inmenso fluctuaba.
Silvia perdió a sus padres en la cuna,
y su anciano tutor sin duda alguna

para quitarse cargos de conciencia,
decidió que la niña consagrara
al Ser Omnipotente su existencia.
Y a la huérfana bella en un convento
la sepultó con el mejor intento,
de que ignorando la mundana historia,
en Dios cifrara su ilusión, su gloria.

Pasó Silvia las horas de su infancia
dulces, serenas, plácidas, tranquilas,
pero a los quince años
brillaron sus pupilas
con un fulgor extraño,
con un fuego sombrío;
sus mejillas de rosa
tomaron el color de la azucena,
y su nevada frente
se cubrió con el triste amarillento
que produce la fiebre intermitente.
Las madres cuidadosas
al tutor avisaron presurosas;
vino este acompañado
de un célebre doctor, el que mirando
a la linda criatura
que se iba lentamente marchitando.
exclamó: Que abandone esta clausura,
pues si se queda aquí, yo no respondo
de que este buque se nos vaya a fondo.

Dejó Silvia el convento sin tristeza,
porque ya en su cabeza
flotaban halagüeños
fantasmas de placer desconocidos,
que iban a murmurar en sus oídos

palabras incoherentes,
pero tan elocuentes,
tan llenas de pasión y de poesía,
que la niña en sus sueños presentía
que la familia humana,
está envuelta en un mágico fluido,
que ha sido, es, y será de los mortales
el Jordán bendecido,
donde reciben el bautismo santo
de un amor grande, sin rival, profundo,
que es de la vida inexplicable encanto.

Silvia era rica, inmensamente rica,
razón por que se explica
que antes que su tutor la presentara
en los grandes salones,
donde encuentran las niñas y las bellas
galantes ovaciones,
tuviera mil rendidos amadores
que le ofrecieran con afán profundo,
un amor tan inmenso como el mundo.

Su tutor era un hombre acostumbrado
a vivir sin fatigas ni cuidados,
y por esta razón creyó prudente
que Silvia se casara
antes que el huracán de las pasiones
su corazón sencillo despertara.
Y entre los mil galanes
que a la huérfana bella pretendían,
escogió un caballero
de noble cuna, y de gentil talante,
y de inmensa fortuna:
¡circunstancia feliz que aseguraba

el porvenir de Silvia! ¿quién lo duda?
Llegó esta ante el altar pura y serena;
su frente orlaban blancos azahares
y echó sobre su cuello esa cadena
de leves o pesados eslabones,
que el matrimonio por misterio eterno
es trasunto del cielo y del infierno.

Bello es vivir cuando un amor profundo
viene a buscar abrigo en nuestro pecho:
dulce es morir si horrible desengaño
nos deja el corazón pedazos hecho.
Ya hemos dicho al principio de esta historia
que Silvia en su ignorancia, no sabía
que la amarga irrisión del matrimonio
era lo que su esposo la ofrecía.
Ávida de querer, ella adoraba
a aquel que indiferente contemplaba
su espléndida hermosura;
pero que la guardaba
esas mil deferencias y atenciones,
que es el amor usado en los salones.
Mas al cumplir tres años de su enlace,
Silvia vio dibujarse lentamente
una nube plumiza
en el puro horizonte de su vida.
Aquellas deferencias y atenciones
que su esposo al principio la ofrecía,
se fueron extinguiendo cual los rayos
que lanza el sol al terminar el día.
Para hacer un análisis profundo
de lo que vale este mezquino mundo,
no es necesario más que los enojos
arranquen una queja a nuestros labios,

y hagan brotar el llanto a nuestros ojos.

Silvia adquirió esa ciencia dolorosa;
esa filosofía,
que se obtiene contando los instantes
de una noche sombría,
cuando se espera con afán amante
al ser amado que nos quiso un día.
Silvia pidió primero explicaciones,
y después prodigó reconvenciones
llenas de sentimiento y de ternura,
pero su esposo con desdén profundo
y sonrisa glacial, le dijo: “Escucha.
Ese amor que tu sueñas, no es del mundo.
Olvida esa quimera deliciosa,
disfruta los encantos y placeres
del lujo y de la moda caprichosa,
y vive como viven las mujeres
que como tú son jóvenes y hermosas.
El marido es un mueble necesario;
la mujer necesita de otro nombre:
la cruz del matrimonio es el calvario
que Dios ha dado a la mujer y al hombre.
Mas de algo ha de servir la inteligencia,
y por eso con suma indiferencia
debemos aceptar los sinsabores
que envenenan la frágil existencia.
El amor es bellissimo en teoría
mas si algo quiere el hombre es a sí mismo,
y la mutua pasión, querida mía,
es simplemente un cambio de egoísmo.
Este es el mundo, acéptalo si quieres
como lo has encontrado;
y cumple la misión de las mujeres

que es recordar el tiempo que ha pasado”.

Silvia escuchó en silencio estas razones,
ni una queja sus labios exhalaban;
pero al perder sus santas ilusiones
otra región sus ojos contemplaron.
Miró en torno de sí y horrible espanto
la hizo sentir inexplicable frío
y murmuró con voz desfallecida,
este mundo sin duda no es el mío.
¿O tal vez seré yo más desgraciada?
Misterio es este que saber ansío,
y buscó desde entonces su mirada
esa indeleble huella
que deja en pos de sí la desventura;
y encontró en su querella
que existía el sentimiento, y la ternura,
y el infortunio estaba solo en ella.
Mira y compara, dice la *Escritura*,
y serás consolada;
mas la débil criatura,
no se fija en los míseros que gimen
sino en aquellos más afortunados.
Esto le pasó a Silvia en su infortunio,
su historia, que es la historia de la vida,
le pareció la sola en este mundo,
¡y hay tantas ediciones repetidas!

...
¡Pobre Silvia! tan joven, tan hermosa,
tan ávida de amor, y ser dichosa...
como la sensitiva
repliega su corola,
reprimió su amoroso sentimiento
al verse triste, abandonada y sola.

Y esa tisis del alma,
ese dolor profundo
ese insomnio sin calma,
le fue robando el brillo de sus ojos
y la sonrisa de sus labios rojos.
Los médicos temieron por su vida,
diciendo a su marido:
que aquel pleito lo daban por perdido
si Silvia no dejaba
la mansión que habitaba,
que fuera a Italia a recobrar aliento;
pero la enferma con amargo acento
les dijo que era inútil su porfía,
que Dios había escuchado su lamento
y que tranquila y sin dolor moría.

Hizo venir a su tutor, que inquieto
no quería adivinar el gran secreto
que envenenó inclemente la existencia
de aquella pobre flor, sacrificada
en aras de su torpe conveniencia.
La voz de su conciencia
sin cesar, decía:
“Toda esa desventura es obra mía;
si yo hubiera estudiado,
con afán y cuidado,
lo que a Silvia mejor le convenía,
esta hubiera vivido,
mas los hechos que están ya consumados
el lamentarlos es tiempo perdido”,
y tomando un sereno continente
entró resueltamente
en la estancia en que Silvia con tristeza
echada en su diván lánguidamente,

apoyaba en sus manos su cabeza:
preguntando tal vez a su pasado
por su ensueño de amor evaporado.

..

Tosió el anciano por hacer ruido,
y Silvia le indicó que la atendiera,
diciendo con acento conmovido:
tengo que hablaros por la vez postrera.

Voy a morir. —¿Morir? ¡qué tontería!
replicó su tutor, eso es incierto;
¿qué es lo que tienes tú? melancolía,
¡pues de melancolía nadie se ha muerto!

..

—Lo mismo digo yo; dijo el marido,
que hablaba por hablar, por decir algo.
—Ninguno de los dos ha comprendido
el sufrimiento que en mi pecho guardo;

Dijo la enferma con afán creciente;
pero ahora es necesario; yo lo quiero
que sepáis el tormento de mi mente
y la causa fatal porqué me muero.

Yo no nací para el bullicio loco,
nací para querer, y ser querida;
la pompa mundanal la tuve en poco:
que era el amor el alma de mi vida.

Sin consultar mi corazón me unieron
a un hombre que por mí nada sentía:
blasones y riquezas le pidieron,
para entregarle la existencia mía.

Le di mi mano al pie de los altares,
y él en cambio me dio timbres y honores;
yo guardé mi corona de azahares
cual símbolo feliz de mis amores.

Ávida de querer, amé a mi esposo
con afán, con delirio, con locura,
por compasión quizá, fue generoso,
y celebró galante mi hermosura.

Pero un día llegó, que necesario,
juzgó decirme: “Niña, no te asombre,
la cruz del matrimonio es el calvario
que Dios ha dado a la mujer y al hombre.

Este es el mundo, acéptalo si quieres
con la fría realidad que lo has hallado,
y cumple la misión de las mujeres
que es recordar el tiempo que ha pasado”.

Desde entonces desliza mi existencia
sumida en un dolor grande y profundo,
dudando de la Santa Providencia
al ver la ingratitud que hay en el mundo.

Dudando si es delirio, si es locura
vivir a los deberes consagrada;
si más allá la dicha se asegura,
o después de luchar, solo hay la nada.

Yo necesito amar, y amor me ofrecen,
mas no es el hombre cuyo nombre llevo:
delirantes quimeras me enloquecen
y quisiera querer, y no me atrevo.

Y en esta lucha horrible de mi vida,
Dios tuvo compasión de mis amores;
voy a morir, serena y convencida
que con la muerte acaban los dolores.

Voy a morir, guardad en vuestra mente
débil recuerdo de mi amor profundo;
y grabad en mi tumba, “Ya no siente
la mujer que a llorar vino a este mundo”.

Silvia murió; y su sepulcro helado
los sauces compasivos lo cubrieron,
y en mármol de Carrara fue guardado
aquel ser que en la tierra no quisieron.

Dieron grandiosa tumba a los despojos
de la mujer hermosa, que en el mundo
no enjugaron el llanto de sus ojos
ni apreciaron su amor grande y profundo.

Esa es la ley social, cubrir de flores
las tumbas de los mártires que un día,
bajo el peso fatal de sus dolores,
murieron sin consuelo en su agonía.

Duerme Silvia, tu historia es el legado,
que tienen por herencia las mujeres,
o *mueren* recordando su pasado,
o *viven* olvidando sus deberes!

Prólogo de una historia

Enrique Sandoval era un muchacho,
de noble y distinguido continente:
un sedoso mostacho
daba sombra a su boca juguetona,
sirviendo de corona
a su espaciosa frente,
un bosque de cabellos ondeados
con desaliño artístico peinados;
sus ojos eran grandes y rasgados,
teniendo una mirada
magnética, profunda, apasionada;
era uno de esos seres
que inspiraba profunda simpatía
con especialidad a las mujeres.
Era una de esas almas bien templadas;
ávida de violentas emociones,
que en una ocasión dada,
saben jugar el todo por el todo,
diciendo con desdén: “La vida es nada”.

Pasó las horas de su dulce infancia
de un pueblo en la pacífica ignorancia;
pero llegó a esa edad en que el hombre sueña,
y se dijo a sí mismo estas razones:
—Estos pueblos, ¿qué son? humildes nidos,

o en lenguaje vulgar, tristes rincones,
donde los hombres viven confundidos,
sin gloria, sin poder ni aspiraciones,
para mirar como las aves vuelan
y como abren sus pétalos las flores.
No habrá formado Dios a tantos seres.
Y deben existir, sin duda alguna,
tormentos y delirios y placeres.
¿Por qué no he de buscar, cual buscan otros,
la pompa, la riqueza y los honores,
si querer es poder? Voy a la corte,
y allá veremos si me voy a fondo
o encuentro estrella que fije norte.—

Llegó Enrique a Madrid cual llegan muchos,
esperando encontrar una fortuna;
siendo la base de esta algún empleo
o escribir gacetillas,
siguiendo la tendencia y el deseo
del favorito que en la corte brilla.
Supo cumplir tan bien su cometido,
que al poco tiempo era
el galán más querido de las damas;
buscó duelos, reyertas y quimeras,
y entre varias que dio, dio una estocada
que dejó a su contrario
en estado tan triste y lastimoso,
que solo en el sepulcro solitario
pudo encontrar para su mal reposo.

¿Enrique era feliz? De todo había,
pues por ley natural, ambicionaba
mucho más que la suerte le ofrecía.
Adquirió con trabajo un gran destino,

pues era de un ministro secretario,
y aunque es harto escabroso ese camino,
por su aplomo y su acierto extraordinario,
llegó a ser accesorio indispensable,
y el que consigue hacerse necesario
en una sociedad en que tanto sobra,
puede decir, cual César dijo un día:
Yo *vine, vi y vencí*: esta es mi obra.

Por suerte o por desgracia para Enrique,
un carnaval llegó con sus disfraces,
con sus bailes, sus galas, su ruido,
y sus ensueños breves y fugaces.
Como natural, tomó en la fiesta
la parte que a su edad correspondía;
mucho más que en festines y en saraos,
era donde su ingenio más lucía.
En un baile de trajes de gran tono,
se hallaba Enrique lleno de ilusiones,
cuando vio ante sus ojos una dama
bella cual la soñaron los amores.
Era alta, esbelta, pálida y graciosa,
de perfecciones mil rico tesoro,
dejó en sus labios su carmín la rosa,
y en sus cabellos su esplendor el oro.

Era uno de esos seres ideales
que miran los poetas en las brumas,
una de esas Ondinas Celestiales
que nacen del vapor de las espumas.

Enrique la miró magnetizado
y exclamó con acento tembloroso:
—No os apartéis, señora, de mi lado

y dejad que un momento sea dichoso.

¡Un vals ardiente, rápido, excitante,
nos brinda su dulcísima armonía;
hay en sus notas algo delirante
que responde a mi afán, hermosa mía!

Venid, venid y os llevaré en mis brazos
aunque sienta que el orbe se derrumba,
y feliz yo, si tan hermosos lazos
no los deshace ni la misma tumba.—

Ciñó su brazo la gentil cintura
de aquel ángel de amor, que sonriente,
un mundo de placer y de ventura
llevaba escrito en su marmórea frente.

Si hay algo que al amor le preste alas
y haga olvidar la prosa de la vida,
es sin duda esa música inspirada
que a un goce delirante nos convida.

¡Bailar un vals con el objeto amado,
sentir latir un corazón de fuego,
y aspirar un aliento perfumado,
es confundir la tierra con el cielo!

¡Se siente una emoción tan poderosa,
es un placer tan grande y tan profundo,
es una sensación tan deliciosa...
que no tiene rival en este mundo!

Enrique se entregó con alma y vida
a gozar de esa dicha pasajera

que nos ofrece una mujer hermosa
cuando la vemos por la vez primera.
Mas como todo acaba aquí en la tierra,
pasó del vals la dulce melodía,
y Enrique dijo con sentido acento:
—Siento por vos extraña simpatía.
Decidme por piedad, ¿quién sois, señora?
necesito saber si sois casada,
late mi corazón, llegó mi hora
de encontrar lo que tanto ambicionaba;
si sois libre os daré mi amor, mi nombre;
si tenéis por mi mal antiguos lazos,
de mi camino apartaré a ese hombre
y os arrebataré de entre sus brazos.
Habladme, yo os lo ruego, yo os lo imploro
por lo que más améis en vuestra vida,
¿cómo os llamáis, decid?

—Me llamo Sara
y me encuentro en la tierra algo aburrida.
Soy uno de esos seres que el destino
arroja en este mundo a la ventura;
hoy alfombran las flores mi camino,
porque admiran los hombres mi hermosura;
me han dicho que el amor es sombra vana
y que el oro es la fuente de placeres;
que me olvide del ayer y del mañana,
que el hoy es el edén de las mujeres.
Vos me pintáis entusiasmado y loco
de vuestro amor naciente los albores,
y yo os debo decir que tengo en poco
la dicha cimentada en los amores.
Positivista por costumbre, os digo,
que mi plan en la vida lo he formado,
y la senda trazada que yo sigo,

el amor delirante lo echo a un lado.
Dejo a Cupido con sus blancas alas
y su eterno estribillo *¡yo te adoro!*
y prefiero lucir trajes y galas
que solo se consiguen con el oro.
El oro es el monarca de la tierra;
todo cede a su inmenso poderío,
en él la dicha y el placer se encierra
y la vida sin él produce hastío.
Así, pues, olvidad vuestros antojos
y sigamos los dos nuestra jornada.
—¡Yo no podré vivir sin vuestros ojos,
la existencia sin vos la tengo en nada!
Quiero que como yo tengáis creencia
que en el amor la dicha se asegura,
que no nace el placer de la opulencia,
que estáis en un error y una locura.
Dadme un año de plazo y os prometo
ofreceros riquezas sin medida,
y mostraros después el gran secreto
que embellece las horas de la vida.
—Tan bien sabéis pintar vuestro desvelo
que acepto la ilusión de sus amores,
y esperaré que vuestro amante anhelo
ciña mi frente con hermosas flores.
—¡Oh! Sara de mi amor, tened presente
que cual nuevo Colón, solo ambiciono
hacer brotar un mundo de mi mente,
y ofreceros en él radiante trono.—
Como era natural, la conferencia
de Sara y del doncel fue terminada.
¿Tuvo este encuentro alguna consecuencia?
¿Nació una historia o se extinguió en la nada?
Nada de fijo asegurar podemos,

porque solo sabemos
que Enrique trabajaba, y que afanoso,
sin llegar a ir a Méjico, encontraba
de una mina el filón maravilloso.
En árabe corcel se presentaba
luciendo su apostura y gallardía,
y otras en coche propio paseaba
mirando con desdén y altanería.
Gran casa, mucho tren, mucho boato,
lujosa ostentación: ¡era dichoso!
Ahora falta saber si su existencia
tenía horas de quietud y de reposo.
Prematuras arrugas en su frente,
y sus ojos hundidos, revelaban
que un algo misterioso había en su mente
y que su juventud se marchitaba.
Pero febril y delirante y loco,
seguía siempre con tenaz empeño,
diciendo para sí: “aún tengo poco,
aún no he llegado a realizar mi sueño”.

Un día antes de cumplirse el año
del plazo que él fijara a sus amores,
Enrique se perdió, como se pierden
las hojas secas de agostadas flores.
Lógicamente hicieron comentarios
todos aquellos que a él le conocían;
los unos le acusaron de falsario,
otros de usurpador, y se decían
tantas historias y mentiras tantas...
que la verdad ninguno la sabía.
Lo cierto, lo real y lo evidente,
es que selló su casa la justicia.
Mas ¿dónde se ocultaba el delincuente?

¿Le fue la suerte por su bien propicia?
¿Y allá en el Reino Unido fue a salvarse
de una prisión sin duda merecida?
¿O en triste calabozo vio alejarse
la breve gloria de su pobre vida?
Nada de cierto colegirse pudo:
la sociedad le concedió su olvido
al hombre audaz que le sirvió de escudo
su ingenio miserable y atrevido.
Ídolo que adoraron un instante
mientras el mismo incienso se quemaba:
pero que hundido, no hay piedad bastante
para darle al vencido una mirada.
Únicamente las mujeres saben
conservar un recuerdo de ternura;
Enrique, que era en esto afortunado,
quizás porque él no quiso más que a una,
mucho tiempo después de lo ocurrido,
más de una hermosa sin cesar decía:
“¿Qué habrá sido de Enrique? ¡Era tan guapo!
¡Y me inspiraba tanta simpatía...!”
murmuraban así las niñas bellas;
y Sara, ¿qué decía?
¿Seguía de Enrique las perdidas huellas?
¿Su triste paradero lo sabía?
Ciertamente que no; ella ignoraba
lo que a su fiel amante había ocurrido;
pero su corazón no se inquietaba,
porque era un corazón envilecido.
Era uno de esos seres desgraciados,
abortos del fatal positivismo,
en su misma abyección encenagados
sin querer levantarse de su abismo.
Y de un amor tan grande y tan profundo

como el que, el pobre Enrique le rendía,
solo obtuvo por premio en este mundo,
que Sara murmurara: —“Es tontería
el hacer sacrificios por amores.
No merecen los hombres ni un suspiro;
perdí uno de mis tiernos amadores,
¡y qué le hemos de hacer, si se ha perdido!
Buena era su intención, sin duda alguna,
mas después de los hechos consumados,
¿tienen éstos acción retrospectiva?
No la tienen; asunto terminado”.

Pasaron años, y la hermosa Sara
seguía el vaivén de su agitada vida;
cuando una tarde recibió una carta
que la tomó con mano estremecida,
porque en su letra fina y delicada
recordó Sara a un ser que había olvidado:
“¡Esta letra es de Enrique...!” Y azorada
rompió el sobre pequeño y perfumado,
y con acento, al parecer tranquilo,
leyó su contenido,
sin que por sus mejillas resbalara
una lágrima ardiente,
ni de sus labios de carmín brotara
un suspiro elocuente.
Una vez la leyó, maquinalmente
volvió a coger la carta y a leerla;
se fue anublando su serena frente,
y su mirada fue mucho más tierna.
Pasó una hora y Sara proseguía
leyendo aquella carta; ¿qué diría
que tanto al parecer le interesaba
y a su pesar su pecho conmovía?

Estas tristes palabras contenía
aquel pliego que Sara contemplaba:

—”Oídme Sara, por la vez postrera.
Voy a pasar a nuevos continentes,
la muerte o la victoria allí me espera
y ambas cosas me son indiferentes.

Yo os amé con delirio, con locura,
con frenesí, con ciega idolatría.
¡Admiré vuestra espléndida hermosura,
siendo todo mi afán llamaros mía!

Vos me dijisteis, con desdén profundo,
“sois pobre para mí, dejadme, Enrique”.
Desde entonces hallé pequeño el mundo,
y para mi ambición no tuve dique.

No tuve más afán ni más anhelo
que adquirir de riquezas un tesoro;
olvidé que había un Dios allá en el cielo
y el crimen me ofreció montes de oro,

Y en el instante que contento, ufano,
iba a deciros yo con alborozo:
“¡Mío es el porvenir!” ¡Ensueño vano!
Desperté en un oscuro calabozo.

La sociedad se alzó con mano airada,
y castigó mi falta; ¡justo era!
¡Y nadie fue a lanzarme una mirada!
¡Nadie me fue a decir, *sufre y espera!*

Pasaron meses, transcurrieron años,

y el tiempo se cumplió de mi clausura:
¡volví a mirar la luz! seres extraños
miraron con desdén mi desventura.

Y una noche, que vive en mi memoria,
de un ministro de Dios el dulce acento
escuché, que contaba triste historia,
¡tan triste como el eco de un lamento!

Y dijo que era Dios todo ternura,
y que el perdón al hombre concedía,
si este olvidaba su fatal locura
y en su infinito amor la luz veía.

Aquella voz que resonó en mi oído
era una voz tan pura, tan vibrante,
que hizo latir mi corazón dormido
y esperar y creer; ¡feliz instante!

¿Por qué he pasado mis mejores días
sin conocer de Dios la omnipotencia?
¿Por qué han sido mis noches tan sombrías?
¿Por qué fue tan amarga mi existencia?

¿Sabéis Sara por qué? Porque he olvidado
que solo en Dios se encuentra ese camino,
en donde el hombre, por él bien guiado,
engrandece en la tierra su destino.

El arrepentimiento más profundo
me hace tener vergüenza de mí mismo.
¡Adiós, España! Adiós, ¡oh, viejo mundo!
Adiós con tu fatal positivismo.

¡Adiós, Sara! Pensad que hay otra vida;
y ese amor que consume y que no quema,
consagradle al Señor, pedidle egida
y él os dará la salvación suprema.

Siempre un recuerdo os guardaré en mi mente:
no abrigo contra vos ningún encono;
y a Dios le pido en mi oración ferviente,
¡que él os perdone como yo os perdono!”—

¿Qué sintió Sara? Dios tan solo puede
adivinar misterio tan profundo:
porque es el corazón de las mujeres
el problema más grande de este mundo.
Solo sabemos que dejó la corte
y que el centro galante en que vivía
le consagró un recuerdo a su elegancia
y al gusto sin rival que ella tenía.

¿Dónde se fue? ¡quién sabe! quizá un día
sepamos el final de su existencia;
que el asunto nos dé para una historia
donde el lector encuentre un episodio
de abnegación, de juventud y gloria.
Y lloré a la memoria
de una de esas mujeres
que guardan ricos dones
de amor, de sentimiento y de ternura;
que al saber explotar esos filones
puedan brotar inmensas sensaciones
que conviertan en ángel la criatura
y hacer que una mujer sea en sus pasiones
un alma grande, enamorada y pura.

Cartas íntimas

Hermana mía: Ayer visité uno de los colegios gratuitos de esta capital, y me llamó particularmente la atención una hermosa niña de 14 a 15 años, blanca, rubia y delicada, de mirada tan dulce, tan triste y tan profundamente conmovedora, que me hizo recordar estos cuatro versos del célebre Larmig, cuando habla de los ojos de Jesús:

“Ojos llorosos, que piedad inspiran,
ojos sin ira, que perdón predicen,
ojos que tristes, al mirar suspiran,
ojos que tiernos, al mirar bendicen”.

Esa mirada magnética, poseía la simpática niña que, apoyada en el alféizar de una ventana, miraba fijamente a un patio, revelando en su actitud inquieta que esperaba la llegada de una persona querida. No se hizo esta esperar mucho tiempo. La joven ahogó un grito y, veloz como la impaciencia del deseo, cruzó rápidamente la estancia. Y escuché una de esas frases que no han podido imitar, ni las grandes actrices, ni la más inspirada *prima donna*; una de esas palabras que acarician, que enloquecen, uno de esos gemidos del alma que revelan una historia de dolor. Esa exclamación suprema que lanza una madre cuando estrecha entre sus brazos al hijo querido de su corazón. Ese ¡hija mía! que tomó vibración en otros mundos mejores, ese

grito resonó en mis oídos y a poco vi aparecer a la linda niña acompañada de una mujer de mediana edad, que en su semblante demacrado se encontraba grabada indeleble huella de la miseria y del sufrimiento. Existía entre las dos perfecto parecido, solamente que la una era la flor marchita por el hálito del mundo, y la otra la casta azucena que abría su cáliz para elevar su fragancia al cielo.

Madre e hija abandonaron el aposento, para sustraerse, sin duda alguna, de los muchos curiosos que estaban examinando las delicadas labores de las educandas. Una hermana de la caridad, que cumple dignamente la misión que se ha impuesto, una mujer perteneciente a una de las primeras familias de la nobleza española, que siendo casi una niña le arrebató la muerte al elegido de su corazón, y que desde entonces abandonó su aristocrático palacio y se consagró exclusivamente a ser el ángel tutelar de los desgraciados, sufriendo por su abnegación sin límites la envidiosa persecución de sus hermanas en Cristo, se encontraba en aquellos momentos cerca de mí, y aunque no nos une una amistad íntima, nos comprendemos y respetamos nuestras creencias, que reconocen una sola causa.

—¿Quién es esa joven, le pregunté, que acaba de salir de aquí?

—Parece que le llama a usted la atención, me dijo sonriendo dulcemente. No es extraño, porque cuantos la ven se interesan por ella, y usted con doble motivo, que en todo quiere encontrar algo extraordinario. Lo que es ahora, efectivamente, le ha llamado la atención una criatura digna de mejor suerte, y que ha sido una de las muchas víctimas que tiene el fanatismo en sus anales.

—Escita usted mi curiosidad en alto grado, y desearía saber la historia de esa niña.

—Tendré mucho gusto en complacerla; sígame usted y en el jardín podremos hablar con tranquilidad. La seguí y un

momento después nos sentamos en un banco rústico situado en la cúspide de un pequeño montecito, adorno indispensable de todos los jardines ingleses, que en 50 pies cuadrados forman montañas, cascadas, puentes y cataratas microscópicas.

—Aquí estamos mucho mejor ¿verdad, Amalia?

—Ya lo creo, y no puede usted figurarse cuánto me alegro que estemos solas, sin que nadie nos interrumpa.

—Yo también soy muy partidaria de la soledad acompañada; mucho más con una mujer que, como usted, me inspira simpatía a pesar de que en muchas cosas no estamos conformes, pero en fin, qué le hemos de hacer, usted quiere a Dios a su modo y yo le quiero al mío.

—Pero no dejará usted de convenir conmigo, que si la humanidad estuviera más adelantada, mis principios serían los más útiles para la sociedad.

—Avanza usted demasiado; usted no quiere templos ni prácticas religiosas ningunas; y el hombre necesita de un guía espiritual.

—Sí, señora; estoy conforme; pero un guía que nos diga la verdad, que no nos relate *cuentos de cuentos*, que no nos pinte un Dios iracundo y vengativo, que se complace en atormentar a los seres que él mismo ha creado.

—Ya se comprende que eso es un contrasentido, que la ley mosaica es un tejido de anacronismos y anomalías, pero como los primeros hombres que la escucharon no estaban suficientemente educados, solo el terror era el que podía dominarles.

—Soy de la misma opinión de usted, que para ayer tenían condición de ser los castigos eternos, pero hoy que nuestra naturaleza se presta más al análisis, al estudio y a la meditación, hoy que se investiga, hoy que el hombre no se contenta con

creer porque le mandan creer, sino que quiere convencerse por sí mismo de la causa que da el efecto, cuando escucha las absurdas versiones que se hacen de la ley de Dios, como estas están muy por bajo de su entendimiento y de su criterio, ¿sabe usted lo que se consigue? Que el escepticismo extienda sus negras alas, que el ateísmo prodigue sus desdeñosas sonrisas, y que la indiferencia cubra con su manto de hielo a la generación actual.

Los hombres que han perforado las montañas, los que por medio del telégrafo transmiten sus ideas, los que buscan en otros planetas los medios ambientes y las condiciones de habitabilidad, no pueden conformarse con esa historia sagrada llena de ridículos milagros, de pecados originales que jamás han existido, de muertes expiatorias para redimir a la culpable humanidad. Y esa gran figura de Cristo, ese mártir de la barbarie de un pueblo, hasta ahora lo han deificado sin necesidad ninguna, porque para ser el filósofo entre los filósofos, el bueno entre los buenos, y el único hombre justo que ha vivido en la Tierra, no es necesario darle los atributos de Dios; él llamaba a los hombres sus hermanos, nunca les llamó sus hijos.

—Amalia yo la creía a usted protestante, pero veo que es usted eso que llaman espiritista, que son los herejes del siglo XIX.

—¡Los herejes! ¿Y en qué consiste nuestra herejía?

—En que lo niegan ustedes todo, hasta la divinidad de Jesús, que es cuanto hay que decir.

—Sí, señora. La negamos porque Dios no pudo tener predilección por ninguno de sus hijos; porque Dios es solo, único, indivisible, y ese misterio de la santísima trinidad ha sido el escollo donde han tropezado los mejores oradores del mundo. Al llegar a ese punto todos han tartamudeado, o han dicho la frase sacramental “es un arcano divino” o lo han explicado de una manera confusa, incierta e incompleta. ¿Necesitaba Dios, para demostrar su amor inmenso a sus criaturas, sacrificar a su

hijo, por una pequeña parte de la humanidad? Pues entre las innumerables religiones positivas que existen, solo los cristianos romanos y los cristianos evangélicos se creen salvos por Jesús, los demás miran a Dios con más o menos miedo, y desconocen el sacrificio de la redención.

—A mí me han dicho que todos los espiritistas son locos.

—¡Locos! ¿Y por qué somos locos? Porque creemos en un Dios infinitamente bueno, infinitamente sabio, que le pide a sus hijos inextinguible amor y caridad.

—No me convence usted. Yo no podría vivir sin mis templos, sin mis santos y sin esas formas hasta poéticas que tiene el cristianismo.

—Usted misma lo dice, formas, y ¿qué es el formulismo ante las verdades matemáticas de la ciencia? ¡Qué impresión tan penosa se experimenta, cuando escuchamos la disparatada descripción de la creación del mundo, con sus célebres 6 días! cuando se sabe hasta la saciedad que es incalculable el número de siglos que debieron transcurrir para que la Tierra se enfriase y tuviese condiciones de habitabilidad.

¿Más que las pompas de la iglesia romana con su paganismo divino? Porque, ¿qué otra cosa que dioses tutelares son sus santos? Más que el sacrificio de la misa con su mímico lenguaje, más que de las capillas evangélicas sus cantos dulces y sencillos y su constante recuerdo de la ley de Dios, que visita la maldad de los hijos hasta la cuarta y quinta generación, me conmueven las comunicaciones de espíritus elevados que nos inician en otros mundos mejores.

—Pero Amalia, por Dios, no está todavía el mundo para gobernarse por sí mismo; se necesitan ministros del Altísimo, padres de almas, pastores, como usted quiera llamarles, pero hacen falta guías para la humanidad.

—En nuestro credo religioso, filosófico, espiritista, dice:

que para adorar a Dios, no hay necesidad de templos ni de sacerdotes, siendo su mejor altar el corazón del hombre virtuoso, y su mejor culto una moralidad intachable; pero atendiendo a lo que usted dice, (que en eso le doy la razón) que el hombre está todavía en lamentable atraso moral y le es necesario recibir instrucciones, recíbalas en buena hora, pero que el sacerdocio no sea una carrera especulativa, que los hombres que ocupen la cátedra del evangelio sean modelos (en cuanto es posible serlo en la Tierra) de amor, de caridad y de profundísima ilustración; desaparezcan los ídolos, derribense los altares, olvídense la ley antigua con sus rayos exterminadores, con sus antros profundos y sus llamas eternas, y medítese únicamente en amar a Dios sobre todas las cosas, y al prójimo como a nosotros mismos, por que esta es la ley y los profetas. Yo no me opongo, señora, a que haya sacerdotes, pero sí deseo que éstos conozcan la verdadera luz, para que arranquen las malas semillas de la superstición y el fanatismo.

—Ciertamente que hay muchos pastores que no saben conducir sus ovejas, unos por ignorancia, y otros...

Unas voces infantiles llegaron a nuestros oídos que decían:

¡Sor Inés... Sor Inés...!

—¡Ay! Amalia, me están llamando y tengo con pena que dejar a usted.

—¿Y sin haberme contado la historia de esa niña?

—Y es verdad, que nada hemos hablado de ella, pero vuelva usted por aquí mañana a la tarde y le contaré la historia de la pobre Celia.

—¡Cuánto le agradezco su amabilidad, Sor Inés, porque me ha interesado tanto esa joven!

—Digna es de lástima, créame usted. Adiós, Amalia, hasta mañana.

Sor Inés se alejó, y yo abandoné el jardín para comunicarte como costumbre mis impresiones.

¿Y a quién mejor que a ti, hermana mía, que me comprendes con un suspiro y me adivinas con una mirada?

Mañana te contaré la historia de Celia, que como a mí debe interesarte: ¡Tú que siempre buscas la huella de una lágrima para dejar en ella un beso tierno y compasivo!

Adiós, hermana mía, no olvidemos nunca que sin caridad no hay salvación.

1873

¡Era tarde!

Era una humilde aldea,
y en su pequeña iglesia
la campana voltea,
y a su clamor acuden presurosas
muchachas más bonitas que las rosas,
con ojos negros, grandes y expresivos,
que han hecho en este mundo más cautivos,
que hicieron los cristianos en Granada.
Sus cabellos en trenzas apretadas
descienden por su espalda,
y de flores del campo una guirnalda
todas van a ofrecer con fe sencilla
al santo que veneran reverentes,
y el entusiasmo en sus pupilas brilla.
¡Oh! almas puras, tranquilas e inocentes.
¡Dichosas de vosotras que la vida
pasáis sin conocer los sinsabores!
¡y nunca las espinas
llegasteis a encontrar entre las flores!

Ancianos, niños, todos van gozosos,
no a la fiesta del santo únicamente,
sino a cubrir de flores la carrera
de una niña hechicera,
que en sus sienes ostenta pudorosa

la bendita corona de azahares,
y en sus labios de rosa,
dulcísima sonrisa revelaba
que soñaba en amar, y en ser dichosa.
Un hombre de severo continente,
de profunda mirada
y de espaciosa frente,
de abundantes cabellos
que la nieve dejó su huella en ellos,
en la niña fijaba
dulce, serena y paternal mirada.

A la iglesia llegaron
y ante el altar humildes se postraron;
la niña oró con el fervor sencillo
de los primeros años;
y él fijó su mirada
quizás en los profundos desengaños,
que tuvo al principiar esta jornada,
que unos la llaman vida y otros nada.
Un ministro de Dios crédulo y bueno,
les hizo sobre el santo matrimonio
algunas reflexiones,
diciendo al terminar: ¡Dios es testigo
que en su sagrado nombre yo os bendigo!

La pareja feliz salió del templo;
la joven desposada
risueña y candorosa,
fijaba en el espacio su mirada,
cual si quisiera en su amoroso anhelo
dejar la tierra y elevarse al cielo.
Una silla de postas esperaba
a los recién casados;

los que al subir en ella saludaron
con frases cariñosas,
a la compacta turba de aldeanos,
que con semblantes tristes y llorosos
decían con acento entrecortado:
“que Dios dé larga vida a los esposos”.

Entre nubes de polvo, el carruaje
se perdió en las revueltas del camino,
y más de un viejo dijo con tristeza:
—Ya se va nuestro amparo y nuestro alivio.
¡Raquel era la madre de los pobres,
para todos tenía igual cariño!
nunca hubiera llegado Don Enrique.
—En mala hora a nuestros valles vino;
dijo una anciana de semblante adusto,
aún me parece verle, cuando herido,
rendido de cansancio y de fatiga,
le encontramos a orilla del camino.

Raquel al verle se acercó afanosa
diciendo con angustia: ¡pobrecito!
¿Si estará muerto? pero no; respira,
débil su aliento es, pero está vivo.
¡Quién había de pensar que a aquel enfermo
le tomara Raquel tanto cariño!
Hasta el extremo de dejar su tierra.
¡Pobre del ave que dejó su nido!
¡Sabe Dios, sabe Dios, lo que le espera!...”
Sonó en esto el tambor y luego el pito,
y todos los oyentes de la anciana
echaron a correr, creció el bullicio,
y a bailar se pusieron las muchachas
y todo fue alegría y regocijo.

Según cuentan, de la fiesta aquella
nacieron esperanzas, y amoríos,
y más tarde se hicieron casamientos
y... algún tiempo después hubo bautizos;
porque la historia de la raza humana
ha sido, es y será siempre lo mismo.

¿Y a Raquel, la olvidaron los labriegos?
Los desgraciados, no; nunca el olvido
en su pecho creció, la recordaban
cuando se hallaban sin tener abrigo,
cuando las nieves del helado invierno
les dejaban sin techo y sin asilo.
Los más afortunados olvidaron
aquella niña de dorados rizos,
de un alma tierna, cariñosa y pura,
de un corazón amante y compasivo.
Como podían muy bien vivir sin ella,
¡a qué la habían de guardar cariño!

...

En un lindo gabinete
con buen gusto decorado,
junto a una mesa sentado
un hombre joven está.

Arrugas tiene su frente,
sus ojos tristes destellos,
hebras blancas sus cabellos,
¿qué misterio guardará?

¿Por qué vejez prematura
le quita el brillo a sus ojos?
¿Halló en su camino abrojos
que hirieron su corazón?

Los debió bailar, porque solo

sufriendo agudo tormento,
se adquiere ese desaliento
que deja la decepción.

Escribe, y de vez en cuando
lee en alta voz; escuchemos,
y de este modo sabremos
la causa de su inquietud.

Que deben ser muy curiosas
y bien tristes sus querellas,
cuando han marchitado ellas
la flor de su juventud.

—¿A quién podré contarle la lucha de mi vida?
¿A quién podré decirle la historia de mi ayer?
¿A quién mejor que al hombre que en noche bendecida
calmó con sus palabras mi horrible padecer!

“Escucha, noble anciano, tal vez en tu memoria
le guardas un recuerdo al triste pecador,
que te contó en su duelo, su dolorosa historia,
manchada con un crimen, un crimen por amor.

¡Oh! sí, sin duda alguna, te acuerdas del
tormento,
de aquel dolor sin nombre que yo te describí,
y aún creo que te escucho cuando con dulce acento
dijiste: “¡Desgraciado! ¡Jesús murió por ti!

“La paz de tu existencia la tienes en tu mano,
“la sombra de tu vida la ahuyenta clara luz!
“no tiene tu mañana ningún fatal arcano,
“estudia, imita, sigue al mártir de la cruz.

“De la conciencia escucha el eco misterioso,
“el mágico sonido que hiere al corazón,

“y así tendrá tu vida dulcísimo reposo
“llegando al heroísmo tu santa abnegación”.

“Seguí de tus consejos la senda bendecida,
dejé mi patrio suelo, lanceme a pelear,
y consagré afanoso las horas de mi vida,
al noble pensamiento de creer y de esperar.

El campo de batalla laureles dio a mi frente,
y heridas que a mi cuerpo le hicieron decaer.
Por muerto me dejaron, y un ángel inocente
con fraternal desvelo la vida dio a mi ser.

Un alma enamorada, su cándida ternura
impresionó mi mente, cuando me dijo así:
“Enrique, ¿qué te aqueja, qué causa tu amargura?
“Yo siento al verte triste lo que jamás sentí.

“¿Qué tienes? Habla, dime, confíame tus dolores,
“yo quiero consolarte y ser tu ángel de paz;
“yo quiero que tus ojos contemplen siempre flores,
“que plácida esperanza color le dé a tu faz”.

¡Raquel! la hermosa niña me amaba y no sabía
lo que era aquel desvelo y aquella agitación.
Ingenua y candorosa, luchaba y me decía
la historia que guardaba su joven corazón.

¿La amaba yo lo mismo? ¡Ay! no; yo recordaba
a una mujer hermosa, satánica... infernal;
con delirante anhelo su imagen evocaba,
aunque ha sido en mi vida aparición fatal.

Pero Raquel me amaba; y dije así: “mi vida
la debo a sus cuidados, por ella renací;
en justa recompensa la serviré de égida”.
Por gratitud bendita mi nombre la ofrecí.

Ella aceptó gozosa, y el lazo de Himeneo
nuestras dos existencias por siempre las unió;
cumplió la casta niña su celestial deseo,
Raquel vive dichosa y resignado yo.

Y lucho y es mi vida tormento sin segundo.
¿Por qué yo no domino mi débil voluntad?
¿Por qué viendo en mi esposa amor grande y profundo
me ha de inspirar tan solo dulcísima piedad?

¡Problema indescifrable que resolver ansío!
¿Podrás tú, noble anciano, hacer la solución
del misterioso enigma? ¡oh! sí; yo en ti confío
que harás la anatomía de un pobre corazón.

Tú irás analizando; podrás fibra por fibra
decirme por qué el hombre en su incesante afán,
al eco del pasado su pensamiento vibra
y en pos de sus recuerdos sus ilusiones van.

¡Oh! dime de la vida el lazo misterioso
que enlaza lo pasado, el hoy y el porvenir;
tan solo tus palabras podrán darme reposo
por ti me alcé del fango, por ti llegué a vivir”.

Ven conmigo lector, vamos ahora
a ver de un hospital las tristes salas,
donde vive entre llantos y dolores
una gran parte de la raza humana;
una mujer hermosa y distinguida
de dulce y melancólica mirada,
se acerca a los enfermos, y les dice
que en Dios cifren su amor y su esperanza.
Un humilde sayal cubre su talle,
dejó del mundo las brillantes galas;
ahora todos le dicen Sor María,
pero en la sociedad se llamó Sara.
Una mujer galante cuya historia
misterios dolorosos encerraba,
una mujer que arrepentida y triste
quiso regenerar su pobre alma.
Una mujer que al terminar el día

un suspiro dulcísimo exhalaba,
diciendo con voz tenue: “¡Enrique! ¡Enrique!
¿Por qué yo no te amé cuando me amabas?”
Y pidiendo por él, sus labios rojos
repetían tiernísima plegaria.

¡Pobre Sara! arrepentida
de sus torpes devaneos,
de sus impuros deseos
y su loca bacanal,
Hoy consagra su existencia
a consolar al que llora,
y del Ser eterno implora
su clemencia celestial.

Hoy se ha convertido en ángel
la segunda Magdalena;
cariñosa, dulce y buena
para todos tiene amor.

Los enfermos la bendicen,
y los niños la reclaman,
y las mujeres la llaman
la elegida del Señor.

Una noche que se hallaba
junto al lecho de una niña
que abandonaba este mundo
sin dolor y sin fatiga,
abismada en sus recuerdos
Sara, triste y afligida,
escuchaba silenciosa
lo que la enferma decía.
—¡Oh! señora, sois tan buena,
tan tierna y tan compasiva...
que yo diré a Don Enrique...

—¿Qué Enrique es ese, hija mía?

—Un amigo de los pobres,
que me ha prestado en mi vida
alivio con sus limosnas,
consuelo con sus caricias.

Como me voy a morir,
quiero verlo, Sor María,
y le he mandado llamar.

—¿Y vendrá?

—Sí, sí, enseguida;
siento pasos, él será,
miradlo bien. Sor María.

Sara tembló y hasta exhaló un gemido,
porque un presentimiento le decía
que al hombre que tan tarde había querido
quizás por vez postrera miraría.
No se engañó; era Enrique, que angustiado,
miró a la enferma con profunda pena,
diciendo con acento entrecortado:

—¡No temas el morir, fuiste muy buena!

¡Pobre niña! luchaste en la vida
sin que un ser compasivo te amparara!

—Más vale verla muerta que perdida.

—¿Qué acento es ese? ¡Cielo santo!... ¡Sara!...

¿Es un sueño quizá de mi deseo?

—No, que es la realidad.

—¿Y ese atavío?

Os miro y no os conozco, y hasta creo
que es ilusión del pensamiento mío.

—No es ilusión, Enrique; soy aquella
desgraciada mujer, que allá en el mundo
os pareció tan joven y tan bella,
que le brindasteis vuestro amor profundo.

Soy la mujer que en su fatal locura
negó el amor por deificar el oro,
soy aquel ser de condición impura
que arrepentida de mis culpas, lloro.
Vos, me dijisteis: “Sara, hay otra vida
y ese amor que consume y que no quema,
consagradle al Señor, pedidle égida
y él os dará la salvación suprema.
Siempre un recuerdo os guardaré en mi mente,
no abrigo contra vos ningún encono,
y a Dios le pido en mi oración ferviente
que él os perdone como yo os perdono”.
Aquel perdón regeneró mi alma
y me hizo amaros con afán profundo;
pedí a la religión consuelo y calma
y en pos de vuestra huella crucé el mundo.
¿Y vos cómo vivís?

—¡Ay! Sara, vivo
cumpliendo la misión que me ha tocado:
en la red de un deber estoy cautivo.
—¿Qué me queréis decir?

—Que me he casado.
—¿Y sois feliz?

—¡Feliz!... pudiera serlo
si perdiera su imperio mi memoria;
luchó por conseguirlo y obtenerlo,
más ¡ay! no olvidó mi pasada historia.
Que siempre vaga por la mente mía
fantástica visión.

—¿Y vuestra esposa,
ignora vuestro ayer?

—Sí; temería
turbar sus sueños de color de rosa.
—Y os amaré, ¿es verdad?

—Sí, con locura;
por mi sintió la sensación primera.
—¿Y es muy bella?

—Su cándida hermosura
es dulce cual la flor de primavera.
Pero yo necesito de otra vida
llena de agitación y de temores.

¿Por qué me hicisteis tan profunda herida?
¡Qué habéis sido el amor de mis amores!

¿Por qué tan tarde, Sara, habéis amado?

¿Por qué tan tarde, Sara, habéis creído?

¿Por qué el genio del mal nos ha inspirado? —
La enferma en esto repitió un gemido.

Y Enrique y Sara sobre el triste lecho
se inclinaron mirando a la inocente,
que con las manos puestas sobre el pecho
fijó en el cielo su mirada ardiente.

—¿Sufres mucho? los dos le preguntaron.

—Dios me tiende sus brazos, Sor María.
Y sus hermosos ojos se cerraron
cuando su luz el alba difundía.

Enrique y Sara su marchita frente
besaron con profundo sentimiento,
se miraron después, y tristemente
señalaron los dos al firmamento.

—¡Adiós Enrique, adiós! perdón os pido
por el inmenso mal que os he causado.

¡Cuánto Enrique por mí habréis sufrido,
pero la Providencia os ha vengado!

—Ya os lo dije otra vez, “que yo en mi mente
no abrigo contra vos ningún encono,
y siempre pediré al Omnipotente
que él os perdone como yo os perdono”.

Sus manos se estrecharon anhelantes,

sus miradas ardientes se cruzaron,
y lágrimas de fuego en sus semblantes
por sus mejillas pálidas rodaron.

Enrique hizo un esfuerzo y presuroso
abandonó la estancia mortuoria
diciendo con acento doloroso:

—¡Dios mío! haced que pierda la memoria.

Sara fijó en la muerta su mirada
y dijo con profundo desconsuelo:

—¡Dichosa tú! que acabas tu jornada.

¡Ruega... ruega por mí, ángel del cielo!

¡Qué transición! Cuando por vez primera
Enrique le ofreció su amor profundo,
en un salón de baile se encontraban
gozando del placer que brinda el mundo.

Cuando se vieron, por la vez postrera,
junto a un lecho de muerte se miraron
y cerrando los ojos de una niña
sus manos convulsivas se encontraron.

¿Y qué pasó después? dirán sin duda
los curiosos lectores.

¿Qué había de suceder? Tras la tormenta
presenta el arco iris
sus mágicos colores,
lasavecillas cantan
y abren su cáliz las pintadas flores.

Cuando Enrique vio a Sara
con su humilde sayal y su tristeza,
y vio desvanecido
el tipo de elegancia y gentileza
que tanto había querido...

¿quién sabe si a su esposa contemplando
iría sus perfecciones admirando?

Y sin él darse cuenta, lentamente,
(yo no digo que a Sara olvidaría,)
más seguiría del tiempo la corriente
y un pálido recuerdo guardaría
de un ensueño perdido en lontananza,
de una sombra de ayer sin esperanza.

Pero cuenta la historia
que Raquel tuvo un niño tan hermoso,
que cuando Enrique con amor profundo
a su hijo contemplaba,
se olvidaba de todo en este mundo
y en éxtasis divino se embriagaba.

Sara cumpliendo su misión bendita,
viviendo entre tormentos y dolores,
me atrevo a asegurar que mucho tiempo
le consagró un recuerdo a sus amores;
nada más natural, el pensamiento
pide con insistencia su alimento,
y como su presente
tan solo sufrimientos le ofrecía,
claro está que su mente
su amoroso pasado evocaría.

Triste es vivir; afectos encontrados,
encarnizada guerra,
ensueños de placer evaporados,
¡bien podemos llamarnos desgraciados
aquellos que vivimos en la Tierra!

1873

A la memoria de mi madre

¡Madre del corazón! cuánto he sufrido
en la triste ignorancia de mi vida;
cuando tu inmenso amor miré perdido
creyendo que era eterna tu partida;
cuando en tus sienes no encontré un latido;
cuando tu dulce voz quedó extinguida,
y en mi horrible ansiedad y en mis enojos
perdí la luz, de tus hermosos ojos.

¡Tus ojos...! que habían sido en mi existencia
faros de salvación y de consuelo,
destellos de la santa providencia,
luminares purísimos del cielo;
ídolos de mi fe, de mi creencia,
que yo adoraba con ardiente anhelo,
porque antes de perderte comprendía
lo mucho que me amabas, ¡madre mía!

¡Cuánto me amaste! sí; yo fui tu gloria,
tu ensueño de placer jamás perdido,
capítulo el más triste de tu historia
y para ti, sin duda, el más querido.
El afán de tu vida transitoria
fue evitar a mis labios un gemido;
pensar en mi dolor, fue la gran pena

que te hizo sucumbir. ¡Eras tan buena!

Que no es extraño que, al perderte, el llanto
fácil brotara de mis tristes ojos;
y que en mi soledad sintiera espanto,
y en mi camino hallara solo abrojos.
La vida en su terrible desencanto
¿qué le ofrece al mortal? luto y enojos;
el que fija en la tierra su mirada
¿qué ha de encontrar? El hielo de la *nada*.

Eso encontraba yo, madre querida;
por eso ante tu losa funeraria
pasaba muchas horas de mi vida
sin elevar al cielo una plegaria;
en tu recuerdo santo embebecida
mi mundo era tu huesa solitaria,
siendo todo mi afán, en mis dolores,
cubrir tu tumba con hermosas flores.

Una voz, un murmullo, un eco vago
resonó de la tierra en el abismo,
y un *algo* misterioso, en dulce halago
la frente acarició del ateísmo.
Quien dijo, que la muerte no hacía estrago,
por medio de la *magia* o espiritismo,
y asombradas las gentes repetían,
¡que los muertos hablaban y sentían!

Los unos con desdén los escucharon,
los otros de pavor se estremecieron,
algunos por *reírse* investigaron,
y sin saber *por qué* se convencieron.
Aquellos que en su mente conservaron

recuerdos de los seres que perdieron,
sintieron renacer en su memoria
de su existencia la pasada historia.

Yo la sentí también, brotó en mi mente
vertiginosa... delirante idea,
comprendí que había un Ser Omnipotente,
y exclamé con amor: ¡Bendito sea!
Admiré la gran *causa* inteligente,
miré en la ciencia luminosa tea
que nos mostraba mundos y planetas,
que nunca los soñaron los poetas.

Vi a hombres rudos, sencillos, ignorantes,
trazar sobre el papel rasgos extraños,
pigmeos convertidos en gigantes,
sin doblez, sin mentira, sin engaños;
yo vi la conmoción en sus semblantes
y lamenté los juveniles años,
que he perdido dudando que vivían,
que los muertos hablaban y sentían.

Viven, sienten, se agitan, se estremecen,
velan amantes nuestro triste sueño,
del globo terrenal desaparecen,
que así lo quiere su divino dueño.
Mas siempre en nuestra lucha nos ofrecen
de la esperanza el mágico beleño.
Por eso en mis momentos de agonía
te contemplaba siempre ¡madre mía!

Te contemplaba, sí; junto a mí estabas,
y yo creyendo que un delirio era,
mi frente cariñosa acariciabas

murmurando: “Prosigue tu carrera”.
Tus ojos en mis ojos los fijabas,
diciendo en su expresión sufre y *espera*;
y yo entre tanto en mi dolor profundo
¡me encontraba tan sola en este mundo!

Sola viviendo tu ¡fatal locura!
¡qué tiempo tan precioso he consumido
lamentando mi horrible desventura!
expiación que sin duda he merecido,
pero ya terminó: radiante y pura
contemplo hermosa luz, y conmovido
mi corazón se agita y en mi mente,
tres épocas se enlazan dulcemente.

Mi *ayer* con tu ternura sacrosanta,
mi *presente* flotando en el vacío,
mi *porvenir* que al cielo se levanta
exclamando, yo espero, yo confío;
y la fe racional, eterna planta
que la ciencia la sirve de rocío,
hoy me brinda el aroma de sus flores
y a su sombra se extinguen mis dolores.

¡Espiritismo! ¡ciencia bendecida!
¡Espiritismo! ¡religión sagrada!
¡Foco del bien! ¡antorcha de otra vida!
Filosofía en la razón basada;
la ley de recompensa merecida;
la negación eterna de la *nada*;
el amor al progreso y a la gloria
de la creación la legendaria historia.

Yo reconozco tu verdad innegable,

de Dios presentas la perfecta hechura,
en sus divinas leyes inmutable,
sin preferir a nadie en su ternura:
tu doctrina es sublime, es adorable,
es practicar la caridad más pura;
¡feliz de aquel que al borde del abismo
oye tu voz, gigante espiritismo!!!

1873

Cartas íntimas

A mi mejor amiga la Sra. Doña Sofía Cerutti,
en la muerte de su hija.

¡Pobre Sofía! ¡Qué larga es tu expiación! La profunda ternura de tus sentimientos, la clara inteligencia que te distingue, el verdadero interés que te inspira la desgracia, y otras buenas cualidades que posees, no han sido bastantes para borrar las culpas de tus pasadas existencias y has tenido que libar la copa de la amargura y apurar hasta la última gota, ¡pobre mujer...! Lloro, sí; lloro, porque el llanto del dolor es el Jordán bendito que purifica a la humanidad.

En esas crisis supremas, en esos momentos de pruebas terribles, si a nuestros ojos no acudiera el llanto, caeríamos como heridos del rayo y nuestro globo no hubiera contado apenas dos siglos de existencia.

Tu queja es justa; no hay filósofo en el mundo que al perder el todo que le unía a la vida, no se olvide, siquiera por una hora, de todas las razones lógicas, de las consideraciones más profundas, de las deducciones mejor meditadas; el espíritu está unido íntimamente a la materia y no siempre está en completa elevación, no se empequeñece, se vulgariza, y toma una parte activa en nuestros dolores y en nuestras alegrías.

Los hombres más eminentes, las almas mejor templadas, han derramado una lágrima en la tumba de sus esposas y de sus hijos; nosotras que hemos pasado por el mundo como pasan las

hojas secas, sin dejar huella, no es extraño que el dolor domine nuestro organismo. ¡Llora, pobre Sofía! llora; yo uno mi llanto al tuyo, siquiera por la analogía que hay en nuestras existencias, que aunque por distintas causas, no tenemos ni un débil arbusto que nos preste sombra, pudiendo repetir estos versos de Camprodón:

Y cruzamos un valle pedregoso,
y arenales tostados por el fuego,
y al fin me dice que hallaré reposo,
y camino... y camino... y nunca llego.

Qué peregrinación tan penosa; cuánto te compadezco, pobre amiga mía; cuánto siento no estar a tu lado en esas primeras horas en que la intensidad del dolor nos hace dudar de todo, y cuando acudimos a la religión, nuestra mente extraviada se pierde en un dédalo de conjeturas y de ilógicas apreciaciones.

Muchas veces me has preguntado: ¿y qué es el espiritismo? ¿Qué bien reporta a la humanidad el creer que los muertos hablan? Uno muy grande, Sofía, te contesto yo.

La humanidad ha caminado a ciegas; y de sofisma en sofisma, de error en error, y de locura en locura, ha querido descubrir la incógnita que velaba a la causa de todas las causas, pero como hasta ahora se apoyaba en un débil muro de arena, y como el edificio de sus creencias flaqueaba en su base, estas se deshacían para dar lugar a otras, y la fe de la humanidad era como la tela de Penélope.

La religión cristiana, aumentada y corregida por los santos padres de la iglesia, fijó cuatro lugares para las almas, el purgatorio, el infierno, el limbo y la gloria; y las imaginaciones, algo avanzadas, encontraban tanta injusticia, tanta tiranía, tan inconcebible absurdo en la existencia de estas regiones, que juzgaban a Dios como un ser vengativo, egoísta y que se

colocaba a gran altura, como decían vulgarmente, para que no le alcanzara la venganza de los mortales.

Cuantas veces antes de conocer yo el espiritismo, he contemplado a esos ancianos andrajosos, colocados en pequeños carros por estar inutilizadas sus piernas y que imploraban la caridad pública, y he murmurado con desconsuelo: ¿para qué vivirán estos seres? ¿Qué falta harán en el mundo, desheredados de la gran familia? Y en cambio mueren niños hermosos que simbolizan una esperanza, y desaparecen de la tierra mujeres hechiceras que estaban llamadas a ser buenas esposas y excelentes madres... Esto es un contrasentido, esta es la más extraña de las anomalías.

Los ministros del Evangelio se han quejado siempre de la poca fe que ha germinado en el corazón de los hombres, a los oradores religiosos les ha parecido poca y a mí me parece mucha; demasiado buena ha sido la humanidad, o demasiado ignorante, que se ha sacrificado en aras de un Dios monstruoso. He aquí la causa, el por qué los profundos pensadores, y los hombres esencialmente científicos han sido ateos: porque antes de creer en algo que rechaza la razón, es preferible no creer en nada.

Cuando un ser tiene conciencia de sí mismo, cuando reconoce que ha querido a los suyos, y ha consolado a los extraños, y ha vivido sin perjudicar a nadie, y siente sobre su cabeza desplomarse el infortunio, tiene que rebelarse indispensablemente ante su desgracia, si ve a otros que han cometido abusos y hasta crímenes, y, sin embargo, la fortuna les sonrío, la sociedad les halaga y el mundo les otorga consideraciones.

Dicen que en Francia, los suicidios aumentan de una manera prodigiosa; nada más natural. La vida, sin estar iluminada por la clara luz de la razón, la existencia luchando con la duda y vencida por el indiferentismo, no tiene otro fin que

buscar en la muerte la última sensación del dolor; pero como a nuestro planeta no le ha llegado aún la hora de su completa descomposición, Dios envió una tabla salvadora, para que los naufragos, en su desesperada agonía, pudieran asirse a ella y ganar la orilla de la resignación y la esperanza.

Esa tabla es el espiritismo, amiga mía; el espiritismo con la lógica definición de un Dios misericordioso y justo, con la eterna e inmutable ley de la compensación, con la íntima y razonada creencia de que no tenemos más que lo que merecemos, nuestro orgullo se rebela, no queremos conocer nuestras faltas, no; medimos el tiempo por las horas que estamos en la tierra, pero miremos más lejos, mucho más lejos y caeremos anonadados contemplando nuestros desaciertos.

Sofía del alma, amiga íntima de mi corazón, llora, sí, llora, pero no llores por tu hermosa Julia, no lamentes que deje en la tierra un esposo amante y tres ángeles de amor; tu hija era muy buena, y por eso su estancia en el mundo ha sido tan breve; era un espíritu demasiado elevado para vivir entre nosotros, y no puedes imaginarte en la esfera tan radiante que se encontrará, desde donde mirará con pena tu profundo desconsuelo.

Tiemblas ante tu porvenir, no temas, no; si aún tienes que vivir en la tierra, la providencia te abrirá un camino más o menos escabroso, pero al fin una senda, para poder cruzar el erial de la vida. Acuérdate de mí, acuérdate cuando te decía, que anhelaba encontrar el secreto de morir sin dolor, para morir yo así. Acuérdate cuando apoyada en tu brazo miraba a la inmensidad, y te decía: no comprendo la vida sin la luz... Recuerda cuánto he sufrido, Sofía, las pocas condiciones que yo tenía de vida propia y, sin embargo, viví... Me encontraba más sola que tú en la tierra y al fin hallé hermanos del alma y, como el hijo pródigo, encontré un Dios, un padre cariñoso; no desesperes de la providencia divina, si no puedes aceptar tan triste prueba con el entusiasmo del héroe, acéptala, al menos, con la resignación del mártir.

Si en tus pasadas existencias fueron grandes tus culpas, en la presente, muchos seres desgraciados te han debido consuelo, entre ellos yo; muchas lágrimas has enjugado, y lo que hoy te causa tan inmenso dolor, la desaparición de tu hija, será tal vez lo que influya poderosamente, en tus últimos días, para tu completa regeneración.

Vive y espera. El célebre Dumas, a pesar de su ateísmo, decía que la sabiduría humana se reducía a estas dos palabras: confiar y esperar.

Confía en Dios y espera en su justicia divina, y así como otras te dirán que no llores, yo te digo, llora, pobre Sofía, llora, porque el llanto es el Jordán bendito que regenera a la humanidad.

1873

A un niño

¡Pobre niño! Tú, al nacer
te fue ingrata la fortuna;
que abandonaron tu cuna
los que te dieron el ser.

Y de tu desgracia en pos,
fuiste la tierra cruzando,
y en tu orfandad, implorando
una limosna, por Dios.

Algunos te acariciaron,
y muchos te repelieron:
trabaja, pues, te dijeron,
¿y por qué no te enseñaron?

Por intuición no hay saber,
es necesario enseñar;
y se tiene que sembrar
si se quiere recoger.

Han pasado algunos años
y hoy la caridad te llama,
y un colegio te reclama
para darte desengaños.

Que aun en la primera edad
el magnate de la tierra,
ya revela que en sí encierra
imperiosa voluntad.

Los niños, como eres pobre,

con desdén te mirarán,
y avaros, te negarán
lo superfluo que les sobre.

Cuando llegue un día de fiesta,
a todos los verás ir
que se van a divertir
y a jugar en la floresta.

Solo tú te quedarás
mirándolos tristemente,
diciendo con voz doliente:
¡Madre... madre...! ¿En dónde estás?

Cuando tú sepas leer,
yo te daré un libro santo,
para que enjugues tu llanto
y cese tu padecer.

Lo reservo para ti,
que en las hojas de la Biblia,
tu hallarás esa familia
que no has encontrado aquí.

Tal vez con pena dirás:
“Me encuentro desheredado”;
no es así, quien te ha creado
no deshereda jamás.

Porque ese Dios de consuelo
amor y justicia encierra,
y si algo niega en la tierra
es para darlo en el cielo.

Solo su herencia retarda
a aquellos desventurados
que los mira dominados
por una pasión bastarda.

Por la envidia, cuyo afán,
al hombre lo precipita,
y tras su huella maldita

todos los crímenes van.

Al cielo le pediré
que no conozcas la envidia;
que aquel que con ella lidia,
pierde en el mundo la fe.

Y la fe es el gran tesoro
que enriquece nuestra vida;
cuando perdemos su égida
de nada nos sirve el oro.

Con la fe nuestra razón
comprende de Dios el nombre,
porque la fe es para el hombre
¡la tierra de promisión!

1873

Cartas íntimas

Hermana mía: Tú que sabes la impresionabilidad que me distingue, comprenderás el gran deseo que habré tenido, de que llegara el momento de poder volver al colegio, y hablar con Sor Inés, de la simpática Celia, prometiéndome a mí misma no hablar una palabra sobre religión, para que no sucediera lo de la tarde anterior, que en reflexiones se nos pasó el tiempo.

Llegué, y Sor Inés me recibió con la sonrisa en los labios, diciéndome con tono festivo:

—No se ha hecho usted esperar, no; bien dicen que la curiosidad es inherente a la mujer.

—No es curiosidad, Sor Inés; lo que yo siento por Celia, es un interés vivísimo, la simple curiosidad no la he conocido jamás; pero vamos, principie usted su relato, no suceda lo de ayer.

—No sucederá, no tenga usted cuidado, vámonos al jardín y estaremos con más tranquilidad.

Llegamos a tan delicioso paraje y nos sentamos junto a una fuente. Sor Inés se replegó un momento en sus recuerdos, su semblante tomó una expresión melancólica y con acento triste y pausado, dio principio a su relación.

—Si no fuera porque tengo gusto en complacer a usted, no me ocuparía en referir un episodio que me impresiona; pero algún sacrificio le debemos a la amistad, y aunque a grandes

rasgos, le contaré la historia de Magdalena, madre de Celia, pues la de esta última, está aún en los primeros capítulos.

Esa mujer demacrada y de humilde continente que ha visto usted al lado de Celia, hace 18 años que era más bonita y más distinguida que su hija: vástago de una ilustre familia, vivía rodeada de todas las comodidades y encantos de la vida; joven y bella, y por su buena posición, debe usted comprender que Magdalena tendría muchos adoradores.

—Ya lo creo que los tendría, y mucho más si poseía la especial simpatía de su hija.

—Algo de eso había, aunque no en tan alto grado; muchos eran, como le dije antes, los que pretendían a Magdalena, y esta prefirió a un joven abogado, bastante guapo, según pude juzgar por el retrato que ella me enseñó.

Cuando me confió sus amores yo le dije: ¡Ay! Magdalena, mal camino has emprendido, porque tu familia no permitirá nunca que te cases con un pobre. Ya he pensado en eso, me contestó ella, y para evitar disgustos a nadie he confiado mi secreto más que a ti y a mi doncella.

Una orden superior me hizo salir de Madrid; seguí escribiendo a Magdalena y esta revelaba en sus cartas, que sentía una de esas pasiones que forman época en la vida; pasó un año y dejé de recibir noticias suyas, escribí a su familia y nadie me contestó; transcurrieron 10 años y volví a Madrid para dirigir este colegio. En el momento de tomar posesión de mi nuevo destino, me llamó la atención una niña de 8 a 9 años, pálida y triste; sentí por aquella criatura una atracción irresistible, la hice sentar a mi lado, y, sin saber por qué, me acordé de Magdalena, a quien nunca había olvidado y le pregunté a la niña:

—¿Tienes madre?

—Sí, señora.

—¿Cómo se llama?

—Magdalena.

—¿Dónde vive?

—Muy lejos, a lo último de la calle de Embajadores, junto a una fuente; el número no lo sé.

Por la impaciencia que usted ha tenido por saber la historia de Celia, comprenderá la que yo sentiría por conocer cuánto le había pasado a mi antigua amiga, pues una voz secreta me decía que ella era la madre de Celia.

Al día siguiente, porque mis obligaciones no me dejaron ir antes, emprendí el camino en busca de Magdalena; al fin encontré su casa, pero ¡qué casa, Amalia! yo que la había dejado en un palacio, la encontré en un cuarto bajo, oscuro, con las paredes ennegrecidas, donde se respiraba una atmósfera viciada y nauseabunda, echada en un jergón, cubierta con una manta hecha girones, encontré a una mujer devorada por la fiebre con los ojos medio cerrados. Al sentir pasos los abrió, y la infeliz, al ver mi traje, solo pensó en su hija, e incorporándose me preguntó con una ansiedad indescriptible:

—¿Está mala mi hija?

—No, Magdalena, tu hija está buena, y estreché entre mis brazos a la amiga de mi infancia. ¡Era ella, mi corazón no se había engañado! era aquella joven que yo dejé en la opulencia y que la encontraba sumida en la más horrible miseria. Ella tardó algunos momentos en recordarme, tan debilitada estaba su memoria, pero un raudal de lágrimas me hizo comprender que me había conocido; apoyé su cabeza en mi pecho y la dejé llorar, cubriéndola de besos y prodigándole las más dulces caricias.

¡Cuánto sufrí, Amalia, en aquellos momentos! cuántas reflexiones dolorosas se agolparon a mi mente; cuando se

tranquilizó un poco, me miró con más fijeza y me dijo:

—Cómo has llegado a saber de mí?

—Por tu hija; ayer llegué a Madrid y en cuanto la vi, sin darme cuenta de ello, me acordé de ti y le pregunté cómo se llamaba su madre, me dijo tu nombre y el presentimiento me decía que aunque hay muchas Magdalenas en el mundo, tú eras la que yo nunca había olvidado.

—¡Ay! yo tampoco te aparté de mi memoria, Inés, pero he tenido vergüenza de llegar hasta ti.

—¡Vergüenza tú, hija mía! ¿y de qué?

—He sido muy culpable, Inés.

—¡Culpable! tú no puedes haberlo sido, débil tal vez, pero criminal, nunca. La infeliz me miró con un reconocimiento, con una gratitud tan profunda, que me reveló todo un mundo de dolor y de humillaciones.

— Habla, hija mía, si puedes.

—Sí, si puedo; desde que tú has venido, me siento mejor, escúchame. Cuando tú te fuiste de Madrid tenía yo amores con Luis; a pesar de nuestras precauciones, mi familia se enteró, la que me tenía preparado un casamiento con un señor conde octogenario, pero inmensamente rico. Renuncio a pintarte lo que sufrí con las luchas domésticas, insultos, malos tratamientos y un odio feroz por parte de mi padre que estaba medio arruinado, y contaba con mi casamiento para que su yerno le prestara auxilio. La familia de Luis, pobre, pero noble y orgullosa, cuando se enteraron de la oposición, lo tomaron por desprecio y no querían de manera ninguna que se casara conmigo. Nosotros, en medio de tantas contrariedades, sucedió lo que era de esperar, que cuando nos veíamos después de diez o doce días de tormento, vivíamos, en un segundo, más que otros amantes en un año de vida normal. Él me juraba un amor eterno y que sería

mi esposo ante Dios y ante los hombres; yo estaba loca, frenética, y hay momentos en la vida que todas nuestras aspiraciones se refunden en la mirada de un ser amado. Luis era mi mundo, yo no veía más que a él.

—No te fatigues, Magdalena, le dije yo, comprendo lo demás.

—Sí; pero lo que tú no podrás comprender, es que Luis, (hijo de una familia supersticiosa hasta el extremo), quiso buscar en la religión un amparo, un apoyo para nuestra unión, y no titubeó en decirle a su confesor que amaba a una mujer con delirio, y que contaba con su protección para verificar su enlace; necesario, porque su corazón lo reclamaba y además, porque su honor y su conciencia así se lo exigían. ¿Qué pensarás tú que hizo el confesor?

—¿Fue a ver a tu padre?

—No; se levantó al oír la revelación de Luis, le cogió por un brazo y le dijo con voz amenazadora:

“¡Hijo del pecado! ya que has sido débil dominado por la flaqueza humana, levántate, desgraciado, del fango en que te has hundido, deja a esa mujer que expíe en la soledad y el abandono la enormidad de su delito; tú te irás fuera de España, y solo en el momento de tu partida te daré la absolución; mientras tanto, yo no puedo absolver a un hombre que vive en el pecado”.

Pero señor, le decía Luis, si hay perjuicio de tercero, si esa infeliz va a ser madre; ¿qué culpa tiene ese pobre ángel que va a nacer, de las faltas que sus padres han cometido?

“Escrito está que las faltas de los padres caerán sobre los hijos hasta la cuarta y quinta generación. Los hijos del pecado, son los réprobos maldecidos de Dios”.

Yo no tengo fuerzas, Inés, para contarte todos los detalles de aquella fatal entrevista, de la que yo no supe sus resultados,

hasta mucho tiempo después.

Solo te diré, que yo, viéndome en aquel estado y temiendo a mi padre más que a la ira de Dios, le escribí a mi madre una carta diciéndole lo que me pasaba y despidiéndome de ella, pidiéndole perdón, y en aquella misma noche salí de mi casa paterna y me fui a Vicálvaro donde vivía mi nodriza; mi madre, aunque me quería, era un ser muy débil y enfermizo, sujeta en un todo a la tiránica voluntad de mi padre, y nada pudo hacer por mí.

Cuando Luis vino a verme, en mi agitación y aturdimiento, no me llamó la atención su profunda tristeza; mi familia no se cuidó de averiguar mi paradero y solo me concedió el desprecio y el olvido.

Luis, venía a verme siempre que podía, y al fin llegué yo a notar el amargo desaliento que se retrataba en sus ojos: le preguntaba si tenía queja de mí, y entonces él me miraba con lástima y me decía: ¡pobre Magdalena! ¡qué desgraciada eres! ¿por qué habremos sido tan débiles los dos? y al decir esto se apartaba de mí y echaba a correr como un loco por el campo, y loco estaba el infeliz efectivamente, loco estaba volviéndolo su confesor, a quien Luis seguía confiándole sus cuitas y pidiéndole la absolución y el cura negándose y amenazando con excomulgarlo si no me abandonaba por completo.

Luis se había educado en un seminario y desde su infancia estaba acostumbrado a una obediencia ciega; en su casa no se hacía más que lo que el confesor quería. Una hermana suya era monja, porque así lo quiso su padre espiritual; otro hermano, seguía la carrera eclesiástica y por estos detalles comprenderás el círculo de hierro en que vivía Luis. Al mismo tiempo, el desgraciado me quería y conocía la fatal influencia que había ejercido en mi vida, pero entre el amor y la condenación eterna con que le amenazaba su confesor, si se unía a la mujer culpable, no sabía el infeliz qué partido tomar.

En medio de tan encontrados elementos, hizo Celia su aparición en el mundo; yo la recibí con lágrimas de ternura y Luís con una muda desesperación, porque al ver aquel pobre ángel que parecía tenderle sus brazos, él no tenía valor para rechazarla, pero veía en lontananza las llamas eternas, y antes que esto, el descrédito social con la excomunión.

Un mes estuvo luchando; al fin el miedo lo venció y me mandó esta carta; y al decir esto, Magdalena sacó de entre la ropa que cubría su pecho, un papel arrugado que me entregó diciendo: léela tú. Con sumo trabajo pude entenderla, porque tantas lágrimas habían caído sobre ella que habían puesto sus líneas ininteligibles; poco más o menos decía así:

“Magdalena, por el que murió en la cruz, yo te pido que me perdones todo el mal que te he causado; le confié a mi padre espiritual nuestros desgraciados amores, y él, más sabio que nosotros, porque está iluminado por el Espíritu Santo, me ha dicho que hemos sido tan culpables, que una vida de tortura no es bastante para expiar nuestro delito; que nuestra unión es imposible, porque nuestro mismo crimen nos separa, y cuando le he hablado de la pobre Celia, me ha contestado que escrito está que las culpas de los padres caerán sobre los hijos hasta la cuarta y quinta generación; y que solo se calmará la ira de Dios consagrando a esa hija del pecado a una vida de penitencia y de expiación, y si persisto en la reincidencia de mi extravío, que él me excomulgará en la tierra y Dios nos maldecirá en el cielo.

“¿Qué hacer, Magdalena, en trance tan horrible? Yo conozco que desgarraré tu corazón y que te haré la más desgraciada de las mujeres; yo tengo aún la debilidad de recordar a ese pobre ángel que ha venido a este mundo para llorar, y a su recuerdo, el llanto de la desesperación brota en mis ojos; ella es el fruto de nuestra culpa, pero ¡Dios mío! ¡la quiero tanto! que si la sigo viendo, no tendré valor para cumplir la penitencia que me ha sido impuesta. ¡Adiós, Magdalena! Si esa infeliz criatura vive, conságrala a Dios para que se calme el

enojo del Eterno. ¡Pobre Magdalena! qué huella nos ha dejado una hora de locura y de amor; me inspiras la más profunda compasión. ¡Adiós, Magdalena!... ¡Adiós!..”.

Cuando concluí de leer esta horrible carta, Magdalena había perdido el conocimiento, la infeliz no podía sufrir tan multiplicadas emociones.

Hice traer un coche, y entre los pobres vecinos de la casa y yo, trasladamos a la enferma al carruaje, no queriendo yo que por más tiempo respirara aquel aire inficionado.

La traje aquí, la hice acostar, y un buen médico se encargó de su curación; cuando pasaron algunos días, pudo continuar su relato en estos términos.

Inés; tú que has querido tanto, conocerás la impresión que me causaría aquella desgarradora carta; no tuve lágrimas, enmudecí, y las fuentes de la vida huyeron de mí. Celia lloraba acosada por el hambre, y yo no le podía dar ni una gota de mi llanto; sumergida a la mayor miseria, solo la providencia pudo salvar a mi hija. Mi nodriza, la pobre mujer, era el único ser que me tendía los brazos, pero que no podía darme más que su cariño, pues también le faltaban los recursos para vivir. Pasaron dos meses cuando una mañana recibí una carta de Luis que decía así:

—“Magdalena; ven a Madrid, estoy en el hospital de la Princesa, creo que voy a morir, ven...”.

Leerla y ponerme en camino con Celia y mi nodriza, todo fue uno; la impaciencia del dolor me prestaba alas, y llegué al hospital jadeante y sobreexcitada. ¡Qué cuadro se presentó a mis ojos! Luis no era ni su sombra: suplicó que lo dejaran solo conmigo, me pidió que a Celia la pusiera en sus brazos, y me contó con voz insegura, la serie de tormentos que había sufrido en los dos meses de nuestra separación.

De resultas de haber volcado la diligencia en que iba, tuvo

que andar más de dos horas sobre nieve, y la insensibilidad se apoderó de sus pies, la sangre se coaguló, y la ciencia no encontró remedio para su mal.

La familia no quería ni que se casara conmigo ni que saliera de Madrid, de consiguiente, su partida ocasionó disgustos y que le abandonaran los suyos.

Siete meses vivió aquel desgraciado sufriendo los dolores más espantosos; con una resignación asombrosa; me pidió que le llevara una estampa de Santa Filomena, de quien él era muy devoto y a la que decía que veía de noche. Los médicos dijeron que estaba loco, y su confesor que se habían apoderado de él los malos espíritus; pero no estaba loco, no, y siempre insistía en casarse conmigo para dejarle nombre a Celia, pero el confesor decía que sin todos los papeles arreglados de ninguna manera nos casaba, y como sin dinero nada se puede hacer, los meses pasaron, y una mañana, cuando fui a verlo, que iba todos los días, no encontré más que su cadáver: no tuve ni aun el triste consuelo de recibir su último suspiro.

Sola con mi infortunio y con el recuerdo de Luís, pobre ser sacrificado en aras del más tiránico fanatismo, no te puedo explicar como viví cinco años, hasta que Dios tuvo misericordia de mí, y pude colocar a Celia en este establecimiento, donde fue tan bien recibida, que ha sido el único goce que he tenido en mi dolor.

Algo más tranquila, me dediqué a bordar, y así subvenía a mis cortas atenciones. A mi familia, nunca tuve valor para pedirle nada, convencida que no recibiría más que su desprecio. Así he vivido, hasta que hace un año se apoderó de mí una fiebre lenta, pero que me ha ido consumiendo. He agotado mis escasos recursos, y no he querido entrar en un hospital, porque entonces no podría salir a ver a mi hija. ¡Se quiere tanto a los hijos! que si no fuera por ella me hubiera suicidado hace mucho tiempo.

¿Qué le diré a usted más, Amalia? Que a fuerza de cuidados, pude conseguir que Magdalena recobrará en algo su perdida salud. Una sobrina mía la tiene recogida en su casa, pero el remedio ha llegado demasiado tarde; parece que ha perdido la vida de relación y para que tome algún alimentó, se consigue únicamente, nombrándole a su hija. Se pasa muchas horas mirando el retrato del pobre Luis, sin llorar ni proferir una queja.

Celia no sabe la causa moral que destruye la vida de su madre. Magdalena no le ha dicho más que, de resultas de la muerte de su padre, quedaron reducidas a la miseria; pero Celia, con esa doble vista maravillosa de que está dotada, me dice muchas veces: ¡cuánto debe haber sufrido mi madre para quedarse sumergida en ese estado de postración! La pobreza, hija mía, le digo yo, tiene fatales consecuencias. Aquí hay algo más, Sor Inés, me dice ella, Pero, ¿qué tiene Amalia, que se pone tan pálida?

—¡Qué he de tener, señora! ¡qué he de tener! Que no puedo menos de estremecerme dolorosamente al pensar la desgracia inmensa de que han sido víctimas tres seres. ¿Y todo por quién? Por un hombre que se llama ministro de Dios...! Vea usted los tristísimos resultados del fanatismo y de la ignorancia.

—Bien sabe que le dije de antemano que Celia era una de las innumerables víctimas del oscurantismo religioso; pero qué quiere usted, todas las religiones tienen sus mártires.

—Cierto que tienen sus mártires, pero mueren dichosos defendiendo su idea y adorando su creencia; pero Celia despojada de sus padres y del nombre que le pertenece, ocupando una de las más tristes posiciones sociales, no tiene ni aun el consuelo de amar su desgracia, sino de rebelarse contra su infortunio.

—Así le sucede, Amalia; muchas veces, cuando yo la animo para que trabaje y estudie, me dice sonriéndose con tristeza: para lo que yo he de figurar, ya sé bastante.

Lo que me llama mucho la atención es la profunda antipatía que siente por el clero. Cuando tiene que ir a confesar, siempre me dice: pero, Sor Inés, ¿por qué no había de valer la confesión que yo le hago a usted, si usted sabe mis más ocultos pensamientos? ¿A qué irle a decir a un hombre que no me inspira confianza, lo que yo guardo en el santuario de mi alma?

¡Pobre Celia! su corazón le dice que una confesión mal interpretada, le arrebató todo cuanto poseía en la tierra, y luego me negará usted la comunicación directa de los espíritus!

—Yo no niego ni concedo, Amalia; trato de cumplir lo mejor que puedo la ley de Dios, pero me asusta verdaderamente el trastorno social que traerá la práctica de esas nuevas doctrinas. Adiós templos y altares, comunidades religiosas, todo cambiado, esto va a ser el caos...

—El caos lo es ahora, Sor Inés, en que no hay más que interés individual; pero la tarde toca a su fin y no quiero distraerla por más tiempo de sus ocupaciones. Adiós, señora, y gracias mil por su amabilidad.

—No las merece, Amalia; yo he tenido mucho gusto en complacer a usted y ya que tanto le interesa Celia, venga usted a verme y hablará con ella, y esta le contará varios sueños que ha tenido, proféticos se puede decir, y ve visiones, porque siempre está viendo a su padre.

—Ya me ha dicho usted bastante para que yo vuelva pronto.

—Cuando usted quiera, Amalia, adiós.

Me separé de Sor Inés, y al momento de llegar a casa, te cuento como me la han contado, la historia de la pobre Celia; que debe ser médium vidente; desgraciada criatura sacrificada en aras de la más torpe aberración.

¡Cuántas historias dolorosas encierran los confesionarios!

Luchas políticas que no son más que guerras fratricidas, dramas ocultos en el hogar doméstico, pasiones violentas y contrariadas por falsos votos; todo ha brotado de estos centros de hipocresía y de espionaje.

Pequeña arca de Noé, donde se han encerrado los reptiles llamados *vicio* y *codicia*.

Jamás he acercado mi frente a sus mezquinas rejillas. Yo le he pedido a Dios misericordia en las orillas del mar, en la cumbre de las montañas, en la sombra de los bosques, en los valles y en las llanuras; yo he visto a Dios en todas partes, menos en los parajes que los hombres han destinado para su adoración. Siempre me he rebelado en contra de la oración rutinaria. No encuentro plegaria alguna que interprete fielmente lo que siente nuestro corazón en esas horas de dolor supremo, y en esos instantes de goce inefable.

Hay miradas, hay suspiros, hay ademanes que no se pueden apreciar ni enseñar.

Adiós, hermana mía, adiós.

1874

El espiritismo

A mi hermano en creencias
Don Manuel Ausó

Es el espiritismo, el gran consuelo
que los mortales hallan en la tierra,
sin el imbécil limbo, sin el cielo,
ni del infierno la espantosa guerra:
el hombre encuentra en él, clara y sin velo,
la lógica razón, donde se encierra
la causa y el efecto del problema
sin pecado de origen ni anatema.

Justa, evidente, fácil y sencilla
se ostenta la verdad sin duda alguna;
en él la preferencia a nadie humilla,
ni existen preeminencias de fortuna;
que en el espiritismo solo brilla
la nobleza del alma y no la cuna,
porque el espiritista es el obrero
del único progreso verdadero.

Las religiones todas han pintado
un Dios a su capricho y sus antojos;
en todas le busqué, pero no he hallado
quien calmara mi angustia y mis enojos;
que el Dios que los mortales han formado

le cercan de la duda los abrojos,
y nada más horrible que la duda...
¡feliz de aquel que tras la fe se escuda!

Yo en los templos, al pie de los altares,
quería encontrar a Dios, oyendo misas,
y escuchando monótonos cantares
del incienso entre nubes indecisas.
Envidiaba a los hombres que, a millares,
escuchaban con plácidas sonrisas,
las historias de luengas tradiciones,
de milagros, de santos y visiones.

Los envidiaba, sí; porque en mi anhelo
yo no encontraba a Dios en mi agonía;
un mito para mí fue siempre el cielo,
y el purgatorio estafa y mercancía;
buscando a mi dolor algún consuelo
crucé los mares, y en tan fausto día,
al contemplar el piélago profundo
rendí homenaje al Hacedor del mundo.

Encontré a Dios en medio de los mares,
en sus noches tranquilas y serenas,
dejé de recordar mis patrios lares
y olvidé mis dolores y mis penas;
yo no había visto a Dios en los altares
mas lo hallé de la playa en las arenas,
en las montañas de nevada espuma
y en las rocas veladas por la bruma.

Al conocer de Dios el poderío
y al comprender su sabia omnipotencia,
hallé en la humanidad un gran vacío:

que la unidad faltaba a esta existencia.
Entre honores y glorias, vi al impío,
y a la virtud sumida en la indigencia,
y dije: la creación es una obra
en donde un algo falta, o algo sobra.

¿Por qué unos gozan mil y mil placeres
y otros sufren tormentos sin medida?
¿por qué, Señor, distingues a los seres,
para unos muerte, y para otros vida?
¿por qué a los miserables los prefieres
dándoles recompensa inmerecida?
¿y en tanto un alma delicada y pura,
por no encontrar, ni encuentra sepultura?

Tú que diste perfumes a las flores,
y a las eternas olas su murmullo,
y al refulgente sol sus resplandores,
y a la enamorada tórtola su arrullo,
y a las aves plumaje de colores,
y al gusano de seda su capullo,
¿cómo hiciste al hombre desgraciado,
cuando tu misma esencia lo ha formado?

Estas quejas al viento yo lanzaba,
cuando escuché una voz, pura y suave,
que estas sentidas frases murmuraba:
“Dios ha querido que tu duda acabe;
si ves la humanidad gimiendo esclava,
sufriendo una expiación penosa y grave,
no creas que retrocede en su adelanto,
la perfección se riega con el llanto”.

“Recuerda de Jesús la triste historia,

que diez y nueve siglos han pasado,
y aún los hombres veneran su memoria,
y sus leyes al mundo han dominado;
pues con la muerte conquistó su gloria;
y el que fue escarnecido y humillado,
¡ha sido de la tierra el gran profeta,
el regenerador de ese planeta...!

“No pienses que en la tumba está la muerte
porque ves disgregarse la materia;
nada en la tierra permanece inerte
todo circula por distinta arteria;
en mi revelación vengo a ofrecerte,
la causa que da efecto a la miseria:
porque Dios en su justa omnipotencia
para ninguno tiene preferencia”.

“A cada cual le da lo que ha ganado;
al espíritu dio libre albedrío,
y este por sus antojos dominado
vive según su loco desvarío:
para el progreso eterno destinado,
prefiera el lodazal, o el limpio río,
que dure años o siglos su jornada,
hacia el *Todo* camina, no a la *Nada*”.

“Hay mundos mil y mil donde los seres
encuentran elementos de arte y vida,
mezclados con acerbos padeceres,
armonía universal no comprendida:
pues si fueran eternos los placeres
sería su sensación desconocida;
y tienen peso igual en la balanza,
la realidad del bien y la esperanza”.

“La esperanza es la voz de las edades
y es el espiritismo su idioma,
manantial de las lógicas verdades
que en la fuente de Dios raudales toma;
consuela vuestras mil penalidades,
astro de luz que en el oriente asoma:
y es el espiritismo la gran ciencia
que os puede definir vuestra existencia”.

Cesó la voz de modular sonidos,
latió mi corazón, sentí en mi mente
brotar los pensamientos confundidos
cual brota del volcán su lava hirviente;
la luz fue penetrando en mis sentidos,
comprendí la justicia omnipotente,
y vi que la creación es una obra
que nada le hace falta ni le sobra.

¡Humanidad que vives sumergida
en la más dolorosa indiferencia,
y que por tu ignorancia eres deícida;
reconoce y admira a la gran ciencia,
que descifra el problema de la vida
demostrando el *Porqué* de esta existencia,
y el pasado, el presente y el mañana,
las tres edades de la raza humana!

¡Qué presentan cien mil generaciones
en sus dioses, sus ritos y misterios,
en las ruinas de pueblos y naciones,
y en los bosques, primeros monasterios,
las sectas de diversas religiones,
que existen en distintos hemisferios,

los mundos que en su eterno movimiento
obedecen a un solo pensamiento!

Por el espiritismo se eslabonan
formando una cadena bendecida,
los unos en los otros se aprisionan
y componen el *Todo* de la vida.
¡Atrás los orgullosos que blasonan
de haber marcado al tiempo una medida,
para el tiempo no hay límite prescrito,
porque este, como Dios, es infinito!

1974

Sombras de ayer

Entre los muchos seres que habitan en el mundo,
la mayor parte viven la vida sensual;
les es desconocido ese placer profundo
que goza en su delirio el ser inmaterial.

Su vida se reduce a hacer lo que otros hacen,
pues ellos no conocen la propia inspiración;
ni saben por qué mueren, ni saben por qué nacen
y viven convencidos sin darse una razón.

De especie tan extraña ningún naturalista
su raza y procedencia la pudo definir;
escuchan y no oyen, y son ante su vista
iguales el pasado, presente y porvenir.

Tristísima influencia ejerce la ignorancia,
fatales desaciertos su huella deja en pos;
¿por qué misterio extraño tomó preponderancia
sobre lo que hay perfecto, sobre la ley de Dios?

¿Por qué los siglos pasan y el fanatismo vive?
¿por qué del Evangelio no irradia clara luz?
y el hombre, por qué tiembla y la inquietud concibe?
¡Por qué aún no ha comprendido la historia de la cruz!

Y aceptan, ¡pobres locos! mentira tras mentira,
y absurdo sobre absurdo con ciega convicción;
y creen que del Eterno se calmará la ira
con su martirio lento: ¡qué necia aberración!

Y duermen sobre el suelo, y aún niegan a sus
labios
el don de la palabra, ¡oh cuánta ceguedad!
creyendo que un Dios justo perdona sus agravios,
a aquel que se convierte en torpe nulidad.

Si Dios no quiere al hombre parásito en la tierra,
si Él dijo a los mortales: *multiplicaos, creced...*
si en el celibato, la hipocresía se encierra,
porque nuestra materia nos dice: *obedeced.*

Hace ya muchos años que con profunda pena,
miré a una hermosa joven que el claustro prefirió
a una familia humilde que cariñosa y buena
la senda de su vida de flores alfombró.

Su padre (que era anciano) con voz desgarradora
decía mirando al cielo con indecible afán:
“Señor, *eres injusto*: en mi postrera hora
¿qué manos compasivas mis ojos cerrarán?”

Aquel dolor inmenso, aquel profundo duelo...
dudar me hizo un instante del Rey de la creación,
¡imbéciles mortales; rasgad el negro velo
que puso en vuestra mente fatal superstición!

Dios quiere de familia el lazo sacrosanto,
dos almas que comprendan que amarse es un deber,
no reclusión estéril ni el infecundo llanto,

sino la unión bendita del hombre y la mujer.

Si la moral cristiana nunca exigió cilicios,
ni bárbaros azotes, ni ayuno y soledad,
si solo pide al hombre, se aleje de los vicios
y sea un tipo perfecto de amor y de humildad.

¿De qué sirve que al cuerpo lo cubra la estameña
si guarda el pensamiento un mundo de ambición?
De monjes y de frailes, la historia nos enseña
que límites no tuvo su gran dominación.

¿Qué dijo San Ignacio cuando dejó este mundo?
os lego el universo, seguid y adelantad.
¡Político gigante, cuyo saber profundo
esclavizó a su antojo la humana sociedad!

Lo que instituye el hombre, el tiempo lo
desquicia,
por que su falsa base le obliga a sucumbir;
en cambio siempre vive la *celestial justicia*,
para ella no hay presente, ni ayer, ni porvenir.

Así, pobres mortales, dejad el loco empeño
de votos y promesas, cilicio y soledad,
del torpe fanatismo, dejad el triste sueño,
y las *divinas leyes* humildes practicad.

Cumplamos lo que dicen los santos
mandamientos;
amemos al Eterno con todo el corazón.
sin ídolos, ni altares, ni vanos monumentos,
sino con fe profunda, basada en la razón.

Y si a nosotros llega la queja dolorida
de alguno que sucumbe al peso de su cruz...
debemos conducirlo al puerto de esa vida
que inunda el Evangelio de inextinguible luz.

La vida de ultratumba, la vida del mañana,
eterna en su adelanto, gigante en su poder,
la que demuestra al hombre la ciencia soberana
la *causa* que da *efecto* formando nuestro ser!!

1874

A la memoria
de mis hermanos los poetas
Evaristo Silió, y Ángel Mondéjar

¡Felices de vosotros! que habéis dejado un mundo
de luto y de miseria, de llanto y corrupción;
¡dichoso del que huye de abismo tan profundo,
dejando su memoria dulcísima impresión!

Los dos erais poetas, los dos en vuestra frente
llevabais santo sello de noble majestad;
los dos el sacro fuego guardabais en la mente,
los dos erais augures del Dios de la verdad.

El uno con acento vibrante, apasionado,
al genio del progreso¹ sus cantos dedicó,
y el otro en sentimiento dulcísimo inspirado
de una mujer cristiana² la vida nos contó.

Bellísimo poema, donde ha dejado impreso
las dotes relevantes, y la austera virtud
de la que sintió el yugo del místico embeleso

¹ Oda a la civilización, por Mondéjar.

² Santa Teresa de Jesús, poema de Silió.

y en su éxtasis veía de Dios la excelsitud.

Teresa tenía un alma ardiente, apasionada,
por eso a su recuerdo brotó tu inspiración,
sus sueños y quimeras, su rima delicada
latir hizo un momento tu joven corazón.

Cantor de las montañas, tu voz pura y suave
los ecos repitieron, y yo los escuché;
y con afán bendito busqué la débil nave
en donde se albergaba el genio de tu fe.

Te hallé, y un sentimiento de fraternal ternura
unió nuestra existencia con plácida amistad,
los dos sentíamos algo ante esa gran figura
que dijo ha muchos siglos: "*avanza, humanidad*".

De místico entusiasmo, tu genio poseído,
al mártir adoraste creyendo que era Dios:
yo aunque tan alto puesto jamás le he concedido,
te dije, de su huella debemos ir en pos.

Jesús es la esperanza, Jesús es el camino,
el astro rutilante que irradia eterna luz;
por él la raza humana fue grande en su destino,
la libertad del hombre nació al pie de la cruz.

Reformador gigante, yo admiro su talento,
su clara inteligencia, su firme voluntad;
su amor imponderable, su tierno sentimiento
que nadie ha practicado como él la caridad.

Yo le concedo a Cristo cuanto la mente humana
le puede dar a un hombre de ciencia y de poder,

pero ese ser supremo que eterna vida emana
aún nuestra inteligencia no puede comprender.

Yo no personalizo al Dios de las edades,
yo no le presto forma, esencia ni color;
la causa que da efecto a todas las verdades,
la envuelve el infinito con mágico esplendor.

Hipótesis y absurdos, utopías y delirios
son las definiciones que el hombre puede dar,
de aquel que dio perfumes a los gentiles lirios,
y cantos a las aves y perlas a la mar.

Lamento que tu genio, tu inspiración suprema
del torpe fanatismo también siguiera en pos:
y como tantos otros pensaras que el problema
el hombre había resuelto y había llegado a Dios.

Mas hoy que nuevos mundos contempla tu
mirada,
que límites no tiene tu inmenso porvenir,
revélame que el hombre aún no comprende nada,
que la *primera palabra* aún no llegó a decir.

Porque se necesita que la ignorancia humana
deponga su osadía y humille su altivez,
que a Dios no quiera darle pasado ni mañana,
porque eso es confundirle con nuestra pequeñez.

Seis lustros en tu mente habían dejado huella
cuando desapareciste del globo terrenal,
cual raudo meteoro, cual fugitiva estrella,
cual nube purpurina de aurora boreal.

Si yo no adivinara, si yo no comprendiera
que este planeta era pequeño para ti,
al recordar tu nombre mis lágrimas vertiera:
mas no debo llorarte, ¿vivías tú acaso aquí?..

¡Ah! no; tu pensamiento buscaba otras regiones
y en alas de tu ardiente y hermosa inspiración,
le diste a las selvas tus mágicas canciones
y aún guardan las montañas su dulce vibración.

Adiós, un sentimiento de fraternal ternura
unió nuestra existencia con plácida amistad:
¡feliz tú que has dejado el valle de amargura
en donde solo hallamos tristeza y soledad!

¡Adiós, seres amigos! ¡Hermanos de mi alma!
decidme si memorias aún conserváis de aquí:
decidme si en tranquila y en deliciosa calma,
guardáis en vuestra mente un algo para mí.

1874

A un materialista

Dices que el espiritismo
será secta o religión;
tan solo el oscurantismo
le da tal definición.

Nosotros no pretendemos
formar religión ninguna,
tan solo enlazar queremos
el sepulcro con la cuna.

Queremos unificar
los átomos disgregados;
queremos analizar
todos los hechos pasados.

Queremos ver la razón,
la causa que efecto da;
y en la regeneración
miramos el más allá.

¡No abrigamos pretensiones
de tener sabiduría,
que las humanas razones
valen poco todavía!

Mas tenemos intuición
de la ley universal,
que es su complementación
la lucha del bien y el mal.

Concedemos a la vida
progreso indeterminado;
la eternidad suspendida
sobre todo lo creado!

Vemos a Dios en las flores,
en sus preciados aromas,
en los pardos ruiseñores
y en las cándidas palomas.

En el lago, en el torrente,
en el valle, en la espesura
y en el mar que sordamente
con su impotencia murmura.

Y en las olas que en la arena
corren tras de un algo en pos,
hallamos la prueba plena
de la grandeza de Dios.

Mas no le hacemos altares,
ni en ídolos le adoramos;
nuestros templos son los mares
y los mundos que admiramos.

Las catedrales gigantes
con sus arcadas sombrías,
con sus luces vacilantes
y sus graves melodías.

No son más que aberraciones
del entendimiento humano,
que hizo un Dios con sus pasiones
y le ofreció un lujo vano.

¿Qué son los templos de piedra
de admirable construcción?
¡Si a ellos se enlaza la hiedra
de la envidia y la ambición!

Es preferible la ermita
de la cumbre solitaria,
donde el creyente eremita
eleva a Dios su plegaria.

Mas nosotros no formamos
ningún templo en este mundo,
porque en nosotros llevamos
algo más grande y profundo.

Por eso el espiritismo
ni es secta, ni es religión,
es la esencia de Dios mismo
germinando en la razón.

1974

El mártir de los siglos

En todas las edades el Gólgota ha existido,
y en su elevada cumbre se levantó la cruz,
en donde muchos hombres de genio han sucumbido
por el delito grave de presentar la luz.

La historia de los siglos conserva en sus anales
de tanto ilustre mártir sangrienta tradición;
que fueron en la tierra auroras boreales,
fugaces meteoros, de clara irradiación.

¡Misterio inconcebible..! ¿Por qué los hombres
todos,
rechazan obstinados la luz de la verdad?
¿Por qué de mil maneras, y de distintos modos,
se encierra en su ignorancia la pobre humanidad?

Dos sombras colosales contempló en el pasado:
a Sócrates el sabio y a Cristo el salvador;
murieron como genios; el uno envenenado,
y el otro en el suplicio del torpe malhechor.

Los dos reformadores que al mundo presentaron
el código perfecto de ley universal,
en premio a sus afanes, ¿qué lauros alcanzaron?
dejar violentamente la vida material.

Después en otra escala, se encuentran muchos nombres
de genios que iniciaron la ley de rotación,
que hallaron continentes con razas de otros hombres:
¡hosanna a la memoria de Galileo y Colón!

El fluido inteligente, la esencia de la vida,
a la que prestó forma el grande Gutenberg,
¡la imprenta! que trasmite la queja dolorida,
los himnos de victoria, los hechos del ayer...

También tuvo enemigos, también usurpadores.
¿Y cómo no tenerlos tan mágica invención?
si siempre el adelanto encuentra impugnadores,
si es mártir de los siglos la civilización...!

La lucha despiadada, la guerra fratricida,
el antropomorfismo que excita nuestro ser,
cuando pulverizamos negándole la vida,
a todo lo que el hombre no puede comprender.

Diciendo que son locos los genios inmortales
que a demostrarnos vienen la ley de gravedad;
a los que nos descifran problemas siderales,
aquellos que nos dicen: *¡avanza humanidad!*

¿Qué sombra nos persigue, que estamos
condenados
a correr, pobres ciegos, tras de un absurdo en pos?
¿Por qué a las negaciones vivimos enlazados,
que por negar negamos, hasta la ley de Dios?

¿Pues qué otra cosa han hecho las torpes
religiones?

¿Han definido acaso la esencia del gran Ser?
Le hicieron cual nosotros, con odios y pasiones:
audacia que no puedo ni acierto a comprender.

El mártir de los siglos avanza en su carrera;
el genio del progreso sus alas extendió;
vertió el oscurantismo su lágrima postrera,
y un algo más grandioso el hombre presintió!

La *nada* ya no existe; la vida se eterniza;
los átomos se unen formando un nuevo ser;
espléndida esperanza al hombre vigoriza,
y enlaza su mañana con su perdido ayer.

Los seres que en la tierra nos dieron su ternura
nos cuentan triste historia de lágrimas y amor,
y el alma enamorada, sin pena ni amargura,
acepta resignada su herencia de dolor.

¡En todas las edades el Gólgota ha existido,
es mártir de los siglos la civilización...!
Tal vez, ¡oh espiritistas! habremos conseguido
que tenga su *vía crucis* ¡feliz terminación!

Luchemos con denuedo, luchemos a porfía,
llevando por escudo amor y caridad;
y no olvidemos nunca al que nos diera un día
a la mujer derechos y al hombre libertad.

Hermanos de ultratumba que estáis en otra esfera,
prestadme vuestro aliento, prestadme inspiración:
decidme que es eterna del hombre la carrera,
que límite no tiene la humana perfección!

A los sordomudos y los ciegos

(No hay desheredados)

¡Sordomudos y ciegos! Pobres seres
perdidos en las sombras de la vida,
sin poder disfrutar de los placeres
que Dios nos da con su potente egida;
unos no ven los frutos que da Ceres,
otros no escuchan una voz querida.
¡Parias errantes que al cruzar el mundo
nadie comprende su dolor profundo!

En la noche del tiempo, en esa historia
escrita con la sangre del vencido,
fue el sordomudo víctima expiatoria
del hombre en la barbarie envilecido;
le negaron el don de la memoria,
y cual monstruo sin nombre conocido,
lo creyeron aborto del averno
condenado a sufrir martirio eterno.

Hipócrates más tarde, aseguraba,
y Aristóteles luego repetía,
que el hombre sordomudo no pensaba,
que el hombre sordomudo no sentía;
¿cómo había de sentir si no escuchaba,
qué había de comprender si nada oía?

Y con tanto desprecio les miraron,
que hasta el civil derecho les negaron.

San Agustín también siguió esa huella,
(que aunque llegó a ser santo tuvo errores;)
que era del mudo, muda la querella
y no eran comprendidos sus dolores;
pero un día brilló fulgente estrella
que difundió brillantes resplandores;
y un *español* con noble y santo anhelo
le dijo al sordomudo: —“Mira al cielo”.

“Allí hay un Dios que vela por tu vida,
y ya ha sonado la bendita hora
en que la ciencia humana engrandecida
puede llegar a ser tu redentora;
de su calvario eterno suspendida
vuelve a ti su mirada brilladora,
y hallará vibración tu pensamiento
y forma podrás dar a tu lamento”.

Y los mudos *pensaron y sintieron*,
y sus mil sensaciones expresaron,
y sus labios inertes se entreabrieron,
y palabras confusas pronunciaron.
La historia de los tiempos comprendieron,
las grandezas de Dios las admiraron.
¡Oh, Ponce de León! ¡Bendita sea
la humanitaria ciencia de tu idea!

Y vosotros ¡oh! ciegos, cuya vida
envuelta de la sombra en el espanto,
cual hoja por el viento desprendida
cruzáis la tierra sin placer ni encanto.

¡Sin contemplar la mar embravecida,
sin ver del sol el esplendente manto,
ni de los valles las gentiles flores,
ni de pintadas aves los colores!

Vosotros que sufrís ese tormento,
(que para mí lo encuentro sin segundo),
también os ha llegado el gran momento
de hallar consuelo en vuestro mal profundo:
ya os asociáis del hombre al pensamiento;
dejasteis de ser *cosas* en el mundo:
que cuando la barbarie dominaba
al torpe pugilato os entregaba.

La civilización tendió su vuelo
y resonó la voz del cristianismo,
la que nos brinda el perennal consuelo
de hacer valer al hombre por sí mismo,
la que rasgó de la ignorancia el velo,
hundiendo al delirante paganismo.
Y estando hoy por la ciencia rescatados
entre nosotros no hay desheredados.

Sordomudos y ciegos, los deberes
del trabajo cumplid, cuya ley santa,
a ningún ser le niega los placeres
si este estudia, compara y adelanta.
Dios quiere a *todos* los humanos seres,
para *todos* su sombra se levanta:
para él no hay dictadores, ni oprimidos,
para él no hay vencedores, ni vencidos.

No hay más que amor al hombre por el hombre,
amor que la instrucción lo simboliza,

la que le dice al ciego: —“No te asombre
si tu mirada aquí no profundiza”.
La que le dice al mudo: —“Tienes nombre,
pronúnciale conmigo, vocaliza,
yo quiero reanimar tu pensamiento,
quiero que sientas tú como yo siento”.

¡Sordomudos y ciegos! vuestra mente
que nunca olvide que debió a la ciencia,
el conocer la causa inteligente
ese *porqué* llamado Providencia.
Que gratitud profunda, noble, ardiente,
en el fondo guardéis de la conciencia.
Y a los hombres que tanto os han querido
no los recompenséis con el olvido.

Después de Dios, a quien debéis la vida,
ellos son vuestros genios protectores,
los que os dieron el punto de partida,
los que en vuestro arenal sembraron flores.
¡El germen de esperanza bendecida!
¡La luz de inextinguibles resplandores!
Recordad siempre sus sagrados nombres,
¡y os haréis dignos de tan grandes hombres!

1974

Al espíritu de Sofía

I

Ser querido, que conocí en mi infancia bajo la forma de una mujer elegante, graciosa y expresiva; de clara inteligencia, de agradable trato, de corazón sensible; querida de cuantos te trataban, menos de aquellos seres que debían haberte querido más.

Tuviste una familia, esposo e hijos; tu expiación te separó de ellos, y cruzaste la tierra por espacio de muchos años sola y triste, encontrando únicamente amargas decepciones; pero tenías una gran fuerza de voluntad y luchaste denodadamente para poder vivir, si vida se puede llamar vegetar entre cuatro paredes, entregado el pensamiento a los recuerdos del pasado y a las dudas del porvenir.

Tenías una buena imaginación y gusto artístico; ¡lástima que el oscurantismo de las religiones positivas te hiciera permanecer estacionaria, cuando tus condiciones intelectuales estaban llamadas a un gran desarrollo!

Te merecí algún cariño, y yo, que siempre he sido muy afectuosa, te devolví con creces el interés que por mí manifestabas.

En un periodo horrible de mi vida, cuando la tierra desaparecía bajo mis plantas, cuando el sol me ocultaba sus brillantes rayos y la brisa me negaba su halago, cuando el férreo brazo del infortunio me convirtió en una especie de autómeta,

recuerdo que pasaba muchas horas a tu lado, y que eras el único ser a quien yo buscaba, porque a tu lado me encontraba mejor que en ninguna parte.

Pero ¡ay! llegó un momento de prueba; una de esas situaciones en que encuentro lógico el suicidio, (cuando no se comprende a Dios). Te llamé en mi angustia suprema y tú te alejaste de mí, como se apartaban antes las multitudes de los infelices leprosos. ¡También ella!... murmuré con desaliento... Pasé algún tiempo sin verte; pero como yo te quería, te busqué nuevamente, reconviéndote por tu desvío.

Nuestra amistad se reanudó; pero mi alma iba saliendo de su mundo de sombras, y buscaba un ser amigo, que no le abandonara en sus horas de agonía.

Fui contigo muchas veces a visitar los templos, en esa hora de reposo, en que el crepúsculo vespertino nos envuelve con su manto de bruma y vapores.

Yo miraba los altares, escuchaba las monótonas oraciones de los fieles, y te decía: yo no encuentro nada aquí. —¿Pues dónde lo quieres encontrar? replicabas tú con alguna acritud. — No lo sé, repetía yo con tristeza; pero en el campo encuentro más consuelo que aquí.

II

Las revoluciones son las mensajeras del progreso, los cataclismos sociales van trazando la senda que ha de seguir la *civilización*, y a España también le llegó la hora bendita de dar un paso adelante. Sus reyes, por derecho divino, fueron expulsados, y la palabra libertad resonó en la patria de Guzmán el Bueno, como había resonado antes en los estados libres de América, en los cantones de la Suiza y en la vecina Francia.

Los sectarios de Lutero vinieron con su Antiguo y Nuevo

Testamento, y presentaron una religión más lógica, más racional, más convincente que la católica romana; yo escuché a uno de sus ministros, y al conocer la gran historia de Jesús, encontré ese algo que yo buscaba con tanto anhelo, y que hasta entonces no lo pude hallar en la tierra.

Tú te mofaste de mis nuevas creencias; mas yo seguí mi camino, y llegando, se puede decir, al final de mi jornada, dije: Grande es el protestantismo, pero todavía lo encuentro pequeño para definir a Dios, debe haber algo que lo demuestre mejor, y si hoy no lo hay, lo habrá. Y lo había: existía una escuela filosófica llamada espiritismo: leí sus obras fundamentales, asistí a sus cátedras, presencié sus trabajos medianímicos y te dije alborozada:

—Sofía del alma, ya encontré a Dios, pero a Dios grande, misericordioso, y justo; sin preferencias, sin represalias...

Ahora admiro y venero, como se debe venerar, la gran figura de Cristo, el regenerador de la tierra, el profeta de la civilización, el hombre moral por excelencia, el sabio entre los sabios, el primer legislador del mundo, el espíritu más adelantado que ha encarnado en este planeta.

Tú me escuchabas riéndote fríamente, y tu risa me hizo daño, y algo se puso entre las dos; insensiblemente nos fuimos alejando la una de la otra; yo te recordaba siempre con melancólica ternura; sin embargo, tu risa glacial resonaba en mi oído, y murmuraba con pena: no nos entendemos, ¿para qué hemos de vernos? Tú entretanto, decías que yo te inspiraba lástima, y que debían encerrarme en un manicomio.

La divergencia de las ideas desata la cadena magnética que une a los seres entre sí, los fluidos pierden su poderoso influjo de atracción, volviéndose refractarios los unos con los otros, y de esta repulsión recíproca, nacen las grandes luchas que dividen a la humanidad.

Mi espíritu es débil para combatir; cuando encuentro adversarios de mis ideas, los dejo pasar, y también te dejé pasar a ti.

III

Supe tu muerte, cuando menos lo esperaba, me impresionó vivamente y quise saber dónde habían depositado tu envoltura terrenal y cómo habías vivido tus últimos momentos.

Seres extraños te rodearon. ¿Te acordaste de mí? no; si te hubieras acordado me hubieras llamado; pero... ¿cómo se habían de acordar los cuerdos de los locos? Sin embargo, yo tengo la locura de pensar en ti, de rogar porque tu espíritu salga pronto de su natural perturbación y que encuentres y te sirva de guía el espíritu de tu hija Julia, que por ti debe haber rogado ardientemente para que dejaras este planeta, donde tan duras pruebas has sufrido, donde podías haber adelantado mucho, si el fanatismo y la preocupación no te hubieran dominado en absoluto.

Tú respetabas en alto grado las exigencias y conveniencias sociales. ¿Y qué vale la aprobación de este pequeño círculo, comparado con la sanción suprema de otras inteligencias superiores, que viven lejos de los mezquinos intereses terrenales?

¿Puede valer, acaso, para los hombres de recta intención, de justo criterio y de tranquila conciencia, la censura de sus actos, si esta proviene de los criminales condenados a cadena perpetua por sus desaciertos inauditos? no; la mirarán con la más profunda indiferencia. Pues lo mismo, absolutamente lo mismo, nos debe importar la aprobación de nuestros hechos, si éstos los aplaude una sociedad rastrera y egoísta.

Debemos buscar infatigablemente algo más grande que lo de aquí, algo que nos eleve sobre nuestra mísera condición, algo

que nos acerque, si no a la perfectibilidad, al menos a la moral más pura, practicando las sublimes máximas del Evangelio. Imitemos a Cristo, y así como Él dijo: “Mi reino no es de este mundo”, digamos nosotros: para el espíritu como *principio y fin* no se formó la tierra; esta es simplemente un lugar de reclusión para la humanidad, donde estamos confinados por más o menos tiempo.

IV

Tu condena se cumplió, Sofía del alma; tu espíritu, libre de su pesada envoltura, reconocerá, aunque tarde, el error en que ha vivido y tal vez vendrás de nuevo a seguir tu peregrinación.

Ahora sí que te acordarás de mí y uno de mis fervientes votos es que puedas comunicarte conmigo.

¡Dichosos los médiums que obtienen los señalados favores de trasmitir los pensamientos de los moradores de ultratumba!

Dicen que los poetas somos médiums inspirados; pues bien, querida mía, inspírame tú, germina en mi mente tus poéticas ideas, ideas que brotaron en los vergeles de Andalucía.

Adiós, Sofía; adiós, graciosa sombra de una mujer; te admiré en mi infancia, te quise en mi juventud y te compadecí en mi segunda edad: hoy te envidio, porque has dejado este valle de lágrimas, y te ruego que te acuerdes de mí, que reanudes nuestra amistad, interrumpida por las pequeñeces de este mundo. Yo te llamo, ven, responde a mi voz; la eternidad nos ofrece su ilimitado porvenir; comuniquémonos, los efectos no mueren, las existencias se enlazan entre sí, porque todo se relaciona y tiene su razón de ser.

¡Bendito mil veces el espiritismo! Bendita sea la hora que conocí su innegable verdad!

¿Puede haber nada más grande que devolvernos la muerte

a los seres queridos que estaban alejados de nosotros en la tierra? ¡Haber trocado la sombra en luz! ¡la *nada* en el *todo*!

La muerte perdió su triste imperio. Desaparezcan las melancólicas ciudades de los muertos, los sombríos cementerios; pulverícese la materia; busquemos al espíritu que siempre vive, no a la materia que se disgrega, cambiando de forma!

Además, si sus átomos vuelven a nosotros, ¿para qué los soberbios mausoleos? ¿a qué los palacios de piedra para albergar tan solo a los gusanos?

Si aún se le quiere conceder morada a la envoltura corpórea del hombre, cubra la tierra únicamente sus restos, que la fosa común sea el último lecho donde se confundan los cuerpos que entran de nuevo en fusión.

Yo no sé dónde está tu sepultura, pero ¡qué importa! si yo a quien busco es a tu espíritu... Sofía!!... yo te llamo, responde a mi voz! ¡Ven! ¡ven!

1874

Cartas íntimas

Hermana mía: Vas a morir, vas a dejar este valle de lágrimas, este infecundo arenal donde has caminado algunos lustros sin encontrar un árbol que te prestara sombra, ni una fuente que calmara tu sed. ¡Pobre mártir...!

Hace diez años que te vi por primera vez: entonces eras joven, simpática y graciosa; en tus ojos irradiaba la esperanza, tus labios sonreían, tus mejillas tenían el color de la rosa en capullo, tus rubios cabellos coronaban tu frente, tu talle gentil se inclinaba con elegante abandono.

La juventud te brindaba sus sueños de oro, y llena de actividad trabajabas incansable, esperando mañana estar mejor.

Pero llegó un día en que la miseria se presentó en tu hogar y desató los dulces lazos de la familia: tu padre y tus hermanos dejaron su nido y huyeron a la desbandada, como las errantes golondrinas; tú te quedaste sola. ¡Pobre Fermina...!

Laboriosa por excelencia, seguiste buscando en la mina del trabajo los filones de la tranquila medianía; pero vino un momento que sentiste frío, hambre y sed, tus labios secos se humedecieron con la sangre que arrojaba tu pecho, tus ateridos miembros sintieron el calor de la fiebre, y no tuviste ni el más duro lecho donde reclinar tu marchita sien.

La aurora del bien apareció: un hombre fijó su mirada en ti y murmuró en tu oído una palabra de amor; más tarde te dio su nombre y encontraste en los brazos de tu esposo el cariño de un

hermano, la condescendencia de una madre y el delirio de un amante.

¡Eras feliz! En tus labios pálidos se dibujó una sonrisa, y en tus tristes ojos brilló la alegría.

No te ofreció la opulencia su lujo superfluo, pero la humilde medianía te prestó abrigo.

Pasó algún tiempo y tu cuerpo débil se inclinó de nuevo y no pudiste dejar tu lecho; sin embargo, entonces no estuviste sola, tenías a tu esposo que constantemente te acompañaba, y que a fuerza de cuidados y de ternura, te quería arrebatar de los brazos de la muerte.

Si la solicitud y el tierno afán tuvieran poder suficiente para detenernos en este mundo, tu vida se prolongaría como la de los antiguos patriarcas; pero tu misión se ha cumplido y vas a recibir el premio en otra región mejor.

¡Dichosa tú! Si algo envidio en este mundo, es tu modo de morir.

Cuando estoy a tu lado en tu pequeña casita y te contemplo dulce y melancólica, sentada al lado de tu marido, que te mira con la más santa compasión; cuando te veo lejos de esta engañosa sociedad sin que una mirada indiscreta profane tu santa agonía, sin que tu pensamiento se fije en el mañana, ni que la más leve ansiedad fatigue tu delicado organismo; cuando te veo morir con tanta paz, no puedo menos que repetir estos dos versos de Ayala:

“¡Oh, cuán dulce es morir como tu mueres!

¡Oh, cuán triste es vivir como yo vivo!”

Tú has encontrado, amiga mía, el único goce que existe en la tierra: un alma se ha identificado con la tuya y habéis formado un solo ser, y antes que el huracán de las pasiones se desencadene, antes que la fatalidad, bajo la forma de una mujer,

te arrebate el cariño de tu esposo, te mueres joven y bella para dejarle un agradable recuerdo, y tu espíritu, que lentamente va dejando la envoltura corporal, sin perturbación, sin agonía, entrará en las desconocidas regiones del infinito, consagrando a los seres que te amaron aquí, una tierna predilección.

Tú no eres espiritista, y cuando yo te hablo del espiritismo te sonríes con incredulidad, pero como el amor hace prodigios, y en un ser tan bueno como tú, mucho más, cuando yo te digo que velarás por él, que estarás a su lado, que enjugarás su llanto y que llegará un día que hablarás con él, cuando yo te pinto la *eternidad* de los efectos, entonces, ¡oh! entonces quieres creer en el espiritismo. ¡Qué ciego no desea ver!

Fermina mía, para tu adelanto futuro te es necesario que fijas tu pensamiento en el más allá; no en el cielo ni en el infierno, no; sino en esa vida eterna, progresiva, ascendente; en esa perfección que nunca acaba: es preciso que borres del tiempo las tres etapas de ayer, hoy y mañana; el tiempo *es*, no *fue* ni *será*. *Es* siempre inmutable, fijo y eterno.

Aprovecha los pocos días que te quedan de estar aquí; analiza, juzga y compara, y verás que los mundos se encadenan, y las generaciones son sus eslabones; que lo que aquí principia tiene su desenlace en otro planeta, y que lo que aquí acaba comenzó en otra nebulosa; que la familia humana conocida con los nombres de padres, hijos, hermanos y esposos, es mucho más dilatada, y sus antecesores se pierden en la noche de los tiempos.

¡Ay! Si yo pudiera inculcar en tu pensamiento las ideas del infinito, si yo te pudiera hacer comprender algo de la vida en la verdadera acepción de la palabra, sería aún más dulce tu agonía; y no dirías con tristeza: ¡adiós, Amalia!, me dirías sencillamente: *hasta luego*.

Alejandro Dumas (padre) decía, contemplando el cadáver de Lamartine, que envidiaba a los hombres que le decían a un

muerto *hasta la vista*, porque él no podía decirle más que *adiós*.

Yo también decía antes lo que el novelista francés. Este mundo ¿qué da? nada por nada. Hoy soy más dichosa, porque puedo decir que este mundo nos da *todo* por *todo*.

Adiós, Fermina: Si estas líneas logran fijar tu atención, y si por una vaga curiosidad me dices con algún interés: explícame el espiritismo, yo creo que entonces seré médium inspirado, y espíritus superiores me comunicarán sus pensamientos, y serán más tranquilos tus últimos días en la tierra.

El cariño más tierno y la compasión más sincera me impelen a dedicarte estas pobres páginas, muy pequeñas en la forma, pero grandes, inmensas en su fondo, porque las inspira el amor y la fe.

1874

A Martín Martín

Sordomudo y ciego

El hombre es un problema indescifrable,
que las ciencias exactas no han podido
darle una solución inapelable.
Mañana, ¿qué será? y ayer, ¿qué ha sido?

Religiones ardientes, visionarias,
y escuelas filosóficas sombrías...
que al progreso dan formas embrionarias,
murmurando incoherentes profecías.

El César en su trono soberano
y el ciervo que ante el látigo obedece,
todos quieren saber el hondo arcano
de algo que en el misterio se engrandece.

La causa del efecto que da vida,
el porqué del porqué grave y profundo:
lo que nos marca un punto de partida,
llegando a ser la brújula del mundo.

Esa alma universal que al orbe llena
de perfumes, de luz y de colores,
que a todo lo existente lo encadena,
uniendo a los abrojos con las flores.

Esa balanza justa, indeclinable,
ese equilibrio eterno de la vida,
esa fuerza suprema e invariable,
que por ninguno ha sido comprendida.

En las hojas sagradas de los Vedas
los inspirados yoguis consignaron,
que en los torrentes y en las auras ledas
un algo superior adivinaron.

En los Naskas de Persia, en esa historia
que a Zoroastro atribuyen las edades,
y en el Talmud, resumen o memoria
que guarda parabólicas verdades.

En la gran Biblia y el Corán bendito,
en esas legendarias tradiciones,
se ve al hombre buscando al infinito,
luchando entre sofismas y razones.

Sócrates, Platón y Jenofonte,
y todos los filósofos del mundo,
hallaron limitado este horizonte,
perdiéndose en un dédalo profundo.

¿Y cómo no perderse, cuando vemos
lo pobre que es la humana inteligencia,
que por no comprender, ni comprendemos
el misterio que envuelve la existencia?

Exclaman unos: la materia sola
los átomos uniendo tiene vida;
y otros dicen: la flor en su corola

guarda un alma en sus hojas escondida.

Es lo cierto que el hombre es un conjunto
de espíritu y materia, y es un necio
quien llegue a separarlos, hasta el punto
de mirar uno u otro con desprecio.

¿Pueden aisladas existir? ninguna,
y es hasta indisoluble su lazada;
porque no hay en la tierra cosa alguna
que con otra no esté relacionada.

La creación es un libro, y son los seres
las letras que componen su alfabeto,
y son nuestros distintos caracteres
la fábula que encierra el gran secreto.

¡Y hay tipos en verdad tan especiales,
que por mucho que en ellos estudiemos,
no podemos decir si son fatales
las circunstancias que en su vida vemos!

¡Un hombre ciego, y mudo, que en su mente
guarda un foco de luz tan sobrehumano,
que al estudio se entrega asiduamente,
y busca de la ciencia el hondo arcano!..

¡Y tiene percepción tan delicada!
¡y guarda tan recóndita ternura!
¿cómo esta inteligencia fue educada
en medio de tan grande desventura?

¿Cómo este ser perdido entre los seres
le da nombre a las aves y a las flores?

¿y une de Gutenberg los caracteres
y conoce perfumes y colores?

Compadecer debemos su impotencia,
y sin embargo ¡tiene poderío!
¿a qué fin obedece esta existencia
si hay en su esclavitud libre albedrío?

¡Filósofos profundos! de la vida
venidme a descifrar este problema;
venidme a demostrar por qué escondida,
se encuentra en este ser la luz suprema!

¿Por qué la luz negáronle a sus ojos
si su mirada busca el infinito?
¿por qué las frases a sus labios rojos
cuando él nos da su pensamiento escrito?

“*Casualidad*” (dirá el indiferente),
“que no debe tomarse tan en serio:”
“anatema de Dios” (dirá el creyente)
y osado es quien profana tal misterio”.

Estas definiciones no son nada;
no descifran el hecho por sí mismo;
no nos dan una prueba razonada
como nos da el profundo espiritismo.

Solo el espiritismo es el que puede
decirnos como un hombre mudo y ciego,
a su impotencia material no cede
apagando en su mente el sacro fuego.

Como un hombre que cruza el ancho mundo

sin ver, sin escuchar ningún sonido,
puede buscar en su anhelo profundo
la causa de lo que él no ha conocido.

La ciencia fuera nula, si estos seres
no guardaran recuerdos de otra vida;
la instrucción al cambiar sus caracteres
les da una aspiración desconocida.

¡Martín Martín! ¿Qué espíritu gigante
a tu informe materia está sujeto?
fue tu pecho de roca o de diamante?
¡debe guardar tu ayer fatal secreto!

Debes, como Luzbel, haber soñado
en llegar hasta Dios en tu locura;
debes como Caín, haber pecado,
para sufrir después tal desventura.

¡Ser sordo, mudo y ciego, y en tu mente
encerrarse un talento tan profundo!...
¡tener un corazón que tanto siente!...
¡qué estrecho debes encontrar el mundo!

En esa triste noche de tu vida
como juzgas a Dios, saber quisiera;
tal vez en tu dolor serás deícida:
y encuentro razonable que así fuera.

Sin el espiritismo, es imposible
el comprender de Dios la omnipotencia:
un Dios que al infortunio es insensible,
es un Dios que rechaza la conciencia.

En cambio, cuando el hombre considera
que su dolor es obra de sí mismo,
prosigue resignado su carrera
y trata de salvarse del abismo.

Por eso yo quisiera que en tu mente
pudiera germinar tan dulce idea,
que pudieras decir ardientemente:
¡bendita expiación! ¡bendita sea!

Tú debiste pecar; pero las pruebas
que para tu adelanto has elegido,
con tanto amor y mansedumbre llevas,
que estarás de tu culpa redimido.

Y al dejar esta tierra de dolores
en donde no has hallado más que espinas,
verás mundos de luz, ríos de flores,
y horizontes de nubes purpurinas.

¡Martín Martín! Tú vives desterrado,
tu espíritu gigante está proscrito;
mas si en la tierra estás desheredado,
será tuyo mañana el infinito!

1874

La fiesta de los muertos

A mi querido hermano Don Manuel Ausó

Hermano mío: Hay días que santificados por la costumbre, el cuerpo descansa del trabajo material, y el pensamiento, atrevido aeronauta, vuela en el globo de sus recuerdos, hasta llegar a las ciudades donde se albergan espíritus que le son queridos. El mío llega a Alicante, y en el centro espiritista le encuentro a usted; acepte como testimonio de mi palabra las incorrectas páginas que siguen a este prefacio.

I

¡Qué valen esas urnas sepulcrales donde a la vanidad tan solo miro, si no empañan sus límpidos cristales ni el hálito siquiera de un suspiro!...

Hace algunos años que yo escribí estos versos, contemplando los lujosos panteones de las familias nobles y ricas de la corte de España.

Aún no era yo espiritista, cruzaba el mundo a semejanza de Diógenes, que iba con una linterna buscando un amigo. Yo también, con la linterna de mi pensamiento, buscaba a Dios; yo no le negaba como los materialistas, no; yo comprendía que algo grande, superior e infinito, dominaba sobre todo lo creado, pero al mismo tiempo, encontraba pequeño y rastrero cuanto me rodeaba, respecto a las fórmulas sociales.

Los templos, como maravillas del arte, los admiraba, pero cuando veía acumular tesoros sobre tesoros en las catedrales de Sevilla y de Toledo, no podía menos que exclamar:

—Cuántos desgraciados morirán de hambre y de sed dejando a sus hijos sin más patrimonio que la miseria y el abandono, en tanto que estas riquezas improductivas a nadie le sirven para nada; con el valor de una sola de estas piedras preciosas serían felices algunas familias.

Esto lo decía yo, cuando solo contaba 15 años, y recuerdo que un deán de la catedral de Sevilla, al escuchar mis palabras, me miraba de hito en hito y murmuraba:

“Esta muchacha desciende de herejes”.

II

Pasaron algunos años, y cuando en Madrid visité los cementerios y vi los hacheros colgados de cirios y los lacayos de gran librea, guardando las coronas de siemprevivas y de pensamientos, los faroles y las lámparas, cuando vi aquella comedia que se representaba a la memoria de los muertos, sentí repugnancia ante una farsa social que profanaba el recuerdo de los que fueron.

¿Acaso el sentimiento tiene una época fija para manifestarse? Cuando el dolor desgarran nuestro pecho, cuando el universo se desploma sobre nuestro ser, ¿necesitamos marcar un día para ir a llorar en el sepulcro de los seres queridos? El dolor no conoce la medida del tiempo, porque es una emanación del infinito, y un niño me hizo conocer que el pesar íntimo del alma no tiene ni lugar ni fecha para demostrarse.

III

En la suntuosa necrópolis de Barcelona, donde existen sepulturas artísticas con cristos colosales de mármol de Carrara, clavados en cruces de ébano, me llamó la atención en un rincón de un patio, un montón de flores secas que ocultaban casi por completo una cruz de madera pintada de negro; atado al símbolo de la redención, había un ramo de frescas siemprevivas y un pobre niño que tendría diez años, estaba sentado junto a la pequeña cruz.

Yo me incliné, y sentí simpatía al mirar aquella carita dulce y triste, y le pregunté:

—¿A quién tienes aquí?

—A mi madre, me contestó.

—¿Y por qué no quitas estas flores secas?

—¡Para qué! me dijo el niño con enfado, si las quito no verá mi madre que he venido todos los domingos a verla.

—¡Ah!.. Tú vienes todas las semanas?

—¡Pues no he de venir, señora..! Yo quería mucho a mi madre y no necesito que llegue el día de difuntos para acordarme de ella.

La réplica del huérfano encerraba tan profundo sentimiento y tan amargo desconsuelo, que me conmovió profundamente, y guardo de aquel desgraciado un melancólico recuerdo.

IV

De niña y de joven he rechazado, aún más, he anatematizado las costumbres que dan lugar a esas farsas

sacrílegas.

Decía San Agustín, que aquí todo era *vanidad de vanidades*, y cuánta razón tenía el sabio padre de la iglesia.

Las coronas a los muertos no son más que el emblema del orgullo de los vivos; hacen alarde de un dolor que no sienten, y así como los fariseos oraban en las calles para que los vieran, así los católicos romanos adornan las tumbas, que bien pueden llamarse sus *facsimiles*, pues sepulcros blanqueados encierran a los muertos, y sepulcros blanqueados son los hipócritas y falsos cristianos, que negaron un pedazo de pan al hambriento y quemaron en cambio muchas libras de cera para redimir de su cautiverio a las ánimas del purgatorio.

No comprende aún la razón humana que en los hospitales, en los asilos de los ancianos, en las casas de maternidad, por otro nombre inclusas, donde se quejan los enfermos, vegetan los ancianos y lloran los niños, sería mucho más útil, y más humanitario que se invirtieran las inmensas sumas que se gastan en misas y en responsos, en lápidas y flores con que solemnizan y conmemoran el día de los difuntos?...

¡Oh! la humanidad tiene cataratas y el *oculista* llamado *progreso*, no ha podido aún hacer la operación a tanto ciego de entendimiento.

Por eso, queridísimo hermano, el espiritismo es una planta exótica que no puede crecer en el erial de la tierra, aún no es tiempo, no.

Dicen, y dicen muy bien, que los grandes cadáveres históricos tardan muchos siglos en descomponerse, y el fanatismo con sus templos y sus ídolos, sus ceremonias y sus sacrificios, ¿cómo ha de aceptar al espiritismo que no necesita grandiosas basílicas, ni alto ni bajo clero, doctrina que no da lugar a ninguna especulación... y que no pide para sus muertos más que un pedazo de tierra y una plegaria que brote del

corazón?...

A los espiritistas nos llaman locos, tienen razón; porque locura es en nosotros pretender que una sociedad tan individualista ponga en práctica el único artículo de que se compone la ley de Dios.

V

Hermano mío: hay momentos en la vida que necesitamos comunicar nuestros pensamientos y ¿a quién mejor que a usted, podré decirle la impresión que me causa ver tantas flores, tantos atributos fúnebres, tanta pompa inútil en las iglesias, recordando a multitud de familias pobres que mueren lentamente por falta de alimento?

¡Quién pudiera adelantar los sucesos!... para ver a la humanidad ponerse en acción. A la sombra del espiritismo, desaparecerán los templos de la idolatría, pero los sustituirán las fábricas, utilísimos templos consagrados a la industria; se destruirán las inertes ciudades que se construyen para encerrar la materia en disgregación, y en su lugar se levantarán edificios gigantes donde se instalarán escuelas.

La instrucción, que bien la puede simbolizar la diosa Ceres porque difunde abundantes frutos, la instrucción, repito, tendrá templos y cultos en los campos bien cultivados, en los túneles de las perforadas montañas, en los canales que dividen los mares, en los telégrafos submarinos, en los talleres, en las bibliotecas, en las academias, y el hombre hará el bien, por el bien mismo.

El espiritismo ha de verificar ese cambio social, material e intelectual: del espiritismo no conocemos más que el germen, pero cuando por él tengamos conocimiento de nosotros mismos y nos apreciemos en lo que valemos, admiraremos e imitaremos a Cristo que fue el iniciador, el profeta que anunció la venida del espiritismo.

En esa verdadera edad de oro, no habrá fiestas para los muertos, porque los espíritus se comunicarán continuamente con sus hermanos y ese recuerdo latente formará parte de nuestro ser.

Amigo mío, ¿en qué planeta estaremos nosotros cuando la tierra esté regenerada...?

¡Quién sabe!... Practiquemos el bien, compadezcamos a los que tienen oídos y no oyen, ojos y no ven, y roguemos que brille la nueva aurora para que irradie con todos sus esplendores el sol de la verdad, cuyos satélites se conocen con los nombres de *justicia* y *razón*.

1874

El 28 de Octubre

A mi buen amigo Don Francisco Ruet

Hoy es un día sagrado, porque hoy se conmemora el hecho que dio vida a tu perdido ayer: tu entrada en este mundo, en donde el hombre llora desde el primer momento, quejándose al nacer.

Suceso que le sirve de prólogo a tu historia que alborzados todos debemos bendecir, porque has embellecido la vida transitoria de aquel que una vez sola tu acento llegó a oír.

Sectario de Lutero, filósofo creyente, seguiste su reforma del adelanto en pos, diciendo como él dijo, con entusiasmo ardiente: la ciencia eterno efecto, su sola causa es Dios.

España que atesora gigantes catedrales e imágenes hermosas en bronce y en marfil, que aún tiene procesiones, divinos carnavales, idólatra en su culto, fanática y gentil.

Al escuchar tu acento, que la verdad decía, ¿qué había de hacer? hundirte en lóbrega prisión, porque aún no era llegado el venturoso día que España conquistara su justa redención.

Lució una nueva aurora, volviste a tus lares
ansiendo que imperara la ley de la igualdad,
y en bosques y en colinas y a orillas de los mares
dijiste que era Cristo la luz de la verdad.

Los hombres te escucharon, algunos te siguieron,
y yo también tus huellas entonces las seguí:
pues tus predicaciones la convicción me dieron
que el mundo había sido un desierto para mí.

Mas como dado un paso seguimos adelante,
que así debe cumplirse la ley de progresión,
yo no encontré en Lutero exactitud bastante
para fijar las leyes que rigen la creación.

Lutero fue un gran hombre, adelantó de un modo
que su recuerdo siempre el mundo guardará,
pero si se analiza su religión del todo,
decimos: esto es poco, sigamos más allá.

Y yo seguí buscando la irradiación suprema,
el foco en que brillara la inextinguible luz,
que para mí no estaba resuelto el gran problema,
yo no divinizaba la historia de la cruz.

Y lógico encontraba el éxtasis profundo
del alma embebecida en sueño celestial,
cuando agitarse vemos segundo por segundo...
los átomos que forman el globo universal.

Las religiones todas nos pintan un paraje
en donde vive el alma en plácida quietud,
y en la inacción, ¿qué vale su célico homenaje?
sin lucha y sin peligro, ser bueno no es virtud!

En la *naturaleza*, nos dice el gran Descartes que hallaba *espacio y tiempo*, lo mismo encuentro yo, y necio ha sido el hombre, al dividir en partes, el *todo* que el Eterno jamás lo dividió.

Por eso yo he buscado con incesante anhelo la lógica esperanza que irradie la verdad, y en el espiritismo hallé para consuelo progreso indefinido y eterna actividad.

En el espiritismo no hay límite marcado, eterna es la existencia y eterno el porvenir; nosotros no tenemos paraje prefijado, y aun la postrer palabra no hemos llegado a oír.

Tú sigues otra senda, creyendo que Lutero resuelto el gran problema por siempre nos dejó; en un error te encuentras, y demostrarte quiero que al alfa y al omega ningún hombre llegó.

Por eso infatigables, debemos a porfía buscar la oculta fuente de inmenso manantial; que no se magnetice la humana fantasía... que reconozca el hombre la ley universal.

Si tú tienes talento e ilustración bastante, ¿por qué al espiritismo lo miras con desdén; se encuentra convencido tu espíritu gigante que niegas el infierno y aceptas el edén?

Los hombres de tu temple se encuentran obligados a demostrar la causa que alienta su razón;

no basta que tú niegues los hechos consumados,
sin pruebas... ¿de qué sirve tu grave impugnación?

No basta que en tu templo nos digas que es locura
la ciencia espiritista, que es sola idealidad,
¿dónde no hay objeciones se puede por ventura
decir rotundamente es esta la verdad?

Es tu palabra fácil, tu entendimiento claro,
¿por qué no entras en lucha y en franca discusión?
Si a convencernos llegas, diremos sin reparo
que a ti hemos debido la luz de la razón.

Nosotros no aceptamos de viejas religiones
sus templos, sus altares, su culto y ciega fe,
mas siempre respetamos antiguas tradiciones,
porque existir debía lo que en un tiempo fue.

En todas las edades buscó nuestra conciencia
un algo misterioso del cual fuimos en pos.
y el siglo diecinueve, pretende por la ciencia,
llegar directamente a conocer a Dios.

La escuela espiritista, que juzga y que razona,
es hija de su siglo y busca clara luz;
los átomos uniendo, las vidas eslabona
y dice al fanatismo: ¡atrás con tu capuz!

¡Atrás con tus errores! la ciencia se adelanta,
perfora las montañas, los mares desunió;
el globo hendió los aires y el hombre se levanta
en nuevos continentes que en sueños contempló.

Se inquiera, se analiza, se busca en lo creado

la causa del efecto, el punto primordial;
y yo que siempre en mucho tu ciencia he respetado,
te digo: ven y acepta la lucha universal.

Adiós; que buenos genios otorguen en tu día
raudales de suprema, de santa inspiración,
y brote de tus labios sublime profecía
y brille eternamente la luz de tu razón.

Adiós; en tu camino hallé la santa huella
del hombre que muriendo salvó a la humanidad,
pues su memoria ha sido nuestra polar estrella;
¡feliz de aquel que imita su amor y caridad!

1874

Un año menos y un paso más

A mi querido hermano en creencias, Jerónimo Melero

I

Hermano mío: Cuando yo no era espiritista, cuando cruzaba el mundo poniendo en práctica la teoría de Wolney, que se reduce a dudar de todo, el mes de diciembre me impresionaba tristemente, o mejor dicho, acababa de hundirme en la más profunda melancolía, desaliento especial que se apoderaba de todo mi ser; cuando las hojas secas del otoño alfombran los bosques; cuando por una transición violenta se suceden las sombras a la luz, y el crepúsculo vespertino es tan breve, como las horas felices de la vida; cuando las noches principian a ser húmedas, y las mañanas desapacibles, yo sentía un dolor sin nombre, y el frío y la aparente destrucción de la naturaleza se comunicaban a mi pensamiento, y daba un adiós tristísimo a los lirios del valle, a las frondosas enramadas, a las brisas primaverales, y a las ráfagas ardientes del estío, diciendo con amargura:

¡Quién sabe, si cuando de nuevo florezcan los almendros habré yo dejado de existir!... y nadie irá a dejar en mi tumba ni una lágrima, ni una flor...!

II

¡Cuán triste es la duda! Los duelistas me inspiran más

compasión que los ateos y los materialistas; ese ser y no ser, esa incertidumbre, esa vaguedad, esa lucha, en fin, que fatiga y languidece.

La duda la comparo con el purgatorio de los católicos. Felizmente, llegó un día en que me di razón de mi ser, y acepté como herencia legalmente adquirida mi peregrinación por esta calle de amargura (alias) tierra. Desde este momento, dejé de impresionarme el otoño, y siento en el mes de diciembre una íntima satisfacción.

Cuando las campanas tocan al vuelo diciendo a los fieles “Recordad el nacimiento de Jesús”, entro en mí misma, reconcentro en una mis vagas ideas, y murmuro con voz apagada:

“Esas lenguas metálicas anuncian que se ha cumplido un nuevo plazo de la vida, la humanidad ha dado un paso más, tiene un año menos de juventud; pero ha dejado saldada alguna pequeña cuenta que dejó pendiente, uno de los muchos desaciertos que nos trajeron a este planeta”.

Después de la primera edad, cada año que pasa deja algunas hebras de plata en nuestros cabellos, imperceptibles arrugas en nuestra frente y una contracción especial en nuestros labios, en los que se dibuja una triste sonrisa: nuestra parte física se marchita, pero nuestra mente contempla nuevos horizontes, las ideas avanzan por ellos y los pensamientos encuentran ignoradas recompensas, y justas expiaciones.

El espiritismo, sin duda alguna, ha venido a producir un trastorno de primer orden en todas las creencias, y a cambiar por completo el curso de los sucesos: en mí misma tengo la prueba de ello.

Antes, cuando veía las hojas secas impelidas por el viento, les decía con desconsuelo: “Vosotras sois la imagen de la vida, os vais para no volver”, y ahora las miro como pasan

arrebatadas por el huracán, y les digo, “volad mensajeras, anunciad vuestra llegada en otras regiones, yo os volveré a encontrar: desaparecéis de la tierra; pero vuestros átomos germinarán de nuevo: nada se pierde en la *nada*, todo se reproduce eternamente”.

III

¡Qué porvenir tan distinto se presenta ante mis ojos! Como el pensamiento avanza y con el telescopio de la razón contemplo ilimitados horizontes, millares y millares de mundos, focos de inextinguible luz, fuentes de eternos manantiales, árboles gigantescos, flores de vivos colores y penetrante aroma, veo a la humanidad multiplicándose en generaciones ennoblecidas por el trabajo, avanzando siempre en pos del progreso!

Cuando se tiene ante la vista la eternidad por límite, ¡qué poco nos impresionan los cambios atmosféricos de la tierra que influyen eficazmente en su vegetación y desarrollo!

Ni sus días de fuego, ni sus noches de nieve, ni sus mañanas risueñas, ni sus tardes sombrías, todo lo vemos pasar como la visión óptica de un cosmorama: la tierra es para los espiritistas, lo que una estación de tercer orden para los que viajan en ferrocarril. Es como un puerto donde los navegantes se detienen para tomar carbón y agua y seguir después su derrotero. Las guerras, sus disturbios sociales, su engrandecimiento y su ruina, no nos son indiferentes; pero inclinamos la cabeza, y preguntamos a los siglos que pasaron por la historia de las naciones; y cuántas veces tenemos que repetir el vulgar adagio: ¡Que aquel que a hierro mata a hierro muere!

No crean por esto los detractores del espiritismo que los espiritistas a semejanza de los orientales decimos: “Estaba escrito” y ante la fatalidad nos cruzamos de brazos, no; el verdadero espiritista trabaja constantemente para mejorar en

parte la condición de la humanidad, mejorándose a sí propio.

El espiritista se convierte en juez de sí mismo, y no hay juez más implacable que nuestra conciencia.

Nos cuesta trabajo, mucho trabajo, conocernos a nosotros mismos y convencernos que somos los autores de nuestro infortunio; pero cuando llegamos a vencer en algo las insuperables dificultades de nuestro amor propio, y refinado egoísmo, entonces somos mucho menos desgraciados.

IV

Adiós, hermano mío, un año de luchas fratricidas y de amargas decepciones nos deja sus tristes recuerdos; en ese período, dime qué has sentido, dime si los hombres te han parecido menos ingratos, si has creído posible la regeneración de la humanidad, si llegará ese día en que la ley de Dios se practique en toda su pureza.

¿Llegará ese día? sí; lo que Dios ha creado tiene que vivir eternamente, y las sociedades se han ido civilizando día por día; porque a no ser así, la especie humana hubiera desaparecido de la superficie de la tierra devorada por su antropomorfismo.

Hoy, en medio del adelanto intelectual que ha modificado las condiciones de habitabilidad de este planeta; hoy que las naciones se aproximan unas a otras por medio del vapor, y del telégrafo; hoy que los pueblos se unen por el comercio y la industria, se nota de individuo a individuo una marcada repulsión, las sectas religiosas se disputan un Dios, las escuelas filosóficas se arrebatan una *causa* y un *efecto* y hasta el espiritismo es anatematizado, excomulgado y puesto en ridículo de una manera inusitada, y sus adeptos son llamados locos, hipócritas, falsarios, y hasta criminales... ¡Pobre humanidad!..., me inspira compasión, y quisiera tener la elocuencia de Esopo, el talento de Sócrates, y la paciencia de Jesús, para cruzar la

tierra difundiendo la *buena nueva* del espiritismo.

Ninguna de estas condiciones ennoblecen mi ser, solo tengo el deseo de hacer partícipes a otros de mi melancólica tranquilidad; pero no basta poder, es necesario querer.

V

¡Oh, espíritus!..., iluminad mi entendimiento, dadme elocuencia, constancia y fe, para que mi acento resuene de un polo a otro polo diciendo que el espiritismo es síntesis de la creación, es el símbolo de la esperanza, es la tierra prometida de los profetas, es la solución del gran problema, es la razón demostrada, es la historia de Dios, es la tradición de la humanidad, es, en fin, el gran libro donde el hombre aprende a conocerse y que el día en que la raza humana tenga conciencia de lo que vale, habrá encontrado la cuadratura del círculo.

¿Cuándo llegará ese día?

¡Oh, mes de diciembre! ¡Pasa con tus fiestas tradicionales, con tus infantiles y poéticos *nacimientos* y tus significativos *árboles de navidad*, con tus alegres *días de campo* y tus ruidosas noches, desaparece en el caos del tiempo para que tengamos un año menos de juventud, y avancemos un paso más en la senda del progreso!

Hermano mío; caminemos apoyados en nuestras ideas, que solo tienden al adelanto universal.

1874

Ante un túnel

Meditación

Cuatro periodos nuestra vida tiene.
La niñez con sus mundos de alegría,
la dulce y soñadora adolescencia,
la edad viril con su ambición gigante
y en la vejez la triste indiferencia.
¡Cuán breve es nuestra estancia en este mundo!
De niños no sabemos que vivimos,
la juventud nos brinda solo sueños,
la ancianidad recuerdos de que fuimos.
Solo la edad madura nos ofrece
la verdadera vida, el pensamiento
se eleva, se dilata, se engrandece,
y adquirimos ternura y sentimiento.

Del mismo modo que los hombres tienen
distintas fases en su propia vida
así el cuerpo social siente su influjo.
La sociedad refleja la tendencia
que le impone la ley de la costumbre,
dominio que se acepta sin violencia,
y que siempre acató la muchedumbre.

El mundo tuvo su feliz infancia,
después su adolescencia soñadora,

en esas dos edades de ignorancia
cubrió la luz de su rosada aurora.
El mundo niño quiso los vergeles,
el mundo joven el gentil torneo
y el mundo pensador busca hoy laureles
y halla el orbe pequeño en su deseo.
Hay otra aspiración, hay otra vida:
vertiginosa, ardiente,
que sin orden, sin regla y sin medida,
su punto de partida
es dominar a todo lo existente.

¡Ya no existen montañas,
el hombre ha penetrado en sus entrañas!
suena una voz gigante atronadora:
que el universo escucha conmovido
y pasa la veloz locomotora.
Cuando el dolor nos deja en nuestro pecho
el corazón desecho,
le podemos decir a un ser amigo
¡ven! a llorar conmigo.
Trasmite nuestra queja,
el telégrafo ardiente y palpitante
que el tiempo lo reduce a un solo instante.
¡Buques, puertos, canales,
máquinas infernales:
que ya en la superficie de la tierra,
o en lo profundo de revueltos mares.
arrojan a millares
nubes de fuego que la muerte llevan!
¡Todo ha brotado en confusión gigante,
caliginosa, ardiente,
de un modo exuberante:
en la grandiosa mente

del poderoso siglo diecinueve,
que a su poder el mundo se conmueve!

“Él le ha dicho al pasado:
duerman por siempre en la olvidada tumba
que tu misma ignorancia te ha labrado.
Duerman en paz tus ritos, tus costumbres,
tus ídolos, tus santos, tus altares,
tus doctos familiares;
tu sabio jesuitismo:
que sembró la semilla
de un profundo egoísmo.
Pasen tus monasterios, donde el hombre
desataba los lazos de familia
perdiendo hasta el recuerdo de su nombre.
Llegó la hora bendita,
en que el mortal comprenda la grandeza
de la eterna verdad por Dios escrita”.

Tiempo es ya, de que el genio se consagre
no a fantásticos sueños:
ya no existen los bardos que cantaban
en medio de ruinas:
los ídolos pasaron,
las cántigas guerreras
su puesto le usurparon,
escépticos que todo lo negaron
y que el nombre de Dios desconocieron.
Este vértigo ardiente
del fatal ateísmo;
hoy inclina su frente
ante tan gran verdad ¡oh, espiritismo!
Sostienen fuerte lucha
encontradas pasiones;

se oye una voz; el universo escucha
y olvida sus pasadas tradiciones.
Pero todo es incierto, todo vago,
la incoherencia domina:
dejando tras de si fatal estrago.
Pero esto es natural, los grandes cambios
los trastornos sociales;
son como los violentos huracanes
que el aire purifican;
pero desbordan los profundos mares
y arrebatan los cedros seculares.
Titánica es la lucha, pero al hombre
la razón lo domina,
y ante esa clara luz, su pensamiento
rinda homenaje a la verdad divina.

Dios dice al hombre: “Avanza en tu carrera
mi pensamiento tienes”.
Por eso como el águila altanera
debemos los mortales,
elevarnos audaces por la esfera.
Y según nuestros dotes especiales
enaltecer de Dios la gran historia,
escribiendo una página elocuente
en la región eterna de su gloria.

La ciencia hija de Dios debe inspirarnos;
venid poetas y elevad cantares,
venid hijos de Apeles,
tomad vuestros pinceles
y en la boca del túnel tenebroso,
deteneos un instante:
y veréis como avanza en las tinieblas
el humo de la máquina triunfante

tejiendo un velo de flotantes nieblas.
¡Parecen cordilleras de montañas!
¡visiones delirantes!
copiad esas figuras tan extrañas,
¡ligeras, indecisas, palpitantes!
¡Oh! trasladad al lienzo ese paisaje
de sombra de vapor de luz rojiza
porque ese extraño cuadro simboliza,
todo el invento y el poder del hombre.

Y vosotros profundos pensadores
que buscáis en la ciencia de ultratumba
de la divina luz los resplandores,
escudriñad las santas escrituras:
que ellas dicen del modo que hallaremos
paz en la tierra, y gloria en las alturas.

¡El evangelio fuente sacrosanta
es manantial purísimo y fecundo!
¡El que bebió en sus aguas se levanta
sobre el impuro lodazal del mundo!

1874

A un espíritu

Espíritu protector
que estás mi sueño velando,
y que me vas iniciando
en otro mundo mejor;
eco mágico de amor
que jamás encontré aquí:
fantasma que solo vi
un instante en este mundo,
sin que en mi dolor profundo
tuvieras piedad de mí.

¿Por qué cuando te llamé
no acudiste a mi ruego?
¿Por qué a mi espíritu ciego
no le mostraste la fe?
¿Por qué sola me encontré
en esta triste región?
¿Por qué mi débil razón
buscó el punto de partida?
¡Y solo hallé en esta vida
la muerte del corazón!

Y pregunté en mi ansiedad
olvidando que en la tierra,
cada cual un algo encierra

de otra fuerte voluntad;
se agita la humanidad
porque Dios en su poder
nos demuestra que al hacer
cuanto nuestra vista alcanza,
en su divina balanza
tiene condición de Ser.

La tuvo sin duda alguna
mi profundo desconsuelo;
cuando no encontré en mi duelo
¡ni una esperanza, ni una!
Cuando mirando a la luna
y a su séquito de estrellas,
exclamaba: son muy bellas
y me place su fulgor;
y abraza un himno de amor
olvidando mis querellas.

Sin comprender que existían
en sus discos luminosos,
mil mundos que esplendorosos
más que la tierra lucían,
que nuestra pena sentían
aquellos que sucumbieron;
los que a nuestra vida dieron
aliento con su ternura,
y que al dejar su envoltura
con su amor nos protegieron.

Ciega por completo estaba,
hasta que tu voz amiga
me dijo que mi fatiga
a su límite tocaba;

que sola no me encontraba,
que al terminar mi expiación,
con otra nueva misión
en la tierra esperaría,
hasta que llegara el día
de mi eterna salvación.

Esperé; pero despierta
yo no encuentro ante mis ojos,
mas que entre zarzas y abrojos
una luz vaga e incierta:
pero cuando queda muerta
la materia por el sueño,
entonces sí que risueño
mi espíritu en su albedrío,
se eleva por el vacío
y se cree del orbe dueño.

Entonces me apoyo en ti,
Y serena y sonriente
pido auras para mi frente
y ver lo que jamás vi.
Y se extienden ante mí
mundos, planetas, regiones,
pasadas generaciones,
épocas que aún no han venido:
y el polvo que han producido
las ruinas de mil naciones.

Y seguimos adelante
y vemos mundos y espacios,
con techumbres de topacios
y columnas de diamantes;
nos paramos un instante,

nos miramos con afán
diciendo: ¿terminarán
las maravillas de Dios?
¿O nuestros pasos en pos
siempre de su gloria irán?

¡Siempre! (nos responde un eco).
Siempre hallaréis un camino,
donde el Hacedor divino
nada hizo estéril ni seco;
a la peña le dio hueco
para que en ella escondida,
se encuentre agua bendecida
en donde apague su sed
aquel que sediento estaba;
porque en la tierra no hallaba
quien le dijera ¡Creed!

Aquella voz nos alienta
y queremos proseguir;
cuando sentimos rugir
el trueno de la tormenta,
nuestro ser experimenta
extraño sacudimiento.
Y brota de nuestro acento
un ¡ay! tan triste y profundo,
que el eco de mundo en mundo,
repite nuestro lamento.

Después... te alejas... te vas,
te pierdes en el vacío,
deja el orbe de ser mío,
¿dime, dime, dónde estás?
¿En mis sueños volverás

a prestar vida a mi ser?
¿Volveremos a extender
nuestras alas? vuelve; sí,
que si no estás junto a mí
quizás no pueda creer.

1874

Miscelánea

La religión romana empequeñece al hombre,
le quita su albedrío, su libre inspiración,
y al invocar sus labios de Dios el dulce nombre,
no late conmovido su helado corazón.

“Sepulcros blanqueados” son esos pobres seres
que acuden a los templos lo mismo que a un festín,
y creen que ya han cumplido con todos sus deberes
si asisten a la misa que rezan en latín.

Lenguaje desusado que el pueblo no comprende
y que su sentimiento no puede despertar.
¿Qué ha de sentir el hombre que escucha y que no
entiende?
¿se puede acaso a un ciego la luz impresionar?

No basta que al creyente le digan: “Desgraciado,
un mundo de tormentos te espera, si al morir
no dejas a las almas que gimen en pecado
tus bienes que en responsos se deben consumir”.

No basta que a Dios pinten terrible en su venganza,
y el pecador temblando eleve una oración,
temiendo que a su muerte se incline la balanza
al lado en que se encuentra su eterna perdición.

Si el miedo no convence, ni juzga, ni razona,
¿si de la triste “sombra” jamás la luz brotó!
¿Puede quererse acaso a un Dios que no perdona?
Podrá inspirar espanto, pero ternura no.

Si ya pasó del mundo el tiempo de su infancia,
¿por qué sin causa el hombre a Dios ha de temer?
¿por qué no se le instruye, que acabe su ignorancia
para que el Evangelio lo llegue a comprender?

Parece hasta imposible ¡oh, siglo diecinueve!
que unido a tu adelanto y en pos de tu invención,
aún viva el fanatismo que hipócrita se atreve
a sujetar del hombre la libre inspiración.

Pero su afán es nulo, que el genio del “presente”,
el que a la ciencia impone la ley de su poder,
venciendo los escollos avanza lentamente,
porque el mortal no puede jamás retroceder.

“La libertad de cultos” nos brinda horas serenas
pero aunque dominara “la Santa Inquisición”...,
protestarían los hombres, rompiendo sus “cadenas”,
porque protesta el tiempo, protesta “la razón”.

Que siempre ha protestado, pero el oscurantismo
no le ha dejado al hombre pensar ni definir;
sin darse cuenta de ello pensó en el “ateísmo”
que con la indiferencia le vino a confundir.

Los sabios más profundos, su voz al cielo alzaron
pidiendo que imperara la ley del Redentor,
los padres de la Iglesia su audacia excomulgaron,

los débiles temieron, y dominó el “error”.

Pasaron luengos siglos, huyeron las edades
y siempre la teocracia dictó su voluntad,
y tuvo falsos ritos, y pompa y vanidades,
reinando la “mentira” en vez de la “verdad”.

El mártir de los Cielos, el héroe del Calvario,
sintió por los humildes inextinguible amor,
y en cambio, sus ministros creyeron necesario
que al siervo dominara tiránico Señor.

Y hasta en los cementerios les dieron a sus
muertos
distinta jerarquía ¡oh humana ceguedad!
que hasta en la helada tumba comete desaciertos
y hasta el “no ser” despierta su loca vanidad.

¡Qué importa que la ciencia conserve a la
materia!
¡que un cuerpo embalsamado no tenga corrupción!
¿circulará por esto la sangre en una arteria?
¿podrá por un momento latir el corazón?

Inútil es su empeño, y loca su porfía.
El siervo y el magnate, sollozan al nacer;
el prócer opulento sucumbe en su agonía
y el mísero mendigo se duerme en el no ser.

Y a pesar de esta “prueba” tan clara, tan patente,
¿por qué persiste el hombre en que haya distinción?
¿Por qué no te comprende? ¡Oh Ser Omnipotente!
¿Por qué? ¡Porque le falta “la luz” de la “razón”!

1874

Miscelánea

No es la tierra la patria del alma

¿Por qué misterio, algunos seres
nos enloquecen, nos embriagan,
que nos seducen con sus sonrisas
y nos fascinan con sus palabras,
y se hacen dueños de nuestra vida
pues nos dominan con sus miradas,
y en un momento cesa su influjo
y en un instante su imperio acaba?
Y nos parece como imposible
que aquellas almas nos dominaran
y de un afecto tan poderoso
resulta el odio. ¡Pasión bastarda!
que con el tiempo se desvanece
y del olvido queda la nada
¿quién nos impele para quererlas?
¿quién nos induce para olvidarlas?
lo que en un tiempo juzgó la mente
leve pecado, pequeña falta;
en un segundo se transfigura
en un delito que lo rechaza
el pensamiento, que como el ave
por el espacio tiende sus alas,
y va buscando nuevos afectos.
¿Por qué se olvida? ¿por qué se ama?

sin duda alguna este misterio
tiene principio, tiene su causa;
de cuyo efecto se ve patente
que el alma sufre, que aquí le falta
quien adivine su sentimiento,
por eso triste y errante vaga
como el marino que la tormenta
dejó en ignota desierta playa,
¿puede el proscrito vivir dichoso?
no, que recuerda siempre su patria
¡ah! pues entonces ¿cómo queremos
que sea en la tierra feliz el alma?
Por eso en vano en los afectos
buscamos todos preciosa sabia
que nos aliente, que nos reanime
en el cansancio de la jornada;
¡pero qué pocos son venturosos!
se encuentran fuentes, pero sin agua:
otros encuentran anchos arroyos.
Pero su cieno lanza miasmas
cuya influencia es tan nociva,
que más nos vale con débil planta
seguir aislados en nuestra vida,
alimentados por la esperanza
que hay otros mundos y otras regiones
donde las almas ya despojadas
del pobre barro que las envuelve,
encuentran fuentes limpias y claras,
luz y armonía, flores y aromas,
gloria suprema, dicha ignorada
para los seres que en este mundo
unos a otros se despedazan
en la hidrofobia de su egoísmo,
en la locura de su ignorancia

y en el orgullo de falsa ciencia.
¡Oh! pobre raza desheredada;
¡feliz el alma que te abandona!
¿qué son tus glorias? ¿qué son tus galas?
¡polvo, ceniza, nubes de humo,
granos de arena, átomos, nada...!

1874

Miscelánea

¿Qué soy yo?

¿Qué soy yo en medio del mundo?
el eco de una querella,
algo de un dolor profundo
perdido en el polvo inmundo
sin dejar tras de mí huella.

Voy huyendo del ayer,
y en mañana quiero hallar
el secreto de saber,
si es que se muere al nacer
o se vive al expirar.

Hay horas en la existencia
benditas por el Señor,
en que duerme la conciencia:
y en su sueño de inocencia
ve a la sombra del amor.

Pero de un amor gigante
noble, santo, inmaterial,
que solo dura un instante:
reflejo puro y radiante
de otro mundo celestial.

¡De otro mundo!... Gran problema
que busca la humanidad;
sol que nuestra frente quema,
misericordia suprema

de infinita voluntad.

¡Otro mundo! gran misterio
que el ser material negó;
diciendo que este hemisferio,
por límite un cementerio
fue todo lo que encontró.

En tanto que el cristianismo
esperó en la eternidad;
y el grandioso espiritismo
miró en la tierra el abismo
do gime la humanidad,

Y más allá vio lucir
con mágico resplandor
el astro del porvenir
que dice: “para vivir
al hombre lo hizo el Creador”.

Para vivir sin fatiga,
para vivir sin afán,
existencias le prodiga;
tendiendo su mano amiga
a los que vienen y van.

¡Si esto es cierto! ¿Qué soy yo?
¿Adónde voy? no lo sé;
¿qué globo abrigo me dio?
¿Qué mundos mi mente vio?
¿Cuántos planetas veré?

¿O todo termina aquí?
sería muy triste nacer
viviendo cual yo viví,
pensando que tras de mí
no hay ni mañana ni ayer.

¡Dios clemente! Yo te imploro
que con tu mágica luz,
ilumines cuanto ignoro,

mostrándome el gran tesoro
en la historia de la cruz.

¡¡La cruz!!... ¡Grandiosa epopeya!
los siglos no borrarán,
jamás tu indeleble huella;
serás la polar estrella,
de los que vienen y van.

1874

Los milagros

Nunca el hombre en la vida está contento,
siempre tiene un afán y en su delirio
a veces su ingenioso pensamiento
sirve de pedestal a su martirio.

Dios le otorgó benigno su ternura,
pero el mortal indiferente y loco
no apreció en su valor tanta ventura
y dijo con desdén, esto es muy poco.

Busquemos en el mundo las delicias
ya que los años pasan tan veloces;
del placer apuremos las primicias,
y en las riquezas los febriles goces.

Y en la última década de la vida
cuando ya el corazón no se impresione,
y esté nuestra ilusión desvanecida,
pediremos a Dios que nos perdone.

Otros hombres más ciegos todavía
ofrendas al Señor le prometieron.
si este a sus peticiones accedía;
hablando vulgarmente, un pacto hicieron.

Si a un niño de la muerte lo salvaba
el divino Hacedor en su clemencia,
su madre con la cera se encargaba
de pagar a la Santa Providencia.

Y una figura pálida y graciosa
representando un ángel sonriente,
colocaba la madre cariñosa
en el altar del Dios Omnipotente.

Y con dejar magníficos cabellos,
y de bruñida plata grandes ojos,
y joyas de prismáticos destellos
ya no había que temer de Dios enojos.

En el lenguaje humano faltan nombres
para calificar tanta ignorancia;
según su ceguedad creen muchos hombres
que de ellos al Eterno no hay distancia.

Y que el Señor se muestra complacido
si tornan en *bazar* su santuario,
pues por aquellos dones se ha sabido
que Dios tiene un poder extraordinario.

¿Qué más *milagros*, míseros mortales,
queréis hallar que vuestra propia vida?
¿No os bastan los reflejos celestiales
de ese sol que a otra esfera nos convida?

¿Del mar rugiente las nevadas olas,
y del Cielo los mágicos colores;
y el perfume que guardan las corolas
de las gentiles y lozanas flores?

¿El león que ruge en la abrasada arena
y la hormiga industriosa y diligente?...
¿El mundo no es, en fin, la prueba plena
de lo que vale el Ser omnipotente?

Entonces ¡oh mortal! ¿Por qué te empeñas
en demostrar de Dios el poderío?
¡Si son todas tus pruebas más pequeñas
que en los mares las gotas del rocío!

¡Si tienes otra ofrenda que Dios ama
y que siempre la acoge con anhelo!
¡si tienes la oración, fulgente llama
que ilumina las bóvedas del cielo!

Tienes la *caridad*, que patentice
la divina verdad del cristianismo
cumpliendo aquel mandato que nos dice:
al prójimo amarás como a ti mismo.

No es necesario que inventemos nada
para probar de Dios la omnipotencia,
donde el mortal dirija su mirada
¡siempre hallará la Santa Providencia!

1874

Impresiones de viaje

(Fragmentos)

Qué bello es contemplar de la natura
sus galas, sus encantos y colores,
cuando la luna pálida fulgura
o abren su cáliz las pintadas flores;
ora cuando del sol la lumbre pura
extiende sus divinos resplandores,
bien que la tierra en sombra sumergida
nos recuerde la noche de la vida.

Siempre grandioso se presenta el mundo
ostentando de Dios el poderío;
artista sin rival, genio fecundo
que le dio olas al mar y ondas al río.
Siendo su amor al hombre tan profundo
¿por qué este fue tan torpe y tan impío?
¿Por qué ante su clemencia soberana
se elevó altiva la soberbia humana?

Hace algún tiempo que mi débil planta
detuve en un vergel nido de flores,
allí todo seduce, todo encanta,
mares, lagos, perfumes y colores:
es un himno de amor que a Dios levanta
la tierra con sus frutos y primores;

allí hay rocas y fuentes, blanca espuma,
y montañas veladas por la bruma.

Allí está Dios con su poder divino
tendiéndole al mortal pródiga mano,
y allí el hombre se para en su camino
porque es el fanatismo su tirano,
este le hace temer por su destino.
La grandeza de Dios es nombre vano
para los que no ven cuan irrisorio
es el fuego del santo purgatorio.

¡Qué impresión tan penosa sentí un día
al entrar en el templo de una aldea!
Es una iglesia grande, triste y fría
que cuatro siglos ha se enseñorea;
su helado pavimento la cubría
negros paños y cruces ¡pobre idea!
¡y ante el símbolo santo se quemaban
las velas que a los muertos consagraban!

Los hombres y mujeres prosternados
besaban con afán el duro suelo;
y al ver yo aquellos cuerpos inclinados
exclamé con amargo desconsuelo:
¡levantad vuestra frente, desgraciados!
dejad la tierra y contemplad el cielo:
y no busquéis a Dios en los altares
si no en las rocas de rugientes mares.

En esos montes que hasta el cielo llegan
y en esas aves de pintadas plumas,
y en esos astros cuya luz despliegan
cubriendo de oro las flotantes brumas.

En esas olas que en la arena juegan
levantan de castillos sus espumas,
buscad de Dios la santa Providencia
en la inflexible voz de la conciencia.

¡Pueblo infeliz! que vives sumergido
en el oscurantismo y la ignorancia,
ya es tiempo que despiertes convencido
que del Señor al hombre hay gran distancia
y que Dios no se muestra complacido,
porque su helada y silenciosa estancia,
ante una débil luz alces tu ruego:
si esa luz es tinieblas ¡pobre ciego!

Hay otra luz que regenera al mundo,
hay un libro, una historia, hay una biblia:
que es de consuelo manantial fecundo
y que a la humanidad la reconcilia.
Resumen de un amor grande y profundo,
que al huérfano le da patria y familia.
Donde se ve la diestra soberana
borrar la culpa de la raza humana.

1874

